

2016-01-01

# El más fuerte de los ruidos

Gianfranco Giuseppe Languasco Bellido  
*University of Texas at El Paso, gianfranch@gmail.com*

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [Creative Writing Commons](#), [English Language and Literature Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Languasco Bellido, Gianfranco Giuseppe, "El más fuerte de los ruidos" (2016). *Open Access Theses & Dissertations*. 874.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/874](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/874)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

# EL MÁS FUERTE DE LOS RUIDOS

GIANFRANCO GIUSSEPPE LANGUASCO BELLIDO

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

---

Daniel Chacon, M.F.A., Chair

---

Sara Potter, Ph.D.

---

Luis Arturo Ramos, M.A.

---

Charles Ambler, Ph.D.  
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Gianfranco Giuseppe Languasco Bellido

2016

# EL MÁS FUERTE DE LOS RUIDOS

by

GIANFRANCO GIUSSEPPE LANGUASCO BELLIDO, Bachelor in Ciencias de la  
Comunicación

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of  
The University of Texas at El Paso  
in Partial Fulfillment  
of the Requirements  
for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing  
THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO  
May 2016

## ÍNDICE

PREFACIO .....	1
BIBLIOGRAFÍA .....	12
EL MÁS FUERTE DE LOS RUIDOS (Y OTROS RELATOS) .....	14
ESQUINAS.....	16
El más fuerte de los ruidos.....	17
Quince minutos de cielo.....	38
Partido Perdido.....	53
AUSENCIAS .....	61
Días de K (cuando despertó).....	62
El caso .....	67
La ciudad que nos dejaron .....	71
RENCORES.....	91
El anochecer de la represión .....	92
Trabajos Sucios .....	95
VUELOS.....	101
Un posible encanto.....	102
La Fiebre .....	109
El lenguaje de las ánimas .....	115
VITA .....	127

## PREFACIO

Los cuentos presentados en esta tesis, a pesar de haber tomado forma a mediados del 2015, comenzaron a escribirse alrededor del 2008. Aunque con el paso del tiempo haya adquirido nuevas perspectivas e intereses, los temas que se exploran en estos cuentos han sido recurrentes, por no decir pegajosos. A pesar de que algunos de los textos tienen casi 8 años de haber sido escritos, en muchos de ellos me encontré con callejones sin salida que me empujaron a olvidarlos por un tiempo y retomarlos con no menos frustración. Fueron mutando con cada nuevo vistazo y aún más cuando lo desempolvé definitivamente al llegar a El Paso para el programa de Escritura Creativa.

La idea de este proyecto, desencajado y sin título por mucho tiempo, nació debido a mi curiosidad por escribir sobre ausencias. Curiosidad que se fue expandiendo y abriendo de tal forma que llevó a que estas historias alcancen otro tema, muy aledaño a la ausencia, por no decir consecuente: el silencio. En su tesis titulada *Conciencia y escritura del silencio en la narrativa de Felisberto Hernández*, Juan Manuel Ramírez Rave cita al venezolano Guillermo Sucre, al hablar de la “nostalgia de la palabra”, quien hace una distinción sobre el silencio:

“A diferencia de la palabra que intenta conjurar la ausencia mediante el encanto de la nominación, el silencio es presencia alusiva de lo ausente, fuerza de un lenguaje que abandona la temporalidad de la frase para decirse desde el espacio, desde la unicidad del contexto, desde la singularidad de la expresión. Volcado a la territorialidad, el silencio nos muestra aquello que la palabra promete en vano. El silencio es el habla del espacio, la sabiduría del laberinto” (31).

Todo esto guiado por algunas ideas que pude recoger de Erich Auerbach en *Mímesis*: el concepto de imitación de la vida cotidiana que se ve presente en los autores occidentales. La intención de hacer los cuentos desde el realismo, sin llegar a ser testimonial o autobiográficos, fue importante ya que me permitió llevarlo a otra idea que estaba desarrollando paralelamente: la de trabajar con elementos fantásticos. No obstante, no sería hasta que los cuentos comenzaron a tomar forma dentro del proyecto de tesis, cuando estos dos elementos comenzaron no solo a aparecer, sino también a corresponderse. Esto llevó a que los cuentos respondieran a esta pregunta: la importancia de los problemas de los personajes de los cuentos que presento siempre dejan la sensación de que había un problema más grande de fondo. El contexto dentro del contexto, pero ambos manteniendo su distancia y su efecto.

En uno de sus acostumbrados comentarios a los ejercicios creativos demandados en su clase, el profesor José de Piérola calificó uno de mis textos como “escrito desde el margen de los márgenes de la ciudad”. Uso esta anécdota para ilustrar los cuentos de esta tesis: la mayoría sucede en un área urbana que no solo sirve a los personajes como escenario, también como una fuerza que los va definiendo: la ciudad como un ente que apabulla y desespera. Según Aristóteles, el arte no solo imita la naturaleza, también completa sus deficiencias. Siguiendo esta idea, encontramos que los personajes de los cuentos enfrentan dos elementos atípicos en las ciudades, desarrolladas como zonas ruidosas y decadentes: el golpe de las ausencias (¿la soledad?) y del silencio. Si bien Wislawa Szymborska hablaba del “no sé” como motivación para escribir poesía, tranquilamente podría afirmar que los personajes de los cuentos de esta tesis tienen un “por qué no” como motivación en sus actos sin importar el final: felicidad, depresión o la muerte –“la muerte, esa gran broma de humor negro” como dijo José B. Adolph.

En algunos cuentos, la ciudad aparece tal cual como la conocemos, con sus ritmos y ruidos, y en otras toma un aire enrarecido, aislado, con los personajes llegando a vivir experiencias que podrían definirse como una “fantasía realista”, una suerte de realismo mágico oscuro, aunque siempre apegados a las categorías que Tzvetan Todorov expone en su *Introducción a la literatura fantástica*, lo misterioso y lo maravilloso:

“La ambigüedad se mantiene hasta el final de la aventura; ¿Realidad o sueño? ¿Verdad o ilusión? (...) El fantástico ocupa el tiempo de esta incertidumbre. Desde el momento que escogemos una o la otra, abandonamos lo fantástico para entrar en un género vecino, lo extraño o lo maravilloso. El fantástico es la duda experimentada por un ser que solo conoce las leyes naturales, frente a un acontecimiento aparentemente sobrenatural.” (14)

La idea de usar el término “fantasía realista” remite a la verosimilitud de lo inverosímil. Vale decir, hacer que los personajes y su contexto sean lo más familiar posible, no para que el lector crea que ésto también le pueda pasar a él, sino para que conecte con la realidad que se vive y los críticas que indirectamente se plantean. En los cuentos aquí presentados, los personajes viven en un contexto que, como una burbuja, se revienta y da paso a otro contexto más amplio y complicado, obligando al lector también a despertar en ello. Estas historias son misteriosas y podrían exhibir una explicación lógica para el lector, pero toma prestado algunos elementos propios de lo maravilloso que, aunque cuestiona la veracidad de lo ocurrido, es perfectamente entendible dentro del contexto del cuento.

Vemos claramente, por ejemplo, en el cuento que da título a esta tesis (“El más fuerte de los ruidos”) lo que se mencionó en primer lugar: la ciudad como gran escenario en donde se

mueven los personajes, muestra lo que saben y lo que temen, y el silencio como gran golpe entre los personajes principales. Así procedieron Jan Neruda en *Cuentos de la Malá Strana*, James Joyce en *Dubliners* y Rolando Hinojosa en *El Condado de Belken*, obras en las cuales no solo alcanzamos a ver los problemas de los personajes, sino también la presencia –e influencia– de la ciudad sobre los personajes, y viceversa: el protagonista dibujando la ciudad y demostrando la relación estrecha que hay con la urbe que habita. Además, el uso del silencio se hace manifiesto en los personajes generando tensión y un cambio irremediable en la conducta del protagonista de la narración, sobretodo en la forma en que lo explicaría Loreto Gómez López–Quiñónez en su ensayo *El silencio como estrategia en la obra de Juan Rulfo*:

“El silencio también es el espacio de la culpa, un espacio donde preside un concepto del hombre como una creación esencialmente equivocada, errónea, imperfecta y condenada a sufrir. Este silencio simboliza “una gran confesión en voz baja del hombre anonadado por la culpa, una culpa sin culpa, fatal” (Frenk 1974: 42)”. (88)

De la misma forma, aunque con una marcada influencia kafkiana, se muestra “Días de K (cuando despertó)”. El personaje principal se moviliza en un ambiente enrarecido, descritos como lugares caóticos y decadentes (que pueden verse también en muchos de los cuentos de Kafka, con descripciones de texturas, espacios, etc), en donde no logra hacer una distinción real entre su padre y un personaje de película que justamente le evoca una figura paterna. En ese sentido, Vladimir Jankélévitch señala en su obra *Le silence et l'ineffable* (París: Senil, 1983) que “el silencio es lo que nos permite oír otra voz, una voz que habla en otra lengua, una voz que viene de otra parte... esa lengua desconocida de una voz desconocida, esa vox ignota, se esconde

tras el silencio como el silencio se esconde tras los ruidos superficiales de la cotidianidad” (185). Entiéndase, entonces, como los silencios del padre se ven dimensionados por la presencia del personaje de ficción cinematográfico, en la que cada aparición no hace más que acentuar la ausencia del padre y el caos del ambiente.

Similares descripciones aparecen en “El caso”, aunque la protagonista sea quien tenga la total relevancia: una vieja vagabunda presenta un inverosímil caso sobre un amorío con un supuesto maniquí para fingir locura y no ir a la cárcel. Un personaje funcional, según diría Mieke Bal en su *Narratología*. La ciudad, aún presente, aunque con menos influencia. La historia podría encajar en lo que Santiago Kovadloff define como silencio de la oclusión, en donde se nombra algo con la condición de que esto acalle algo más, en cierta forma. Esto se ve expuesto en el argumento del personaje principal para evadir su responsabilidad, aunque el final sea ambiguo: uno finalmente no sabe si aceptar totalmente la locura del personaje o si entender que todo es parte de algo arreglado para evadir a la justicia.

La narración centrada en el personaje, aunque con énfasis en sus rencores, también se encuentra en “Trabajos sucios” y “El anochecer de la represión”. En ambas, además de contar con el recurso ya mencionado anteriormente del silencio de la oclusión, vemos dos personajes que sufren cambios importantes: en el primero, el cambio ocurre en la interna cuando un arquitecto pasa del arrepentimiento al odio al encontrarse con un viejo compañero de escuela suyo víctima del bullying y que ahora trabaja bajo sus órdenes como peón en una de sus obras. En el segundo, observamos a un personaje que al final se descubre como homosexual luego de que el cuento repase los últimos días que vivió bajo la tutela de la matriarca de la casa.

Guiado también por la rabia y el odio, aunque con un entorno completamente diferente, está “Partido Perdido”. Escrito en tres partes, la narración sigue a un hinchista de fútbol de un club

de la ciudad, miembro de un grupo radical conocido como barras bravas, a la usanza de los *hooligans* ingleses. Las tres partes narran diferente aspectos de su vida como miembro de este grupo de corte casi criminal: su entrada a las barras, su relación sentimental, el trato con su padre y su regreso a los estadios. Se nota un personaje que vive en el silencio y huye de ese estado hacia el “ruido”. De nuevo, el personaje funcional de Mieke Bal que modifica la historia pero que se deja influenciar por los problemas externos de una sociedad que lo presiona a cumplir ciertos estándares pero que termina arrojándole fuera de estos márgenes sociales. El cuento sigue la línea de *Deliremos juntos*, quizá el libro más experimental del escritor peruano Fernando Ampuero, en donde temas sociales y cotidianos, como el amor o la indisciplina, son narrados con una realidad inocente pero que puede llegar hasta extremos irracionales, difíciles de explicar pero perfectamente entendibles.

Con un poco más de humor, y también dentro de un ambiente futbolístico, “Quince minutos de cielo” muestra en tres partes, incluyendo uno de dos tiempos, a un equipo de fútbol de barrio que, en el partido decisivo, tiene quince minutos de juego perfecto contra todo pronóstico. Usando la técnica narrativa de Julio Ramón Ribeyro para describir lugares, espacios, personajes y temas que se enfocan en el perdedor perfecto, el personaje sin futuro con un pequeño golpe de suerte aunque predestinado siempre a la caída, cada vez más estrepitosa si es que la racha de suerte es más larga. Es importante ver cómo se ha podido trabajar el humor a través del drama urbano, siendo la construcción de la narración orientada en mostrar de forma jocosa a los personajes e integrantes del equipo de fútbol: el delantero Pedro Martínez bautizado como “ambulancia”, el camino hacia un estadio en lo más alto de un cerro que rodea a la ciudad con apodo religioso, la incredulidad del entrenador al ver al equipo jugar bien, entre otras cosas. En la misma línea con “Partido perdido”, vemos dos necesidades claras: el hecho de vivir en el

silencio y escapar de ello, hacia el ruido, la claridad, la fiesta del evento, pero que termina enviándolos de vuelta a lo más profundo de la ciudad.

La urbe y la ausencia se ven más claras en “La ciudad que nos dejaron”, cuento en el que la clase alta abandona la ciudad sorpresivamente y sin aviso alguno. Sin embargo, la primera referencia que tuve al desarrollar este texto fue “Tlon, Uqbar, Orbis Tertius” de Jorge Luis Borges, de quien tomo la forma de narrar y construir una ficción que luego se apodera de la realidad. El interés, claro, está orientado principalmente a la ciudad sin su clase elitista, a la reacción de las masas y a la respuesta de la clase dirigente. El enfoque comienza con cierta omnisciencia colectiva hasta que se va cerrando a un solo narrador que nos descubre todo lo que ha ido pasando y que es lo que podría pasar próximamente. El cuento está narrado en cuatro instantes con diferentes personajes que no se encuentran ni tienen relación alguna, salvo el último narrador, en donde se descubre que lo que estamos leyendo, finalmente, son algunos documentos que logró juntar para que su testimonio sobre la desaparición de la clase alta tenga validez. El cuento alcanzaría a entrar en el género fantástico maravilloso, definido por Todorov como un evento que queda sin explicación, apoyando la teoría de que ocurrió algo sobrenatural, aunque solo sea por ausencia de detalles. Sin embargo, este es el cuento que, considero, se acerca más a mi idea de “fantasía realista”, ya que carece de elementos probadamente sobrenaturales o fantásticos, sino más bien misteriosos pero sin ninguna explicación concluyente. En ella, los personajes no aceptan el evento irregular que sucede por su falta de datos, por lo que terminan siendo textos irresolutos pero que aún generan finales abiertos, que quedan a juicio del lector sin que él mismo, de por sí y cotejando los eventos ocurridos, pueda definir lo que pasó. De nuevo, es Julio Ramón Ribeyro quien está más presente desde su libro *Cuentos de Circunstancias*, en donde el elemento urbano llega a juntarse con unos eventos inverosímiles pero completamente

posibles, lo cual desconcierta tanto al protagonista como al lector.

Ya entrado más en el terreno de lo sobrenatural, “El lenguaje de las ánimas” nos muestra a un ente que atormenta a través del silencio y el insomnio a su personaje principal, el que cuenta la historia, y un segundo protagónico que es el que desenvuelve la trama. El cuento sigue las líneas de los recursos narrativos vistos en los cuentos de Edgar Allan Poe y, sobretodo, de *Los Mitos de Cthulhu*, cuentos de Howard Phillips Lovecraft y su círculo. Es en este último libro en el que aparece el cuento “Los perros de Tíndalos” de Frank Belknap Long, de donde tomo las ideas de usar los textos adjuntos luego del relato, como notas periodísticas, evidencia de los protagonistas, reportes policiales, etc. Además, se tomó como base los lineamientos de Tzvetan Todorov respecto a lo fantástico en donde lo fantástico conlleva incertidumbre. Una vez que se supera, aparece lo definitivo: lo extraño o lo maravilloso. Esto se entiende como una vacilación del personaje –o el lector– frente a lo desconocido, insólito e irracional, que va más allá a lo lógicamente posible y conocido por el ser humano.

La relación se hace palpable: un personaje que vacila ante la presencia de un ente que pudo aparecer por esas casualidades siniestras del juego mental durante el insomnio y las horas de soledad, pero que se materializa al punto de que tanto el lector como el protagonista no logra hacerle frente, solo observar cómo las consecuencias se van sucediendo. Este entendimiento de lo sobrenatural, además, se desarrolla en un contexto donde si bien la ciudad no está presente arrolladoramente como en los cuentos anteriores, sí lo hacen los personajes oprimidos por una sociedad que les obliga a vivir dentro de sus estándares.

Más alejado de la ciudad, “Un posible encanto” es un relato en el que un niño se encuentra con una mujer que, aparentemente, ha sufrido malformaciones en su cuerpo aunque los rumores digan que se trata de una sobreviviente a una especie de encanto en la sierra del Perú. Se

tratan de los primeros personajes establecidos en la ciudad pero que mantienen sus costumbres regionales a través de generaciones. Justamente son esas costumbres, que lleva mucho de tradición oral y de historias fantásticas sobre fuerzas del bien y el mal, son las que mantienen en vilo al personaje a través de dos elementos: la higuera en el patio de la casa y las historias sobre la mujer deforme. En este relato es necesario adentrarse en la cosmovisión de lo fantástico e, incluso, el regionalismo para poder entender el accionar del protagonista, un niño que a su vez es fácilmente maleable por estos asuntos, a pesar de ser un personaje que prácticamente no habla en el relato y todo lo va maquinando en la mente. Algo que Santiago Kovadloff llama silencio de epifanía, al que “sin rehusarnos a su contacto, se resiste a dejarse encasillar por los recursos de nuestra lógica usual”.

Siguiendo estos lineamientos, pero ya completamente alejado de la urbe, está el relato “La fiebre”, en la que ya no se interpolan pensamientos entre lo regional y lo urbano, sino lo puramente andino y sus creencias. En este cuento, el personaje principal es también el mayor afectado pero también brilla por su silencio. El tema principal: el uso de los recursos naturales, la contaminación de las actividades mineras y la justificación en los mitos andinos. El silencio de epifanía de Kovadloff aún presente, aunque en ambos lados: el personaje principal cae enfermo mientras que el antagonista solo aparece al final para intentar resolver el problema. La cosmovisión andina se sustenta en el mito del Anchachu, el señor de los lagos y las minas de acuerdo a los mitos, y a los que hay que pagar una suerte de tributo –muy popular en las empresas mineras, por cierto– para poder usar sus recursos. Sin embargo, y aunque lo fantástico se encuentra completamente presente, las explicaciones lógicas podrían darse a través de la presencia de la mina, una actividad altamente contaminante que pudo haber sido el detonante de la fiebre.

Quizá la mayor dificultad encontrada durante mi exploración de la ausencia y el silencio, temas centrales en este proyecto de tesis, fue el hecho de no escribir una serie de cuentos altamente dramáticos y lacrimógenos. Si bien, los temas tienen una clara tendencia de mostrar la decadencia, lo insólito, lo raro y hasta lo depresivo, tuve que pasar muchos momentos de obligada soledad para poder encontrarle la vuelta y que no solo se quede en eso.

Muy beneficioso fue, por ejemplo, leer a José B. Adolph, un tipo con un humor increíble a pesar de que sus textos pueden llegar a ser increíbles en otro sentido: terroríficos, tristes, altamente ficcionales, pero algunos también burlones y caricaturescos. Otro autor con mucho humor, Héctor Velarde Bergmann, me dio mucho impulso a través de la lectura de sus cuentos y sus experiencias (también era un afamado arquitecto y, entre sus travesuras, se contaba ponerle escudos de bastardías a las mansiones que los insoportables burgueses le encomendaban diseñar), especialmente libros como *La perra en el satélite* y *El hombre que perdió el tacto*, obras que lamentablemente no calificaban para ser consideradas en la bibliografía pero que vale la pena mencionar.

Acertadas también fueron las lecturas de *Cartas a un joven novelista* y *La orgía perpetua*, ambas de Mario Vargas Llosa, las cuales devoré en clases pasadas pero que me sirvieron como hilo salvador para no perderme en ese laberinto que es escribir un cuento y no perderse en los temas. Estas perfectamente pudieron encajar en la sección bibliográfica, pero mi atención se centró en textos que pudieran sustentar cercanamente los temas que en esta tesis se proponen. Otros textos que apoyaron periféricamente a esta tesis de corte académico fueron los ensayos de Roland Barthes, *La muerte del autor* y la respuesta de Foucault en *Qué es el autor*. Sin duda ni embargos, son lecturas valiosas de recordarlas y mencionarlas debidamente.

Finalmente, las correcciones que el director de tesis, Daniel Chacón, hiciera de los

borradores que le envié, acompañado con mucho humor además, también abrieron nuevas puertas hacia diversos autores. Así llegué a considerar mucha de la estética que impregna Charles Baudelaire en *Las flores del mal*, leer y releer con cuidado a Edgar Allan Poe, adentrarme además en su poesía. Pero, sobretodo, consideré tener mucha paciencia, tanta como él la tuvo mientras yo esperaba el retorno de ese duende literario que desencadena los textos, entre los malos y los buenos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ribeyro, Julio Ramón. *Cuentos de Circunstancias*. Lima: Nuevos Rumbos, 1958.
- Adolph, José B. *La Batalla del Cafe*. Lima: Colegio de Periodistas de Lima, 1984.
- Ampuero, Fernando. *Deliremos Juntos*. Lima: Campodónico, 1994.
- Hinojosa, Rolando. *El Condado de Belken: Klail City*. Arizona: Bilingual Press, 1992.
- Neruda, Jan. *Cuentos de la Malá Strana*. Madrid: Espasa Relecturas, 2006.
- Joyce, James. *Dubliners*. New York: Dover Thrift Editions, 1991.
- Orwell, George. *Rebelión en la Granja*. Ciudad de México: Ediciones Leyenda, 2014.
- Borges, Jorge Luis. *Ficciones*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- Baudelaire, Charles. *Las Flores del Mal*. Madrid: Editorial EDAF, 2009.
- Poe, Edgar Allan. *Cuentos completos*. Madrid: Páginas de Espuma, 2008.
- Lovecraft, Howard Phillips. *Los Mitos de Cthulhu*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- García Canclini, Nestor. *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. Buenos Aires: Katz editores, 2010.
- Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica (Introduction a la litterature fantastique, 1970)*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1982.
- Auberach, Eric. *Mimesis. The representation of reality in Western Literature*. New Jersey: Princeton University Press, 2003.
- Kovadloff, Santiago. *El silencio primordial*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1993.

Bal, Mieke. *Narratology. Introduction to the Theory of Narrative*. Toronto: University of Toronto Press, 2009.

## **EL MÁS FUERTE DE LOS RUIDOS (Y OTROS RELATOS)**

*He is the corporate Silence: dread him not!  
No power hath he of evil in himself;  
But should some urgent fate (untimely lot!)  
Bring thee to meet his shadow (nameless elf,  
That haunteth the lone regions where hath trod  
No foot of man,) commend thyself to God!*

**(Edgar Allan Poe, “Sonnet–Silence”)**

*Durante un año de la luna, he sido declarado invisible: gritaba y no me respondían, robaba el pan y no me decapitaban. He conocido lo que ignoran los griegos: la incertidumbre.*

**(Jorge Luis Borges, “La Lotería en Babilonia”)**

## **ESQUINAS**

## EL MÁS FUERTE DE LOS RUIDOS

*“El silencio es el ruido más fuerte,*

*Quizá el más fuerte de los ruidos”*

Miles Davis

Antes me gustaba salir con el Pato.

Recuerdo esa vez cuando fuimos a buscar a Silvia. Cruzamos la calle hasta llegar a la tienda del Ciego, donde los primeros borrachos llegaban a las siete de la noche para comenzar su día. Volteamos a la derecha y seguimos de frente. Pasamos por la casa del Cojo Timaná, quien por el día alquilaba videojuegos a los viciosos y por la noche vendía pasta básica de cocaína a otros viciosos. Esta hora era como una zona gris para él: solo reposaba la vida en su esquina mientras esperaba su turno nocturno. El Pato lo saludó desde lejos. Iba a preguntarle por qué lo saludaba pero ya comenzaba a escuchar música de fiesta de algún lugar. El Pato parecía saber lo que estaba haciendo. Sabía que la negra Barbadillo celebraba su cumpleaños ese día y que las celebraciones, que habían comenzado a la hora del almuerzo, se iban a extender hasta que otro almuerzo fuera necesario.

Entramos a la casa sin pensarlo. Estaba repleto de amigos de la familia, amigos del barrio y amigos de lo ajeno. La negra Barbadillo ya tenía diecisiete años y vestía pantalones rojos y blusa blanca. Todo un estandarte nacional que cualquiera quisiera cargar. El papá brindaba con ella porque es una rica edad para estar vivo. Luego brindaba con los demás. Entonces, nos ve y nos saluda. La mamá nos quiere alcanzar un plato de carapulcra. El Pato acepta y yo siento hambre de repente. Sonaba a volumen ensordecedor una de esas canciones que se bailan a pocos centímetros de distancia y la negra bailaba con alguien que ponía su pierna entre las suyas.

El Chino y Oswaldo se acercaron por detrás y nos saludaron. Oswaldo, otro de nuestros primos, se había escapado esa noche solo porque la fiesta prometía. La Abuelita se encargaría de él más tarde. Ahora estaba muy ocupado persiguiendo chicas y molestando gente con el Chino, quien rápidamente mira a la negra.

“Más tarde, quien va estar llorando es él” – dice y señala al papá Barbadillo.

Nos reímos porque el Chino tiene cara graciosa y porque suele tener razón. Pronto alguien embarazaría a la negra y el papá se pasaría buscando al responsable hasta su muerte y la de otros. Pero esa noche, los de la búsqueda éramos el Pato y yo.

“Oye Oswaldo ¿Has visto a Silvia?” –preguntó el Pato.

“¿Se escapó otra vez?”

“Salió diciendo que iba por el pan y no ha regresado”

“Ah carajo, ya se cagó la chata” –dijo el Chino, metiéndose en la conversación.

Y, otra vez, el Chino tendría razón.

Al salir de casa de los Barbadillo, el Pato me dice que hay otra fiesta en los alrededores del Parque Verde, que él conoce a la gente y que ahí podría estar Silvia. Entonces cruzamos la gran avenida principal que dividía al barrio del resto del distrito y entramos por un pasadizo oscuro donde la gente vende cosas robadas al paso. Doblamos a la derecha y cruzamos todo el parque hasta llegar a una casa cuyo garaje tenía la puerta abierta y con música alta. Entramos. Vi que algunas personas desconocidas lo saludaban y andaba saltando de grupo en grupo, riendo y

conversando, pero ni rastro alguno de Silvia.

Cada vez se hacía más tarde pero no importaba porque a mí me gustaba salir con el Pato cuando nos mandaban a buscar a una prima que se había escapado a alguna fiesta. Le decían Pato porque tenía forma graciosa de caminar. Y, cuando salíamos, siempre dábamos más vueltas y perdíamos más el tiempo. Esta vez ya se hacía muy tarde y sabíamos que la Abuelita estaría más molesta que nunca, aunque no pronuncie palabra alguna. Eso era peor. Cuando la Abuelita estaba molesta, lo mejor que podía pasar era que te lanzara gritos y regaños, parecía que enfocaba su energía en eso y no optaba por castigarte a latigazos. Cuando se sentaba en su sillón sin responderte y con los ojitos verdes aparentemente gastados en cualquier otra cosa menos en mirarte, ahí es cuando debes temer. Cuando no le importaba algo, no le importaba de verdad.

A las primas también les gustaba que el Pato las encuentre. Era un tipo tratable y bromista. Además, no solo porque le gustaba tomarse su tiempo cuando estaba ahí afuera, detenido por los amigos o por alguna chica que le llamó, sino porque no era brusco ni escandaloso, como el resto de la familia, que armaban tremenda bronca a quien sea que estuviera con una de las chicas de la familia. Algunos se ponían bravos y juraban regresar y cobrar venganza, otros solo se retiraban avergonzados. Cuando finalmente encontramos a Silvia, ella estaba afuera del San Remo, una discoteca que está fuera del barrio. Cuando nos vio desde lejos, parecía aliviada de ver que el Pato estaba conmigo.

Silvia conversaba apoyada en un poste con un tipo de aquellos que juegan a ser guapos en una esquina que no es suya. Él nos miró con cierto desdén pero sin querer problema alguno. Parecía entender su desventaja. Llamé a la prima y le conté que la Abuelita tiene buen rato esperándola con un látigo en mano. El Pato, en cambio, se acercó al tipo de forma amistosa.

“Hola primito” –le dijo con falsa familiaridad– “¿No tendrás un cigarrito para la familia?”

Yo no sabía que el Pato fumaba. Carajo, en ese momento, ni sabía lo que había en un cigarro.

\*

Unos cuantos meses pasaron para que la Abuelita supiera que el Pato fumaba. Nunca había visto a nadie menor de treinta años fumar tan libremente sin castigo aparente. Entonces, cuando los viejos ya se fastidiaron de que el Pato les anduviera sacando los cigarros a escondidas cuando lo mandaban a comprar a la tienda, soltaron el chisme a la Abuelita y ésta explotó casi instantáneamente. Agarró el látigo y marcó su piel. De alguna forma, ya sabíamos lo que dolía y lo que pesaba su mano, pero su látigo era impredecible. Afortunadamente, a pesar de todo, el problema terminaba en el golpe porque la Abuelita era una de esas personas para quien la disciplina era primero, y segundo, y tercero. Por eso, aún cuando le hubieras hecho algo digno de golpe, aún te mantenía en su presupuesto de comida y a la hora de almuerzo y a la de cena siempre tenías la comida caliente y bien servida.

Siempre habíamos recibido cariño de la Abuelita.

Ella podía dejar de hablarnos todo el día pero nunca nos dejaba sin almorzar. Una vez, hace tiempo ya, metí piedras en una olla donde cocinaba arroz. Cuando se enteró que fui yo, solo y sin ayuda de los primos, me persiguió por toda la avenida Buenaventura. Pensé, con esa inocencia de los diez años, que la ciudad me protegería cuando ella me encontrara pero ni yo mismo, con toda mi rebeldía, pude con ella. Nunca se podía con ella. Cuando finalmente me

acorralló, solo me miró durante un largo rato. Luego extendió su mano y señaló con el dedo el camino de vuelta a casa. Crucé su sombra y sentí escalofríos. Yo caminaba por adelante y ella me miraba desde atrás. De regreso, la calle que daba a la casa de la Abuelita se veía solitaria, como en un duelo en el lejano oeste. Ella tenía un látigo ese día. Luego del golpe en silencio y el llanto, la comida estaba caliente en la mesa, a pesar de todo y por sobre todo. Entonces, no importaba si uno estaba triste o feliz o si tenía siquiera una opinión: a la hora del almuerzo, todos callábamos porque no se puede hacer más de una cosa a la vez.

En su casa vivíamos todos, por decirlo de alguna forma: mi tía Romera y sus hijos, mi tía Felipa, esposo e hijos, y todos los demás primos, que podíamos ser varios o pocos y venir de diferentes lados o de ninguno. El resto de tíos pasaba mucho tiempo ahí y sus hijos prácticamente se criaban bajo el brazo de la Abuelita. No hubo bebé que no haya cargado ni familiar que ella no haya disciplinado, por la razón o la fuerza.

La Abuelita despertaba a las cinco de la mañana a hacer el desayuno. La señal para despertar era cuando la tetera chillaba, entonces uno hacía fila para meterse a bañar y salía al comedor donde todo el mundo se sentaba a la mesa a las seis de la mañana. Nunca antes, nunca después. Aunque no tuvieras hambre, aunque no tuvieras sed, aunque no tuvieras que trabajar. Y nadie cogía migaja alguna de pan o inhalaba siquiera un poco de aroma del café hasta que la Abuelita se sentara y diera la señal, la cual frecuentemente era una mirada fuerte y aprobatoria. Entonces, los estómagos se llenaban y el silencio se hacía democrático.

Después del desayuno, los adultos se iban a trabajar y nosotros al colegio. Luego todo podía ser de cualquier forma: jugando fútbol en el Parque Verde, perdiendo el tiempo con los amigos en la esquina, robando fruta del mercado o simplemente caminando por ahí a ver dónde llegamos, rogando que no nos cruzáramos a la Abuelita. Un día ella nos vio. Llevaba bolsas de

mercado encima. La ayudamos a cargar los bultos hasta la casa. Ella no tuvo que decir nada.

La Abuelita nos quería a todos. Detrás de esa imagen rígida y casi sin sonrisa, era incapaz de dejarte sin comer o de no ayudarte cuando algo te faltaba. Sacaba cosas de donde sea: si hacía frío, te cosía una manta. Si no tenías zapatos, te los arreglaba. Y a todos nos quería por igual: nunca una presa de más en el caldo, jamás menor cantidad de arroz. A todos la ración justa. No importa qué tan molesta estuviera contigo, siempre estaba ahí para servirte la comida y ayudarte con lo que necesitaras. Y el castigo, también a todos por igual.

Es cierto que tenía mano de hierro y era inflexible por ratos. Solo los primos que casi rozan los treinta años conocieron al abuelo y coinciden en decir que ella es así desde que enviudó porque se preocupa en criar bien a su familia y que cada golpe a nosotros le dolía también a ella. El golpe nos hizo lo que somos, una vez les escuché decir. Por eso querían tanto a la Abuelita. Su mano dura realmente te sacaba de huevadas.

Sin embargo, nosotros no lo entendíamos como tal.

A veces, las primas más jóvenes escapaban de los ojos de la Abuelita y se iban a buscar un cariño que no fuera el que te daban en casa. Y así como entre todos jugábamos, peleábamos, llorábamos y almorzábamos, juntos también nos escapábamos y nos encontrábamos. La casa de la Abuelita era un fortín del que no estaba permitido salir hasta que vinieran a recogerte o hasta la hora de dormir, si es que vivías ahí.

Cuando los hombres nos escapábamos, la Abuelita nos esperaba adentro, sin importar la hora que fuera, lista para agarrarnos a latigazos. Diferente era la historia cuando las mujeres se escapaban: nosotros, los hombres, teníamos que ir a buscarlas para regresarlas a casa, templo limpio de toda perdición. Como Lima es pequeña, el barrio aún más y, encima, la sangre siempre llama, las encontrábamos luego de dar unas cuantas vueltas, riéndose en algún parque con algún

tipo que era amigo de un amigo de un amigo. Entonces, encarábamos sin miedo porque este es nuestro barrio y al susodicho ni le hablas porque tú tratas con familia y nada más y despídete rápido porque tienes suerte que yo te haya encontrado antes. Y nadie te podía decir nada porque entre sangre nadie se mete. No existe eso de no te pases, compare, solo estamos hablando. Entonces, ella sola se sabía en problemas y avanzaba por adelante mientras tú te reías con quien te acompañaba, sea un primo o un amigo.

Afuera, la Abuelita esperaba con una larga planta de ortiga y las azotaba a vista y paciencia del resto. Nadie se metía. Nadie decía nada. Al día siguiente, las primas tenían marcas rojas en el brazo y las piernas pero nadie se atrevía a preguntarles por qué.

Según la Abuelita, nosotros los hombres debíamos conocer mejor la calle porque nos mataríamos trabajando para llevar el pan a la casa. Mientras, las mujeres debían encargarse del hogar. Entonces, nosotros salíamos mucho más y no nos preocupábamos mucho de las golpizas porque la calle también duele cuando haces mal las cosas. Así, entre las peleas con tipos de otros barrios y las golpizas que nos daba la Abuelita por llegar tarde y escaparnos, aprendimos a aguantar. Mientras, las mujeres tenían que esperar a que alguien las mandaran a la tienda o que la Abuelita no estuviera en casa para poder salirse. A veces hasta ni podían asomar a la calle a conversar.

De todos nosotros, quien más se escapaba era el Pato. Era dos años mayor que yo así que lo había hecho ya varias veces, cuando yo no me atrevía aún a hacerlo. Él tenía dieciséis años la primera vez que me contó su táctica. Salía descalzo de su cuarto, con los zapatos en mano, iba al segundo piso y sin despertar a nadie llegaba al balcón, se ponía las zapatillas y se trepaba al poste de luz que había al costado. Luego, se deslizaba suavemente hasta llegar al piso. Una vez salí silenciosamente a la sala para verlo por la ventana. Demoraba unos minutos en bajar y se

sacudía el polvo negro que le dejaba el poste. A lo lejos, podía ver que algunas personas ya lo esperaban en la esquina. Por supuesto, más tarde en esa noche, el Pato recibiría tremenda golpiza por la Abuelita.

El Pato pasaba mucho tiempo en casa de la Abuelita porque su papá, mi tío Roberto, había viajado a los Estados Unidos y su mamá, mi tía Marta, andaba ocupada todo el tiempo. Un día la Abuelita lo vio llegar con el labio quemado y le preguntó qué había pasado. El Pato le contó que había visto a su mamá encerrarse en el cuarto con el verdulero y que, como le quiso contar a su papá, ella lo castigó. La Abuelita no se metía en problemas de pareja pero tampoco dejaba que se metieran con sus nietos. A mi tío dejó que lo hicieron cornudo pero al Pato se lo llevó a su casa.

Y por ser quien más se escapaba, también era quien más golpe contaba. Al principio recibía lo mismo que todos ya que hacíamos travesuras en grupo. Pero de a pocos comenzó a desligarse. Se escapaba más seguido. Había fines de semana que no regresaba hasta el amanecer. Daba la sensación que mientras más fuerte le pegaban, más seguido se perdía. Un año después, terminó el colegio y le tocaba trabajar pero solo se dedicaba algunos oficios casuales como pintar casas o de obrero con el tío Ramón.

La bomba explotó cierto tiempo después. El Pato ya no necesitaba escaparse porque ya era un hombre de diecisiete años que ganaba su propio dinero. Salía y llegaba cuando quería pero para la Abuelita siempre había que dormir en casa. El Pato no llegaba y se hacía tarde. Todos ya dormíamos. La Abuelita, en un movimiento inesperado, decidió esperarlo en su cuarto. Yo solo escuché que abrían una puerta y pude ver el reflejo de una luz. Luego me dormí pero desperté luego. La Abuelita gritaba muy fuerte.

“¿Qué es esto? ¿Qué hace esta basura acá?”

La Abuelita gritaba rápido y ya era difícil de entenderle. Sabía que el resto de mis primos se habían levantado por los gritos pero nadie era capaz de salir a mirar. Seguramente ni mis tías saldrían. Todos habíamos escuchado que el Pato rondaba la casa del cojo Timaná de cuando en cuando y que con él solo se podía tener una amistad peligrosa. Por la noche, solo lo buscaban aquellos que vivían consumiendo Pasta Básica de Cocaína, una droga de bajo costo pero de alto consumo.

“No, Abuelita, esto no es mío, es de un amigo” –se defendía el Pato.

Ella no tenía que haber probado para saber lo que era. Cualquier intento de defensa por parte del Pato era fácilmente opacado por los gritos de la Abuelita. Apenas podía entenderle pero estaba seguro que nunca la había escuchado gritar tanto. No sabíamos qué pasaba ni de qué hablaban, pero el Pato parecía estar indefenso. Esa noche, por primera vez, la Abuelita gritó y pegó en una sola noche. Sonaba a que tenía furia en los brazos. O así lo imaginamos. Escuchamos hasta el zumbido de los azotes. Ahí descubrí que no importa si ya te hacías hombre, con la Abuelita todavía podías llorar como un niño.

Como el Pato trabajaba, ya no estaba tanto tiempo en la casa así que ya no me acompañaba a buscar a las primas que se escapaban. De hecho, no salíamos desde que buscamos a Silvia y él le pidió un cigarro al tipo que estaba con ella. Cuando vi al Pato encender el cigarro, entendí que él ya era alguien mayor y que merecía mi respeto. Después de todo, a mí me gustaba salir con él y a todos le seguía cayendo bien, a pesar de desaparecerse con frecuencia. La

Abuelita lo seguía tratando como a un hijo y, a pesar de que lo agarraba a golpes frecuentemente, él siempre le pedía disculpas y ella siempre le dejaba el plato de comida bien caliente sobre la mesa.

Entonces llegó un sábado en el que el Pato no había trabajado y yo estaba haciendo nada en el patio. Verónica, otra de nuestras primas, se había escapado y la Abuelita mandó al Pato a buscarla. El Pato me vio y me llevó con él. Yo andaba feliz de la vida. Dimos hartas vueltas y buscamos en varios lugares. Comencé a pensar que el Pato lo hacía para distraerse un rato porque le aburría buscar a las primas que se escapaban o quizá porque pensaba que las mujeres no debían estar encerradas. Quién sabe. Lo cierto es que a cada lugar que iba siempre lo saludaban y le invitaban comida o un traguito o las chicas le pedían bailar con ellas. El Pato siempre fue un tipo muy atractivo. Gracioso, además.

Pero esa vez dimos vueltas de más y realmente se hacía tarde. Terminamos en el San Remo, como la última vez, pero no encontramos a Verónica. A quien si encontramos fue al tipo que estaba con Silvia aquella vez que la encontramos. El Pato se acercó a saludar y yo me quedé viéndolos a cierta distancia. Parecía que eran buenos amigos, como si ese cigarro que le había pedido tiempo atrás fuera el lazo de amistad entre ambos. Pensé que el hábito de fumar realmente unía a la gente de forma tan amistosa. Realmente tuve ganas de hacerlo en ese momento.

“Espérame un ratito acá, tengo que ayudar a mi pata con una vaina.”

“¿Y Verónica? La Abuelita nos va a cagar.”

“No seas huevón. Voy y vengo.”

Me senté en la vereda a esperarlo. Eran las diez de la noche. El San Remo es un lugar oscuro para que la gente baile sin vergüenza. Y está en una calle oscura, además, para que la gente no se fije en el mal estado del lugar. Al frente había una cantina donde los borrachos ya eran viejos y cantaban a toda voz. Afortunadamente, no podía escucharlos por el ruido de la música.

Las horas pasaban de a pocos. Veía patrulleros de policía pasar y nunca detenerse. Gente que se paraba en la esquina para fumar o mirar o conversar solamente. Hasta me encontré con amigos del barrio que entraban al San Remo y que me invitaban pero siempre respondía que no podía porque estaba esperando al Pato. Luego los veía perderse en la oscuridad.

¿Cómo habrán hecho? ¿Ellos también se habrían escapado? ¿También los castigaban al regresar y al día siguiente comerían calientito?

La última vez que pregunté la hora eran las dos de la mañana.

Molesto, regresé a casa planeando tocar la puerta hasta que alguien me abriera. Yo sabía que iba a ser la Abuelita y que me iba a dar tremenda golpiza por llegar tarde. Me iba a preguntar por el Pato pero yo le contaría lo que pasó y, seguramente, me daría doble castigo. Triple si es que Verónica no estaba ya en casa. Estaba rezando a manos abiertas. El rezo más amargo de todos. Deseaba que el Pato me hubiera jugado una broma, haya encontrado a Verónica y se hayan regresado a la casa. Tal vez me castiguen menos.

Al llegar, toqué la puerta tímidamente. A la primera, salió la Abuelita. Sacó la mitad de cuerpo y volteó a mirar de un lado a otro. Me sentí pequeñito, solo y con frío.

“¿Y el Pato?” – preguntó.

“Estábamos buscan...”

“¿Dónde está el Pato?” –su voz se hacía más agria.

“Se fue.”

La Abuelita me levantó una ceja. Me pareció una respuesta muy corta. Sí, el Pato se había ido pero me dijo que iba a volver.

“Me dijo que lo esperara pero no llega” –dije, finalmente.

La Abuelita me quedó mirando largo rato como esa vez que me acorraló porque le puse piedras en su olla.

“Te fuiste con él y no entras hasta que regreses con él” –dijo y cerró la puerta.

Me acurruqué en el filo de la puerta y abracé mis piernas. Lloré e hice ruido para que la Abuelita me escuchara y se compadeciera de mí, a ver si me abría la puerta, pero no lo hizo. Un vecino salió por la ventana pero no hizo nada. No paré de llorar hasta que me quedé dormido, sentado, apoyado sobre mis rodillas y con el poste que estaba al costado del balcón como única luz. No sé cuánto tiempo estuve así, solo sé que el Pato me despertó. Estaba despeinado, olía mal y tenía los ojos rojísimos, tanto que me asusté pensando que me había despertado el diablo.

“Primo” –me dijo– “discúlpame, primito, se me fue la hora.”

No pude ni responderle. La Abuelita abrió la puerta y yo me paré de puro susto.

“Entren. Los dos.”

Adentro estaba oscuro, tan oscuro que no sabíamos que esperar aunque ya sabíamos lo que venía. A pesar de la oscuridad, los ojos rojos del Pato se podían ver claritos. La Abuelita encendió la luz. Tenía en su mano un palo que nadie sabía de dónde sacó pero que solo lo usaba cuando realmente nos portábamos mal. Este parecía ser un momento de aquellos. Yo ya me estaba preparando para lo peor hasta que el Pato, temblando, quiso pedirle disculpas.

“Abuelita, no te amargues, yo...”

La Abuelita no lo dejó terminar. Le metió un golpe tan rápido que solo vi al Pato en el suelo. Y aún no usaba el palo. El Pato se tomaba el rostro. La cachetada había sido tan fuerte que el Pato no se atrevía a pararse de nuevo. La Abuelita le buscó la mirada y el Pato la miró con esos ojos rojos que solo tienen esos demonios nocturnos condenados a la esquina. Yo estaba paralizado. Aún no salía del choque que me producían esas imágenes. La Abuelita, una mujer robusta, de corta estatura y con más de setenta años a cuestas, le había dado un solo golpe al Pato, quien es altísimo y estaba en plena forma, tan fuerte que lo había mandado al suelo. Quienes habíamos visto pelear al Pato sabíamos que era muy difícil siquiera despeinarlo. La Abuelita levantó la mano derecha, con la que sostenía el palo. Creo que estaba llorando.

“Ahora yo te voy a enseñar a no hacer cojudeces.”

Lo que siguió lo recuerdo tan bien que a veces no quisiera ni contar. El Pato se revolvía en el piso de dolor por cada golpe que le caía. No llevaba la cuenta pero creo que apenas le dio cinco o seis, pero debieron ser los peores golpes de la vida. Cada golpe era más furioso y me parecía que cada golpe, además, traía más lágrimas en la Abuelita. En el suelo, el Pato se revolcaba como si lo estuviera exorcizando. Gritaba de dolor. Quién sabe en qué hubiera terminado todo. Por primera vez vi que la tía Romera y la tía Felipa bajaron para intentar detenerla pero fue en vano. El resto de primos tuvieron que salir. Los hombres se encargaron de contener a la Abuelita, quien ahora sí mostraba más lágrimas. Las mujeres, entre ellas Verónica, quien tenía golpes en los brazos y las piernas, ayudaban al Pato a incorporarse. La Abuelita pidió que la soltaran y lo vio. El Pato estaba terriblemente golpeado pero seguía pidiendo disculpas. Ya nadie entendía nada pero nadie se atrevía a preguntar. La Abuelita se secó las lágrimas, intentó calmarse. Respiró hondo y nos miró.

“Vámonos todos a dormir, mañana hay cosas que hacer” – dijo y apagó la luz.

Todos nos fuimos a nuestras camas. Entonces, yo compartía cuarto con Enrique, Silvia y Antonio, pero Silvia no había vuelto todavía. Imagino que, junto a otras primas, habrán curado y consolado al Pato.

Al día siguiente, el Pato se acercó a la Abuelita y, arrodillándose como pudo, le rogó para que lo disculpara. La Abuelita era dura pero a todos nos quería. No sé qué le dijo y seguramente jamás lo sepa. La Abuelita sirvió la comida como siempre, raciones iguales para todos, sin preferencias. El Pato comía y su rostro agradecía cada grano de arroz. La Abuelita estaba en silencio, como siempre, pero su mirada estaba triste y desubicada. Nadie se atrevía a preguntar

pero siempre creí que algo se había roto en ella.

\*

Durante varias semanas nadie se volvió a escapar de la casa. Quienes todavía íbamos al colegio aún no podíamos superar el choque que significó ese día. La Abuelita no perdió atención en la familia, su rutina seguía siendo la misma y, como ya le dábamos menos problemas, ella no andaba correteando de un lado a otro. Por ahí algunos de los primos más pequeños se ponían jodidos pero nada que nosotros no pudiéramos solucionar. El Pato seguía viviendo en la casa y siempre había un plato de comida cada vez que regresaba de algún trabajo ocasional o antes de dormir. Sin embargo, ese parecía ser el único momento en el día en que la mirada triste y desubicada volvía en la Abuelita lo cual hacía que yo volviera a aquella golpiza de semanas atrás.

A los que ya terminábamos el colegio ese año, la Abuelita nos daba más tareas y nos disciplinaba con mayor frecuencia. Para ella, ya íbamos a ser hombres así que debíamos sentir la carga. A pesar de que ya crecíamos, ella aún era rígida con nosotros y nos advertía que la mano no iba a temblar si es que necesitábamos escarmiento. Nosotros le creíamos. Sabíamos que aquel episodio con el Pato podía pasarnos a cualquiera de nosotros, incluso al mismo Pato, cuantas veces fuera necesario.

Y aunque el Pato también había sufrido, parecía que no aprendía nada de lo que le pasó. Un día desapareció, así nomás, como solía hacerlo antes de la golpiza, y no volvió durante todo el fin de semana. El lunes, muy temprano, lo vimos llegar mientras nos preparábamos para ir al colegio. Estaba desgarbado. Los ojos estaban rojos y parecían colgarle. Su ropa se veía más vieja que de costumbre. Esa mañana debía estar trabajando. Pasó de frente a su cuarto, esquivando a

todos. La Abuelita solo lo vio pasar. Ella golpeaba sin importar si estaba en pleno día o de noche. Nosotros ya íbamos de salida al colegio así que no pudimos saber qué pasó pero estábamos seguros de que algo iba a pasar.

Grande fue la sorpresa cuando más tarde lo vimos tirado en el mueble, mirando televisión, como si nada hubiera pasado. No tenía marca alguna de haber sido golpeado. Relajado, el Pato estiraba las piernas como si estuviera en plenas vacaciones. Estaba comiendo una manzana. La Abuelita había salido, nos dijo, y luego se puso sus zapatillas y se fue a la calle. Todo me parecía tan raro ¿Se habría ablandado la Abuelita? Tampoco estaba dispuesto a ponerla a prueba pero el Pato se veía tan cómodo con la situación que hasta daba envidia.

Entre los primos pensamos que como el Pato ya se hacía grande y ganaba plata, ya no era necesario que la Abuelita lo castigara. Además, todos coincidíamos en que aquella última golpiza era más que suficiente. Pero el Pato parecía seguir siendo el mismo de siempre. A menudo me preguntaba si es que realmente llegaría un momento en que la Abuelita, en nuestro caso, dejaría de ver por nosotros ¿Acaso hay un límite en los tropiezos? ¿Realmente aprendemos cuando crecemos y nos hacemos viejos?

En toda esa semana, el Pato no fue a trabajar ni una sola vez. Solamente por eso, la Abuelita ya le habría dicho algo pero, otra vez, nada. Peor aún, todas las noches salía y no regresaba hasta muy temprano por la mañana. Ya nadie sabía qué pasaba. Los amigos del barrio decían que lo habían visto conversando en la esquina con el cojo Timaná. En otras épocas, la Abuelita habría salido a jalarlo del pescuezo si lo encontraba en esas, pero nada tampoco.

Y no es que la Abuelita no le hablara pero sus diálogos eran más reducidos ahora. Ella le preguntaba si quería comer y él siempre decía que sí, entonces la Abuelita iba a la cocina y regresaba con un plato humeante. Si hacía falta, le pedía ayuda para cargar cosas pesadas o

alguna otra cosa que requiriera fuerza. El Pato ya no se veía tan en forma, estaba delgado y casi siempre ojeroso. Aún era gracioso. La Abuelita, harta de verlo holgazanear todo el día, le hacía barrer la casa y cosas como esas.

“A ver cuándo vuelves a ser hombre y te pones a trabajar – le dijo un par de veces.”

El Pato se encogía de hombros y prometía que pronto pero así como estaba parecía promesa falsa. Esa semana, como dije, se la pasó metido en la casa y saliendo de noche. Luego volvería a desaparecer pero esta vez por mucho más tiempo y con los ahorros de la casa que la Abuelita guardaba.

Ella ni se quejó, a pesar de que el Pato se había llevado consigo años de ahorros que la Abuelita y sus hijos habían guardado para hacer mejoras en la casa. Todos habían sacado dinero de su bolsillo para ese fondo y, por eso, todos estaban buscando al Pato pero dejaban que fuera la Abuelita quien decidiera qué hacer. Quienes armaron el alboroto fueron todos los tíos. Llamaron por teléfono a mi tío Roberto y le contaron lo que había hecho su hijo. Él y la Abuelita pasaron largo rato hablando pero nunca supe de qué. Las tías decían que seguro se fue con el Cojo Timaná, con los Prado o con los drogadictos del puente. Los tíos ya querían salir a buscarlo. La Abuelita solo miraba. Todos hablaban pero nadie hacía nada.

Nosotros los primos ya no sabíamos qué pensar. Lo que el Pato había hecho ya sobrepasaba todo límite. Uno sabía que estaba en problemas si tan solo se atrevía a contestarle a la Abuelita. El Pato había ido muy lejos, demasiado lejos. Si por hacer travesuras ya había un castigo fuerte ¿Qué pasaría si robabas? Todas las noches dormíamos pensando que esa era la noche en la que el Pato volvería. Creo que la Abuelita también: desde que el Pato se había ido, se

quedaba hasta muy tarde esperando en su sillón y, cuando el sueño la vencía, dejaba prendida una lámpara en la sala. Estuvo así casi una semana.

El día que el Pato regresó, la Abuelita me había agarrado a latigazos. No se había ablandado como pensaba. Seguía dándonos la misma disciplina de hierro. También había castigado a Oswaldo, a Gerardo, a Martina y a Enrique hace un par de días. Esta vez, ella me había encontrado a punto de entrar donde el Cojo Timaná para alquilar videojuegos con unos amigos. Me jaló del brazo y me llevó a casa. Adentro, me azotó durante buen rato y me mandó a la ducha y luego a hacer la tarea.

Todos habíamos terminado de cenar y hacíamos los últimos pendientes para el colegio. La Abuelita me llamó, aún molesta conmigo, y me mandó a lavar todos los platos y ollas sucias sin ayuda alguna. Esta vez, ella solo dejó la lámpara prendida y se fue a su cuarto. Yo apenas había comenzado cuando escuché que tocaron a la puerta. El sonido era leve pero aún perceptible. Como yo quería hacer cualquier cosa menos lavar los trastes, dejé todo y fui a ver quién era. Era el Pato, más flaco que de costumbre, con la misma ropa con la que se había ido y con signos de haber estado despierto durante mucho tiempo. Era imposible verlo a los ojos sin sentir pena. Se quedó parado en la puerta y le dedicó una larga mirada a mis brazos golpeados.

“¿Quién te pegó?”

“La Abuelita”

“¿Por qué?”

“Porque me encontró donde el Timaná...”

El Pato se pasó la mano por la cabeza tirando atrás su cabello que antes tenía brillo.

Parecía que hubiera estado bajo el polvo durante mucho tiempo, como un adorno olvidado.

“Bien huevón eres, por mi mare”

Ni bien dijo eso, me hizo a un lado para entrar. Su mano estaba arrugada y apestaba. No me atreví a decirle nada al Pato, a pesar de haberle robado a la Abuelita o haberme dejado olvidado aquella noche en el San Remo ¿Qué podía decirle? Apenas pude mirarlo. No sabía qué hacer. O era tal vez que por dentro sabía que pronto la Abuelita saldría con un palo, como aquella vez, y lo masacraría a golpes. La Abuelita estaba tardando. Pensé que ya se había dormido y aún no se daba cuenta que el Pato está aquí. No quería ver esa escena otra vez pero aún me faltaban ollas por lavar y temía tener otro castigo si no lo hacía. Entonces la Abuelita apareció. No llevaba palo ni látigo ni nada. Solo sus manos. El Pato estaba en medio de la sala. La Abuelita me mandó a dormir y yo no lo pensé dos veces. Me fui corriendo.

Lo que pasó después es algo que no puedo explicar. No solo porque no fui testigo de todo lo que pasó, sino porque lo que escuché aún retumba en mi cabeza y lo imagino de mil formas. Durante todo este tiempo vengo tratando de recrear con imágenes lo que sucedió en esa sala antes de que todos saliéramos tras los llantos. Tal vez todos estamos en la misma situación de duda.

“Abuelita, perdóname por favor.”

Su voz era temblorosa y parecía que la garganta le raspaba. Pensé que así se deben escuchar los miserables. Pero la Abuelita era silencio puro. No pronunció ni una palabra o al

menos no la oía decir algo. Apenas unas semanas atrás hasta podíamos escuchar la fuerza de sus golpes. La imaginaba mirándolo completamente seria. Tal vez apretando los puños. Tal vez era yo y mi cólera contenida esperando que golpearan al Pato. O es que este segundo incómodo se siente como dos horas de tortura silenciosa.

Tampoco podía imaginar al Pato. Yo no sé qué pasaba por su mente. No lo sé. Solo había silencio. Quién sabe qué lo habrá llevado a hacer algo tan riesgoso como robarle a la matriarca de la familia. El Pato volvía hablar. Repetía las disculpas como un político arrepentido en plena campaña. A estas alturas, la Abuelita ya le habría arrancado dos dientes de un puñete pero, en cambio, su silencio seguía ahí. Y, por alguna razón, ese silencio me dolía.

El Pato volvía a la carga. Le preguntaba qué tenía que hacer, cómo podía arreglar todo esto. Le prometía cosas. Dijo que iba a cambiar. Dijo que iba a volver a trabajar. Dijo que se iba a mudar y ya no le iba a dar problemas. Dijo muchas cosas. Sonaba como un predicador tratando de vender algo. A veces creo que él no esperaba encontrarse en esta situación. Tal vez él mismo, y no solo yo, esperaba que lo castigaran, unos cuantos golpes, varias disculpas y al rato tendría la comida caliente en la mesa y estaría hablando con la Abuelita.

“Abuelita, ya pues ¿por qué no me hablas?” —el Pato hablaba casi quebrado.

De pronto, alguien rompió en llanto. Era el Pato, estoy seguro. Sollozaba como un animal herido retorciéndose en dolor. El eco de su dolor se pegaba en cada pared de la casa. En el cuarto, nos miramos aterrados los unos a los otros. Prefería mil veces escuchar una brutal paliza en vez de esto. El Pato sufría afuera y la Abuelita no había hecho ruido alguno. En un arrebato de valentía, decidimos salir al escuchar pasos y puertas que se abrían entre tanto lloriqueo.

Entonces lo vimos. El Pato estaba arrodillado en el piso con la cabeza abajo a los pies de la Abuelita, como un perro. Ella ni lo miraba. En cambio, miró al resto de la familia que salió a ver lo que pasaba, atraídos por el espantoso llanto del Pato. No dijo nada. Sacó los pies de los brazos del Pato bruscamente, dio media vuelta y se metió a su habitación. El Pato estaba limpiecito, sin signo alguno de haber sido castigado, siquiera, con un jalón de orejas. Estaba rojo. Una combinación extraña de furia, dolor y decepción.

“¿Por qué ya no me quieres?”

La última vez que vimos al Pato fue también la última vez que le escuchamos decir esto.

## QUINCE MINUTOS DE CIELO

1

Llegar al Reino de los Cielos era más difícil de lo que uno podía pensar, el peregrinaje contaba con varios kilómetros de distancia y sin descanso alguno. Todos, fieles e infieles, pecadores y santos, cargaban el sol como cruz y mordían el polvo como primera cena. Para llegar se tenía que ir más allá de los parques zonales, subir por los cerros baldíos y cruzar por el cementerio: literalmente, uno hasta tenía que pasar por encima de la muerte. Y a pesar de que un incontable gentío lograba sortear con éxito aquel camino hostil, al Reino de los Cielos solo entraban mil doscientas almas con sus cuerpos para sufrir y ver veintidós personas, dos bandos de once cada uno, disputarse una reluciente copa que los certificaba como el mejor equipo de estos alrededores.

El estadio se llamaba Santo Tomás pero algún eufórico lo bautizó como el ‘Reino de los Cielos’ porque estaba ubicado en la parte más alta del cerro Corvina y decían que jugar ahí era como hacerlo con Dios de espectador. Otros le atribuían el nombre a la existencia de una iglesia evangélica justo al frente del estadio, de templo a templo, lo cual incluía, como pintorescos animadores dominicales, a unos religiosos pregonando la palabra del Señor a través de un megáfono, instando a los aficionados al fútbol a ganarse un lugar en el verdadero reino de los cielos, no solo en el estadio. Sin embargo, la mayoría coincidía en que aquel sobrenombre celestial se debía a la importancia de jugar ahí: los dos equipos que llegan al Reino de los Cielos se ganan el derecho de competir a nivel nacional por un boleto directo hacia la primera división. Es la primera miel que se saborea, y tal vez la última, pero soñar no es caro: en un torneo como la Copa Perú, donde cerca de 25 mil equipos amateurs de cada rincón del país se disputan solo

un lugar en el fútbol profesional luego de incontables partidos en alejados escenarios, la expectativa es grande. Por eso, comentaristas y periodistas deportivos no se apuraron en llamarla “la última mitad de la gloria”, que no por última está exenta de alegría.

Contra todo pronóstico, el club Aquiles de San Juan inscribió su nombre en la final. Con un inicio dubitativo, con tres derrotas en su liga distrital, logró remontar posiciones hasta clasificar en segundo lugar a la etapa provincial, gracias a los goles y el empuje de su delantero Pedro ‘Ambulancia’ Martínez. El camino a la final fue accidentado pero positivo, rústico pero honesto: victorias por la mínima diferencia, y algunos incluso definidos en penales, permitió que alcanzara al gran partido por primera vez en su historia. Al frente tenía al Estudiantes Guadalupe, múltiple campeón de Lima que el año pasado fue eliminado en cuartos de final de la Etapa Nacional, quedándose a solo dos partidos de conseguir el ansiado ascenso a la primera división. Para esta temporada, el Estudiantes se había reforzado con jugadores con amplia experiencia en estas competiciones, veteranos en ganar partidos y hasta un par de campeones nacionales en ediciones pasadas que fueron dejados de lado cuando sus equipos alcanzaron el estatus de profesionales.

El Reino de los Cielos lucía abarrotado de los colores del Estudiantes, quien comenzaba a demostrar su favoritismo desde la tribuna. Las banderas blancas y negras se cubrían gran parte del sol y el ruido era ensordecedor, desde las gargantas hasta los instrumentos, a tal punto que los vendedores de golosinas debían estar atentos a cualquier mano alzada que lo buscara porque se hacía imposible escuchar los llamados. La bulla se complementaba con los que habían quedado afuera: muchos se habían trepado en muros del estadio o habían pagado unos centavos a las casas de los costados para ver el fútbol desde el techo, una suerte de palco improvisado. Desde esa posición preferencial presionaban a los jugadores con arengas, silbidos, o incluso solo con la

mirada. Dos ojos mirando fija y silenciosamente lo que uno hace en el campo puede ser presión suficiente. La apabullante presencia de los aficionados del Estudiantes no dejaban espacio para nadie más en las tribunas. Algunos hinchas del Aquiles estaban en los alrededores pero no consiguieron entrar al estadio, ni siquiera porque llegaron acompañados por la delegación oficial del club, entiéndase: los veinte futbolistas titulares y suplentes, el entrenador junto a su comando técnico y ‘el chino’ Martin Quispe, quien desempeñaba la múltiple función de dirigente, masajista, padre del jugador José ‘chinito’ Quispe y presidente del Aquiles de San Juan.

Ambos equipos salieron al campo calentar y pronto vieron con sus propios ojos el ambiente festivo que escuchaban desde los camerinos. Los jugadores del Estudiantes no parecían impresionados con el sentir de los suyos. Los del Aquiles, en cambio, no dejaban de ver a la tribuna, de distraerse con el golpe del bombo, por la corneta, por el grito del hincha, por el papel picado y hasta por la pelota para entrenar que relucía y daba pena patearla. Si así era solo en la parte de los trabajos pre-competitivos, no querían ni imaginar cómo sería cuando el árbitro hiciera sonar el pito para iniciar el juego. Los nervios habían generado algunos problemas en los jugadores del Aquiles: el capitán del equipo, Mario Torres ‘el cabezón’, erraba en pasar el balón en los ejercicios de toque en corto porque no podía dejar de voltear para identificar de donde salía esa voz ronca y alargada que lo insultaba desde la tribuna. ‘El flaco’ Padilla, defensa central, ni se enteraba qué músculo estaba estirando por imaginarse si alguna vez corearían su nombre como lo hacían con los jugadores del Estudiantes. Al arquero tuvieron que aplaudirle en la cara para que continuara con los trabajos porque, al parecer, jamás había visto a alguien encender una luz de bengala en el estadio en plena claridad de la tarde.

Cuando volvieron a los camerinos para ponerse la indumentaria oficial y recibir la charla técnica previa al partido, los jugadores pensaron que ya no había más que decir. Tampoco el

entrenador, quien comenzó diciendo “hasta acá llegamos” para luego descubrir la pizarra con la alineación de esta tarde: 4-5-1, todos los balones para Ambulancia Martínez y ya que él vea, total, así han llegado hasta acá. El ‘Chino’ Quispe, agregándole un lado más a su ya multifacética posición, les fue lanzando camisetas a cada uno de los jugadores. Algunos se tomaron las manos para rezar: aún si estaban ahí en las alturas, no querían perder la humildad de echar una oración. La solemnidad se dejó de lado y luego del amén salieron a pisar el césped verde del Santo Tomás, ‘El Reino de los Cielos’.

Cada quien había tomado su lugar, se tomaron las fotos de acuerdo a lo que pide la prensa. Por los altoparlantes del estadio, una voz celestial comenzó a dictar a los protagonistas del juego, comenzando por los Estudiantes Guadalupe, nombre por nombre, la hinchada enloquecía. La calma llegaría después, cuando pasaron a listar los nombres de los jugadores del Aquiles. El silencio era ensordecedor, estrepitoso, como un gran abandono de la ciudad en época festiva.

## 2

A Pedro Martínez le decían Ambulancia porque cuando agarraba velocidad preocupaba a todos. Era un moreno compacto, de tamaño mediano pero amplio, sin muchas ganas de ser corpulento. Dicen que la fila inferior de los dientes se la desarreglaron a los doce años, cuando el papá le quiso enseñar a pelear en una categoría aún desconocida del boxeo amateur y de entre barrios: el peso borracho. Esa experiencia, además de alejarlo de los cuadriláteros, le dejó un habla lenta y recortada, pero algo le enseñó para el fútbol: ponía la cara, el hombro, el codo y todo lo que había que poner para mantener la posición de una pelota. En ese entonces era solo un defensa derecho correlón, de esos que no paraban aún cuando pitaba el árbitro el final del

encuentro. El equipo que lo acogía era el Aquiles de San Juan, que contaba con el apoyo de la cooperativa del mercado del distrito. El entrenador era tío suyo, lejano, de esos que no ves hasta navidad pero siempre traen panetón y chocolate, y había juntado a unos muchachos del barrio que se la pasaban pateando pelotas desinfladas en el parque. Eran jovencitos de entre 16 y 20 que terminaron el colegio y mataban el tiempo, además de las suelas, en pistas, canchas de cemento, parques y hasta en la arena de la playa, cuando el trabajo no mandaba. Las ganas estaban intactas pero los objetivos realistas: pelear cada uno de los diez partidos de la liga del barrio de Ciudad de Dios y quedar entre los dos primeros puestos que otorgan el derecho a seguir compitiendo por el campeonato distrital. Después de eso, que venga quien venga y que sea lo que tenga que ser.

En ese entonces, Pedro Martínez aún no era ‘Ambulancia’ pero ya era un defensa improbable que un día encontró un espacio en la delantera del Aquiles de San Juan, que competía en las profundidades del distrito, a miles de equipos de distancia de la liga de Primera División. Y aunque el equipo llevara el nombre de un héroe griego, parecía tener un talón inmenso: los jugadores no se encontraban en el campo, los pases no llegaban muy lejos, los centros eran fácilmente despejados y, luego de los dos primeros encuentros, con igual cantidad de derrotas, los dos delanteros titulares comenzaban a tener problemas para asistir a los entrenamientos porque el trabajo pagaba más pero exigía de más. Para el entrenador, Pedro no jugaba porque era un defensa que pasaba mucho tiempo en el área contraria y no quería regresar a cubrir los espacios que dejaba. Ante la probable ausencia de jugadores ofensivos, probaron a Pedro en el extremo derecho en un entrenamiento. Tenía condiciones, se le veía mucho mejor cuando le quitaban responsabilidades defensivas. En el partido de prueba, Pedro alineó entre los suplentes y metió peligro por su sector: no tenía técnica ni acertaba en los pases, pero avanzaba sin miedo a las patadas y se dio maña para anotar un par de goles.

Para la tercera fecha, Pedro Martínez vio el partido desde la incomodidad del banco de suplentes. Corría el minuto 70, el Aquiles ya iba con tres goles en contra, y le pidieron que calentara. El entrenador le lanzó la camiseta número once –la del puntero mentiroso–, un papelito para el árbitro asistente ordenando el cambio, y le dijo, con mucha seriedad: sobrino, comienzas en la mitad del campo, tocas, subes y matas ¿me entendiste? y el zambo que solo sabía patear una pelota y aguantar golpe se metió entre los defensas y comenzó a patear lo que se veía. La diferencia era que ahora a él también lo pateaban. Si recibía una pelota, tenía a dos defensas detrás suyo cruzando piernas y chimpunes, pero como era difícil derribar a un tipo de casi 90 kilos repartidos en 175 centímetros, tenían que patearlo el doble. Al principio aguantaba el balón entre sus piernas haciendo espacio con su espalda ancha y los brazos largos, pero luego lo rodeaban y la presión le hacía ceder y caer al césped, que era más tierra que verde, lo cual generaba que el árbitro cobrara faltas a su favor que usualmente se desperdiciaban: los tiros libres se iban a la tribuna, los tiros de esquina no encontraban a nadie en el área y si pitaban un penal, lo más probable era que se fallara. El entrenador, en un arrebato de profesionalismo improvisado, pensó en sacar a su sobrino del campo por la cantidad de golpes que recibía en el campo, pero era el único al que le hacían faltas y, con lo impredecible que era el fútbol, podía pasar cualquier cosa. A estas alturas, un gol bastaría para maquillar el resultado, salvar el honor de no irse en blanco. Y llegó al minuto 90, cuando ya todos se iban a casa. Pedro Martínez, usando la once, se metió por el centro del campo y avanzó como si tuviera una lanza en la mano, sorteó un mediocampista que le hizo frente, el capitán del equipo contrario fue a su encuentro con un choque de hombro pero salió derrotado, ya casi sin aliento, y quizá pensando que tenía de su lado a los dioses, se aventuró a encarar a los defensores centrales y salió victorioso, pero en el mano a mano contra el arquero, ya sin piernas que le respondieran, no tuvo mejor idea que

embestirlo, con tal suerte que la pelota quedó dividida aunque guiada tal vez por esa divinidad griega que bendecía al equipo desde el nombre –o porque el buen Pedro había ido con tanta fuerza, en realidad fue por eso– que terminó dentro del arco con balón y todo. El árbitro, ante la confusión general, pudo anular la conquista irregular del arco pero el partido ya se acababa y a nadie le iba a doler un gol en contra. Al arquero lo sacaron en camilla, Pedro Martínez salió caminando y sonriente.

Los que vieron el gol, algunos hinchas fieles y comentaristas deportivos de las radios regionales, coincidieron que el gol fue el típico arrebato de un chiquillo con ansias de brillar. Los más entusiastas, en arrebatos mitológicos, incluso dijeron que el gol se consiguió a la vieja usanza de los guerreros griegos. Los sombríos, en cambio, dijeron que el Aquiles podría desaparecer si siguen jugando fútbol como en las calles, aunque sea lo único que sepan hacer. Algún palomilla recordó y comparó el gol del número once con el accidente del día de ayer en el que una ambulancia se volcó en la avenida Los Héroes luego de sortear a gran velocidad una serie de autos que no tenían espacio para moverse en pleno tráfico de la mañana. El clamor fue instantáneo: Martínez se metió al arco como una ambulancia, dijeron.

Para el siguiente partido, Ambulancia arrancaba de titular. Luego de tres derrotas, con siete partidos por delante, los directivos del club comenzaron a perder el interés y el entrenador decidió experimentar un poco. Paró una línea de cuatro defensores netos atrás con orden expresa de que no pasen de la línea media; en el centro del campo, puso tres jugadores hábiles en el viejo arte de rascar piel ajena sin ser descubiertos, con la orden precisa de que recuperen el balón cueste lo que cueste. A los costados, dos muchachos flacos iban y venían de área a área ya sea para defender o atacar. Arriba, solito, quedaba Ambulancia Martínez. El entrenador le pidió que cuando estén defendiendo, vaya hasta el centro del campo y, cuando tengan la posición de la

pelota, que haga su chamba. Y su chamba consistía en abrirse espacio hacia el arco usando cualquier recurso posible. Para su suerte, las reglas del fútbol dictan que la ventaja la tiene el delantero, pero en su caso había que apiadarse de los defensas: con la pelota en los pies, Ambulancia bajaba la cabeza y embestía sin parar hasta llegar al arco, dejando atrás pisotones, codazos y una que otra caricia en el rostro. Sin embargo, sus disparos eran débiles o usualmente previsibles. Lo suyo era anotar por demolición: no parar hasta que el arquero lo intentara detener con tan mala suerte que la pelota cruzara la línea de gol por la razón o por la fuerza. Y así ocurrió a los 80 minutos de juego. El equipo visitante asediaba el arco contrario cuando un balón suelto fue rechazado hacia el centro del campo, donde lo tomó el capitán Torres quien alzó la cabeza, vio a Ambulancia corriendo en dirección al arco y le envió un pase largo para que se ganara el premio: Ambulancia había superado en velocidad a su marcador y el arquero salía de su guarida para enfrentársele. El balón ya entraba al área y comenzaba su descenso. Ambos se elevaron al mismo tiempo y usaron los recursos que se les permitían: Ambulancia puso la cabeza y el arquero los puños. A ciencia cierta, nadie sabe quién impactó el balón primero pero los dos terminaron en el piso. La pelota suavemente rebotó con dirección al arco y con lentitud pasmosa se introdujo en el arco. Como Ambulancia seguía en el piso, los demás jugadores tuvieron que echarse a su lado para celebrarlo. El partido terminaría en empate a un gol por lado, con un penal dudoso para la visita, pero ya la cosa mejoraba.

Algunos axiomas populares en el fútbol rezan que equipo que gana no se cambia y así se hizo: Ambulancia volvió al ataque, secundado por los dos volantes externos y los tres mediocampistas que le cuidaban las espaldas y las piernas. El partido fue angustioso y pesado. Los rivales eran rápidos y superaban fácilmente los intentos de ataque del Aquiles. Ni por los costados ni con Ambulancia lograban hacer daño. Por el contrario, recuperaban la pelota y

generaban contragolpes que podían acabar en gol. Esto hizo que el entrenador ordenara una línea defensiva extraordinaria, con siete jugadores de campo metidos en propia área, más el arquero. Cuando la mayoría de asistentes al estadio –alrededor de cincuenta personas, entre ellas periodistas, dirigentes, policías y curiosos– apostaba por el empate como para no aburrirse de ver a dos equipos jugar a nada, ocurrió lo impensado.

Una pelota suelta en el mediocampo fue tomado por el ‘Cabezón’ Torres y avanzó hasta donde pudo, se hizo de un espacio entre los defensores y lanzó un disparo furibundo, sacado de cualquier otro partido, que hubiera sido bien celebrado si no fuera porque el arquero rival parecía haber estado esperando ese momento toda su vida para lanzarse con algo de histrionismo y mandarla para el córner. En todo el partido, el Aquiles no había tenido siquiera una jugada detenida para elaborar alguna ocasión de gol, sin embargo, el entrenador solo mandó tres personas a buscar el centro que venía de la esquina. En el área rival se colocaron los dos jugadores más altos del Aquiles y Ambulancia Martínez, contra seis defensas. El resto del equipo estaba a la expectativa en el mediocampo.

La pelota sale y hace una curva corta al primer palo, a la derecha del arquero. Al cabezazo van los dos defensas centrales del Aquiles contra cuatro jugadores rivales más el arquero pero el balón rebota en todos y en nadie al mismo tiempo y queda en el mismo centro del área, a cinco o seis pasos de la línea de gol, y con Ambulancia apurándose a llegar seguido de otros dos defensas. La pelota toca esa rara mezcla de césped y tierra que existe en los estadios de barrio y da un bote cortito. Cuando lo más lógico era lanzarse a pierna estirada como un arma en ristre en la trinchera, Ambulancia Martínez se abalanza de rostro hacia el balón buscando un cabezazo físicamente imposible por la física. Sus dos marcadores no saben si realmente pretende anotar un gol o solo hacer un acto acrobático por amor a lo exótico. Lo cierto es que impacta la

pelota con un poco de oreja y otro poco de nuca y ésta hace un efecto raro clavándose en el ángulo opuesto al arquero quien veía todo desde el piso. El gol, no cabía duda, era de lo más feo visto en un campo de fútbol, aún cuando el Aquiles se dedicó a cuidar su ventaja dando pases cortos inútiles en su propia zona, sin ninguna intención de anotar otro gol o de siquiera jugar por placer.

Con el pitazo final del árbitro y el abrazo de los jugadores por lo que significaba su primera victoria oficial, se entendió aquello de la justicia en el fútbol, de la belleza rara de las anotaciones y eso que siempre repetían, que goles son amores, más no buenas razones.

\*

Común se hizo verlo tragar sin masticar a cualquier hora del día. En el José José, la cerveza salía con plato de comida, por eso los guapos de barrio se agolpaban en la puerta y bregaban por espacio, mientras que el mesero trataba de domar a las fieras a golpe de trapo sobre la mesa. Entonces, llegaba Ambulancia y la multitud callaba. Bastaba que asomara su porte errático para que la gorda Giovanna le ofrezca un seco de carne, que se convertiría en ‘mojadito’ si es que se acompañaba con una cerveza o dos. En esa esquina con movimiento donde se juntan el viejo mercado de San Juan con los negocios emergentes, la figura del goleador con el número once era, más que requerida, profetizada. Ambulancia descansaba las piernas chuecas en una silla sólida y pedía que le pusieran salsa, en el plato y en el oído, y en iguales cantidades.

Ambulancia ofrecía pagar pero los dueños ponían cara de ofendidos. En esta parte del barrio, atrás de las vías del tren eléctrico que atraviesan el distrito como una navaja en el rostro de la ciudad, el Aquiles de San Juan no levantaba ni el polvo, pero el buen Ambulancia era querido y respetado. La gente le reconocía el hecho de que abrazara los deportes en vez de los

malos hábitos, que pasara de romper vidrios de ventana por jugar fútbol en las calles a romper las redes del arco en el campo. Y de qué forma: llevaba diez partidos jugados, todos perdidos pero ya contaba con siete goles anotados. Súbitamente, ese éxito se veía reflejado en los comentarios: mis hijos jugaban mejor que Ambulancia pero se me perdieron en el vicio. Yo salí con Ambulancia una vez y es un caballerito. Si su papá estuviera vivo, estaría orgulloso. A Ambulancia ya le queda chico ese equipito, mejor que se busque otro de donde pueda llegar a la profesional.

El goleador repartía propinas, ponía cervezas, almorzaba gratis y luego pasaba por la casa de la abuela a dormir la siesta. Eran días tranquilos en los que el fútbol ocupaba una mañanas de unos cuantos días a la semana y le dejaban un dinerito mensual que usaba para sostener la vida. Su tío, el entrenador, lo alcanzaba cada vez que pasaba por caja para ponerle unos cuantos consejos, que entrene la pierna izquierda, que intente con utilizar el empeine. Ambulancia escuchaba, asentía pero se olvidaba. El fútbol para él era una forma de demostrar la profundidad de su ser, y jugaba como vivía: empujando sin arte y por ninguna gloria, solo por el hecho de hacer algo que le viene bien. El entrenador lo sabía. Su equipo jugaba horrible pero ganaba. La vida era horrible. Y todas esas pequeñas felicidades dentro y fuera del campo no lo iban a cambiar.

3

El encuentro estaba programado para las 2 de la tarde pero comenzó exactamente a las 2:01. Se había concedido un minuto de silencio por el fallecimiento de un ex jugador del Estudiantes Guadalupe. Ahí llegó el primer silencio. Al principio, la tribuna pensó que solo se estaba demorando el inicio del juego, pero por los altoparlantes rogaron el respeto en memoria

del fallecido. Los rostros y las manos se bajaron. El árbitro consultó el cronómetro para medir el duelo: finalmente, resolvió dar el primer pitazo de la tarde para mover la pelota en lo más alto, al menos geográficamente, del fútbol limeño.

Quizá porque no era realmente entrenador de profesión o porque su equipo jugaba tan mal que sus victorias caían en el oportunismo, la picardía y otras conductas deleznales propias del anti-fútbol, el entrenador llegó a su zona técnica y sentó casi sin ganas de ver el partido. Si había un equipo fuerte en San Juan ese era el Estudiantes Guadalupe, un club antiguo, con mucho ingreso de dinero, con grandes refuerzos y un entrenador de verdad con título a nombre de la Federación Peruana de Fútbol. El resto de equipos eran, ciertamente, una moneda al aire. Y él sabía que el Aquiles había llegado lejos no solo por oportunismo sino también por suerte: la mayoría de equipos a los que se había enfrentado pasaban por el lado más rugoso de la moneda, con peleas internas entre jugadores, equipos mal armados o incluso amenazas de despido por parte de los dirigentes. Aún así, llegaban y plantaban cara frente al Aquiles, quien apenas ganaba gracias a lo poco que tenía. El Estudiantes Guadalupe, en cambio, era un club que tranquilamente podía saltar a la profesional, y estuvo cerca el año pasado. Tenía orden y bebidas rehidratantes en la nevera. Si el calor arreciaba y había que refrescar algunas gargantas, en el Aquiles se tomaba agua de un solo bidón. Pero el entrenador no había terminado de explicarse la razón de ser de su equipo o cómo sería su final esta tarde, cuando el pitazo lo sacó de su ostracismo como una señal del destino para que no se perdiera este momento único en su carrera.

Los jugadores del Estudiantes Guadalupe movieron el balón hacia atrás para el mediocentro sin contar que la enormidad de Ambulancia Martínez estaba a su encuentro. Bastó un choque para que le quitara la pelota y el rival acabara en el piso. El árbitro agitaba la mano en señal de que se levantara porque aquí no pasaba nada y el juego siguió sin interrupciones. Por el

centro, Ambulancia avanzaba con cuatro defensores al frente cuando aparecieron los volantes externos para acompañarlo por el medio y tocar el balón. Se la pasaban entre ellos con una precisión y cierta gracia que contagié otros jugadores del Aquiles: el ‘Cabezón’ Torres, un negado para el juego de piernas, driblé y pasó como un bólido, dio un pase de taco para Ambulancia, quien abrió la cancha hacia la derecha para el ‘Perro’ De La Cruz, quien superó a un defensor, mandó el balón al área y ante el desconcierto de una defensa rival desordenada, aparecería Ambulancia Martínez con un salto casi de ballet para tocar sutilmente el balón y elevarla con una elegancia nunca antes vista. El arquero no pudo reaccionar hacia ningún lado. Solo atiné a ver como la pelota hacía una parábola y caía tranquila hacia su palo izquierdo, lo tocaba y se iba hasta el fondo. Un gol educado que golpeaba antes de entrar.

El reloj no marcaba ni tres minutos de fútbol y la tribuna había traído consigo un silencio doloroso. Ambulancia Martínez corrió a celebrar a la banca y abrazar a su tío con la incredulidad de quien busca alguien que lo devuelva a la realidad lo más pronto posible. Y eso ocurría con el resto. Estaban tocando el cielo, casi literalmente, futbolísticamente. El entrenador aprovechó ese momento para decirles que cerraran filas y aplicaran los relevos para defender y atacar. La línea de cuatro de la defensa del Aquiles se convirtió en ocho y sufrió los bombardeos del Estudiantes. Uno tras otros, intentaban por todos los medios, pero los jugadores se batían por el equipo, se tiraban de rostro por la pelota, se juntaban de a dos para marcar y presionaban la salida del rival. Ni los mismos jugadores del Aquiles pensaban que podían jugar así, pero así pasaba y así lo creían. Llegó un momento en que el mismo Ambulancia estaba en área propia intentando ayudar con la defensa. El público estaba en silencio. La fiesta se había apagado. Alguien comenzó a pasar la voz en los exteriores del estadio que un monstruo se estaba muriendo en el Reino de los Cielos. Goliat estaba cayendo con el golpe certero de la piedra más hermosa del mundo.

Ya no hace falta contar más, solo cumplir con la estadística. La ventaja de un gol para el Aquiles duró solo quince minutos, a pesar de ser eufóricos. Luego, la barrera se rompió con un gol de media distancia y el ruido volvió a colmar las mil doscientas gargantas que ese día subieron a los cielos. El resto cayó por su propio peso. El Estudiantes lo ganó 8 a 1, quizá la victoria más holgada en la historia de la Liga Provincial de Lima. Una humillación ante los ojos del respetable. Cuando sonó el pitido final, el entrenador ordenó rápidamente a sus jugadores que abandonaran el campo de juego y volvieran a los camerinos, pero él se quedó viendo la celebración del Campeón de Lima. Los reporteros radiales estaban demasiado ocupados tratando de obtener una declaración de los flamantes vencedores pero era infructuoso: la algarabía se había apoderado de ellos a tal punto que parecían sufrir algún tipo de sordera, como si todo ruido alrededor estuviera apagado y no hubiera espacio más que para el gozo interior traducido en gritos y arengas.

El entrenador también sentía algo parecido. El bullicio, los cánticos, las celebraciones, nada de eso llegaba a sus oídos. Y él ni se preocupaba ni nada, aceptaba el silencio como un regalo consuelo y divino. Con los jugadores en el camerino, solo se dedicó a observar la celebración ajena y a despertar del sueño del campeonato. Llegaron hasta donde había que llegar. El silencio duró hasta que uno de los reporteros lo vio impávido al borde del campo y se acercó a preguntarle cómo tomaba la derrota. El entrenador no explicó mucho, solo que el resultado fue claro y que no había más que decir.

Uno de los reporteros, con tremenda mala uva, le preguntó si estos quince minutos de buen fútbol que se vio hoy eran como sus quince minutos de fama.

¿Fama? No, fama no. Nadie se iba a acordar de él mañana o en un año.

“Quince minutos de cielo, será.”

Y se apresuró a volver ahí abajo, donde los hombres se ganan un espacio en las alturas.

## **PARTIDO PERDIDO**

1

Había comenzado el partido. Recién los primeros segundos se ponían en el nuevo tablero electrónico de aquella vieja cancha que ya pedía jubilación a gritos, la cual queríamos como si fuera el abuelo que nos daba dinero a escondidas. Para nosotros, sin embargo, el juego había comenzado hace mucho: habíamos entrado horas antes para colgar las banderolas multicolores de la barra más grande de todas, el equipo de nuestros amores. Era nuestra casa y teníamos que decorarla. Cuando nos dimos cuenta, el ceviche de dos soles con la chicha morada no bastaba para llenar el estómago pero la emoción del fútbol llenaba el alma. Los colores se defienden con el cuerpo, lo aprendimos inconscientemente de los viejos guerreros africanos que se pintaban así mismos, y así lo hacíamos.

Aprendí a ir al estadio llevado por el cabecilla de una barra brava. Le decían ‘Cobra’ y aparentaba ser siempre el mayor de todos. De rostro adusto y voz ronca, jamás escuchamos su nombre verdadero, vestía amplios pantalones gastados azules tipo mezclilla que solo pude ver en obreros de construcción civil, y casi siempre con esas amplias camisetas multicolores que siempre parecían llevar el swing de una salsa cubana con camuflaje barriobajero. Lo había conocido por medio de amigos del barrio, cuando escapaba de casa buscando hacer otra cosa más que aguantar los gritos de mi viejo, los regaños de siempre que me exigían tomar una carrera, trabajar, seguir la misma vida jodida que él había llevado y que habría deteriorado con alcohol desde la muerte de mi viejita, hace ya más de cinco años. Los golpes e insultos me hicieron salir del tranquilo y seguro barrio en el que crecí para cruzar la línea en camino a la vieja urbanización que todos evitaban. Así conocí al ‘Cobra’ y así manché por primera vez mi ropa con sangre ajena

por una pelea en el estadio, cuando jugamos de visitantes. El ‘Cobra’, malísimo perdedor, no había aguantado la derrota de último minuto, se quitó el cinturón y lanzó sendos golpes a la gente en las tribunas. La barra brava contraria se armó de lo que encontraba en el camino y venía directo a nosotros. Sin pensarlo, ya todos estábamos intercambiando golpes a mansalva. La policía haría el ingreso respectivo con varas y hasta disparos al aire que nos hizo correr hasta la avenida principal para retomar la batalla, nunca para escapar. Nuestras camisetas estaban manchadas, las manos adoloridas, las narices sangrantes y el corazón me latía como bomba eternamente a punto de explotar. ‘Cobra’ aplaudió la hazaña y me dio un golpe en la cabeza, como lo haría un cura de iglesia después de la confesión.

“Bien cachorro” –dijo– “Ya estás bautizado”

Han pasado más de dos años desde aquel día y lo recuerdo claramente. Dentro de Lima, íbamos a todos los partidos del equipo, teníamos el apoyo de la barra más grande de este país, éramos locales en cualquier cancha, vieja o nueva, lejana o cercana. Ya no éramos los casi cuarenta fanáticos con el rostro pintado y el polo en la cabeza, arrebatando fruta en el camino; llegamos a ser miles armados con palos, fierros y armas blancas, ensuciadas con excremento por si la cosa se ponía fea.

El día que dos orgullosos policías lograron capturarme, había muerto un chiquillo del equipo rival que nos lanzaba vasos de plástico desde un palco y ondeaba una banderola gigante. Esas cosas irritaban al ‘Cobra’. Antes de terminar el partido, cerca de veinte personas ya estábamos de acuerdo para subir y hacerle entender que eso no se hace en nuestra casa, en nuestro estadio que lleva el nombre del héroe histórico del club. Se nos pasó la mano. Corrimos

en todas las direcciones, muchos se escondieron en callejones cercanos y casonas abandonadas. Yo ya le había sacado dos cuadradas de ventaja a los policías de a pie hasta que apareció una patrulla policial doblando en una esquina con dirección a mí. Dos policías medianamente gordos bajaron luego de cerrarme el paso y rápidamente me redujeron. En la comisaría me pidieron que narrara los hechos desde el principio, desde que comenzó todo. Lo cierto es que ‘todo’ comenzó mucho antes, aquel día nublado en que ‘Cobra’ me llevó a saltar con él en la tribuna popular por primera vez en mi vida.

Pero eso no les conté.

## 2

La verdad es que a veces tuve preguntas en la cabeza ¿Qué hago aquí? ¿Por qué me involucro con personas que no valen la pena y que no me ayudarán en nada? Había ocultado que estudié en uno de los mejores colegios de Lima, que me la pude pasar yendo a la universidad y en fiestas repletas de alcohol y mujeres, y que mi viejo era un reconocido abogado, hábil en la resolución de complejos problemas judiciales, excepto los personales. Pude haberme dedicado a despilfarrar el dinero, a viajar o vivir de mis rentas. A veces me preguntaba ¿qué demonios hago yo con esta gente? La respuesta flameaba en mi cuarto, se imponía cada fin de semana en el estadio. La respuesta era un grito apagado cuando el balón pasaba desviado a varios metros del arco, una lágrima recorriendo la mejilla porque el árbitro es un cagón vendido, la respuesta no la explicas ni la oyes, sabes que existe cuando la tribuna se caía buscando el contacto entre la reja y el número nueve que empujó el balón en el arco rival, como un profeta tanto tiempo esperado. Noventa minutos era una vida, mi vida, con los descuentos incluidos y las clásicas faltas técnicas. Ahí estaba la respuesta a todo. El 50% más uno abrazándote en un solo bloque rabioso,

retándote con la seguridad de que nunca serás más grande que nosotros, huevón, jamás cantarás más alto. Jamás ser afónico fue tan gratificante ¿Qué hago con esta gente, puta mare? Ellos sí saben lo que es el amor por nuestros colores ¿y encima me preguntas qué mierda hago yo con esta gente?

Pero quien me hacía esa pregunta con ardorosa constancia era mi novia, María, la última persona que me acompañó hasta que me encontró enrejado en la pequeña cárcel de una comisaría limeña, sospechoso de un asesinato con ventaja, premeditación y alevosía. Jamás olvidaré su rostro cortado por los barrotes, trayendo a colación cualquier tema superficial solo para olvidarse de la vergüenza de saber que esta es la cárcel, no un baile, una heladería, siquiera una banca en el parque más triste. Ella es como la interrupción de la normalidad en esta jungla de desadaptados. Y entre ellos su pareja, tonto estúpido arrebatado con corte en la ceja por algún golpe de quién sabe qué malandro, sin importar la cuadra, de día o de noche, siquiera la fecha. Porque nada importa si tiene sangre chorreando, nudillos destrozados, despeinado. Nada importa, corazón, aunque estés en esta celda que se hace más fría mientras más brilla el sol en la calle.

Porque lo de María era lo más serio que tenía fuera de los estadios. Me criticaba que llegara ebrio y hasta drogado a verla, que siempre prefiriera estar en la calle perdiendo el tiempo o cuando llegaba corriendo a su casa escondiéndome de alguna pelea callejera. Incluso cuando seguía cometiendo los mismos errores, siempre había un mueble en su casa donde podía despertar casi clandestinamente. Sus padres ya me habían botado y amenazado dos veces pero ella se mantuvo firme conmigo y, cuando mi padre me botó de la mía; justo un par de días antes que ocurriera el incidente en el estadio, ella me metió secretamente a su casa, de donde escapé luego por la ventana de la cocina que daba al patio exterior. Habíamos hablado de vivir juntos, de juntar dinero, de largarnos a un lugar tranquilo donde el tiempo pase lento. Había considerado

quitarme esta vida de encima sin pensar cómo exactamente. Pensar en la casa propia, el trabajo estable, una cama que me espere caliente, nueve meses de espera como noventa minutos de juego, gritar goles en silencio para luego gritarlos junto a tu descendencia, en el mismo lugar donde estuviste, saltando al son del bombo y la corneta, poniendo al nene sobre el hombro para que vea más que el resto, moviendo sus bracitos para ser parte de la ola. Regresar a casa y abrazar su origen, descansar junto a ellos, lo más parecido a vivir. Vivir. Lo quería todo con María.

Aquel terrible día al que iría al estadio por última vez, ella me rogó que no fuera y que me alejara de esa gente. Yo le prometí que me quedaría con ella pero mentí, esa misma tarde volví a escapar por la ventana de la cocina y fui a reunirme con el viejo grupo de la gente. Luego pasó lo que pasó. Hace más de seis meses que no sé nada de ella. Me envió una carta con un amigo en común contándome que sus padres la mandaban de viaje y que es mejor que ya no nos comunicáramos. El dolor en el alma había desaparecido. El amigo que me trajo la carta me contó que estaba delgada y callada, que las antiguas sonrisas quedaron en el pasado y ya no usa los vestidos que compraba para las fiestas. Hace más de dos años que llevo en esta cárcel por encubrir un asesinato. He evitado la locura pasando tiempo en la biblioteca, leyendo diarios antiguos y libros que me llamaban la atención. Veía gestas antiguas de equipos de fútbol brillantes de épocas pasadas. Tragedias. Pérdidas. Llantos. Un deporte lindo, de caballeros pero jugado por bárbaros, escribían. El abogado que tomó mi caso logró poner la sentencia a mi favor, con algo de habilidad y mucho dinero de por medio. He pagado con encierro por un crimen que no he cometido pero que he callado. Ha sido como estar encerrado en un colegio de barrio: me cuidaban los miembros de otras barras relacionadas al equipo de mis amores, compraba tratos a cambio de beneficios, me metí a trabajar de cocinero; después de todo ¿quién se iba a meter con

el tipo que les sirve el alimento? Hay una diferencia entre ser bruto y ser estúpido.

Los años en este encierro estuvieron marcados por un asunto en particular. Cada seis meses me llegaban cartas de un desconocido remitente que parecía conocer todo de mí, como un admirador anónimo que jamás podría visitarme. En sus cartas, me daba cierto aliento con tufillo de tribuna, como si alguien me escribiera desde el mismo estadio en pleno juego, y me lanzaba arengas por mi fortaleza de superar la vida tras los barrotes. Eran textos malísimos, escritos a mano en una hoja arrancada de mala manera de un cuaderno presumiblemente viejo, con la peor ortografía imaginable.

Aún cuando faltan solo días para salir, siento que lo he perdido todo. Viejos internos del penal en que estoy recluido aún tienen visitas conyugales. Yo, sin embargo, he sentido la ausencia de la última persona que me quiso sacar de todo esto y a quién suelo ver en recuerdos, interrumpida por estos barrotes que nos ha vencido en tantas ocasiones que hasta parece un alivio. Por muchos meses, mi único contacto exterior fueron estas cartas firmadas por un nombre que no lograba ubicar en mis recuerdos pero que me mantuvo al tanto de lo que pasaba en mi entorno. Pudo haber sido un enfermo, un maldito psicópata, un asesino serial de barristas o un familiar del tipo que matamos en el estadio años atrás y que quería revancha. Podía ser cualquier cosa, no importaba, ver esa carta me generaba extraños sentimientos. Al menos alguien ahí afuera se acordaba de mí.

Lejos de asustarme, esperaba esas cartas con ansias.

3

Mi padre me visitó en el último día.

Los quince minutos más incómodos de mi encierro los pase con él en una mesa del patio

de la cárcel donde terminé recluido. Casi en silencio, solo alcanzó a resaltar que pronto yo saldría en libertad y que, cuando eso pasara, solo seguiría sus órdenes. Lo acompañaba mi abogado, claro, un amigo cercano a mi padre. Luego de subrayar que yo era una vergüenza y que me pondría al derecho sí o sí, procedió a mirar alrededor y conversar con el abogado de temas que competen a mi defensa.

Es extraño, estas visitas me hacen sentir en casa. Papá siempre llegaba después del trabajo a comer, luego a dormir y solo hablábamos o salíamos los domingos. Cuando crecí, la historia prosiguió. Solo cuando falleció mamá lo pude ver más seguido: ebrio en la sala, llegaba al amanecer después de estar quién sabe con quién y llorando sus desgracias. A pesar del dinero que manejaba, se fue convirtiendo, poco a poco, en un ser indeseable que explotaba fácilmente ante la más pequeña falla.

Cuando me botó de la casa, me enrostró las malas amistades que llevaba, la mala vida que había elegido. Me dijo que le contaron que andaba con maleantes, consumiendo coca y marihuana, bebiendo en esquinas. Justificó su paternidad con boletas de pago en colegios caros y ropa a montones. Ensayó un quiebre de voz cuando trajo a colación a mi viejita diciendo que estaría decepcionada de mí, que en paz descanse. Se exasperó cuando me atreví a contestarle los gritos y arrojó objetos contra mí por haber tenido el atrevimiento de contradecirlo. Obviamente, tenía yo de quien aprender.

Pero ahora estaba ahí, tendiéndome la mano con el ceño fruncido. Veinte minutos antes de que acabara la hora de visitas, se levantó y se fue. Antes, estiró el dedo índice en dirección a mí y dijo que seguro me volvería a acoger en su casa pero que ahora él mandaba y que no se me ocurriera hacer huevadas. De ahora en adelante, las cosas a su modo.

“He gastado mucha plata en ti” – vociferó – “por lo menos no la jodas más.”

Cruzó el portón de seguridad con el sonido de cuchicheos carcelarios como fanfarria y desapareció de mi vista. Me quedé sentado en la mesa del patio del penal. Alrededor mío, los presos recibían la visita de sus amigos, cónyuges, novias, hijos. Un grupito de gente se formaba al lado mío y destapaban gaseosas raras, comían extraños dulces. Yo me había quedado solo entre tanta gente.

Supongo que cuando uno cae en el hoyo, lo simple es salir de ello. Más allá de la fuerza y la paciencia, lo genial sería tener alguien que te espera afuera. En mis últimas horas de encierro, recibí la carta semestral del remitente desconocido. Esta sería la última. El tipo parecía conocerme bien, me animaba a aguantar las horas finales, como cuando los equipos que van ganando aguantan el resultado en su campo, el cuchillo en los dientes contrastada con pasmosa tranquilidad. Sin embargo, solo las palabras finales me dieron una pista de quién era.

“Cachorro” –me decía– “Ya terminó el encierro, hiciste tu confirmación. Todo será diferente.”

Avancé por el túnel oscuro hasta alcanzar las gradas. Un cántico de la barra a la que pertenecía comenzó a sonar cada vez más fuerte.

## **AUSENCIAS**

## **DÍAS DE K (CUANDO DESPERTÓ)**

“Son hermosas, ¿no es cierto?” –dijo K mirando a las estrellas

K es viejo. A veces, incluso se le podía ver triste. Clama que Elvis Presley sigue vivo mientras que maneja relajadísimo en un automóvil clásico que puede trepar las paredes cuando entra a un túnel y andar en el techo, de cabeza, solo para evitar al tráfico, transformación que solo sucede cuando se presiona un botón rojo que siempre, o casi siempre, está prohibido siquiera de mirar. Es K, pues, un tipo con más de veinte años en el servicio secreto americano y esperando poder olvidar el momento en que estuvo en el estómago de una gigante cucaracha interestelar. Hoy día, aunque realmente haya pasado en 1997, se despertó de un coma luego de treinta y cinco años. Incluso salió en los diarios.

K me recuerda a mi padre, un ex militar del ejercito peruano quien me llevó al cine solo una vez, atraído por la llegada a la ciudad del Dolby Surround, una mejora en el audio cinematográfico que generaba la impresión de que cualquier explosión en la película ocurría al costado nuestro. Ocurría, por ejemplo, que perseguían a un sujeto sospechoso por las calles y algún agente sacaba un arma para detenerlo por las malas. Papá, entonces, se movía ligeramente para la derecha o a la izquierda, como si su instinto lo llevara a querer saltar del asiento. En un momento de la película, sonó una explosión y sentí que me tomaba del brazo fuertemente, como si estuviera listo para cubrirme. Volteó a verme y me preguntó si estaba bien. No parecía impresionado ni asustado, pero era como si algo se activara en su forma de ser. Nunca lo supe, pero tal vez recordaba los momentos cuando estuvo en zona de guerra a principios de los años 80, aquellas vivencias entre bombas, disparos y hombres caídos defendiendo a la patria.

Tampoco llegué a saber si papá disfrutó la película: mientras que yo estaba abrumado y hasta asustado con todo lo que pasaba en frente mío, papá se mantenía alerta ante cualquier eventualidad, luego reparaba que se encontraba frente a una pantalla gigante con otras personas alrededor y actuaba como si eso pasara todos los días mientras él leía la sección de economía en el diario. Supe después que sí estaba impresionado, según me contó, por los efectos especiales los cuales nos permitieron ver cómo una gigante cucaracha espacial, con grandes problemas de autoestima, aterrorizaba la ciudad de Nueva York.

Papá siempre quiso vivir ahí.

Pero papá siempre quiso muchas cosas, igual. Después de casarse y tener dos hijos, solo obtuvo una casa que nunca le perteneció y una serie de deudas de las cuales se quejaba diariamente. El día después de cuando fuimos al cine, uno de esos días en que las nubes en el cielo están indescifrables, papá salió de la casa usando un traje negro muy arrugado. Cuando lo vi, me recordó a K, incluso en sus gestos: no había dicho palabra alguna ni tenía expresión en el rostro. Solo se paró frente a mi hermana y a mí, nos miró largo rato y se marchó. Y pasó tan rápido que mamá no pudo siquiera preguntarle a dónde iba. Apenas llegamos a verlo desde la ventana. Estaba haciendo frío. Y, por alguna razón, tuvimos la sensación de que la ciudad se desmaquillaba lentamente, como si los alrededores estuvieran perdiendo fuerza y color y los edificios, tan altos que parecían ceder ante el fuerte meneo del viento, podrían caer en cualquier minuto cubriendo todo con una capa de polvo y silencio, pero aún nosotros estaríamos viendo a través de la ventana. Por alguna razón, se me vino a la mente la cucaracha que vimos en la película y pensé que así es como viven realmente, entre la suciedad y el caos, mientras que el mundo sigue su curso a su alrededor. Papá, como K, no le temía a las cucarachas. La ciudad se llenaba con una extraña textura de polvo rasgada por las personas que la cruzaban. No dijimos

más. Pensamos que regresaría antes de la cena.

Pero aquella noche no hubo cena. Ni siquiera nos hablamos en todo el día. Toda la tarde nos la pasamos viendo los espacios de la casa, la multitud de vacíos. Luego nos fuimos a dormir, esperando en vano por la cena, o por papá, o por lo que sea que podríamos ya esperar del día. Papá no regresó esa noche, ni la próxima ni la siguiente semana. Entonces, dejamos de esperar.

\*

Pobre K. Han pasado algunos meses desde que lo vi por última vez, aquella noche en que fui al cine con mi padre. Ahora lo veo en el póster afuera de un viejo cine en el centro de la ciudad, a donde voy usualmente luego del colegio para ganarme una entrada gratis a cambio de limpiar los pasillos. Era un pequeño y casi olvidado cine a donde las películas llegaban con un par de meses de demora, pero el teatro era el único que quedaba en esta calle que ahora estaba llena de restaurantes improvisados –que reabrían siempre luego de la inspección de sanidad– o agencias de viaje vendiendo paquetes turísticos o, si hablas con la persona apropiada, la entrada a Estados Unidos. Rápido, barato y discreto.

El pasillo era un corto y angosto paseo marcado por rombos en el piso que se desdibujaban a medida que uno llegaba al final. La primera sensación era que las líneas laterales de los rombos te llevaran hacia las salas, pero el estado era tan deplorable que uno parece dudar aventurarse. Se hacía fácil de limpiar, en parte porque no importaba, porque aunque uno se pase fregando el piso, siempre quedará igual de arruinado. Las paredes, que disimulaban la falta de pintura con posters antiguos de cine, no ayudaban a que la vista mejorara.

Como no suele haber mucha gente, a veces entro a las salas. En una de esas volví a ver a K, aunque esta vez ya estaba rodeado solo de asientos vacíos. La película ya había comenzado

pero se veía mal en esa pantalla amarillenta. Era inevitable recordar cuando buscamos a papá desde la ventana el día que se fue y la misma sensación regresa a mí: todo podría caerse en cualquier momento, no sé, el techo o una fila entera de asientos de donde aparecería una cucaracha sintiéndose dueña del lugar, sentándose en el asiento que quisiera, cambiando de lado, estirando las piernas, trepando por la gran pantalla para ver a su gusto. Las butacas estaban alineadas uniformemente y parecían desordenarse con una sola cucaracha. Pronto saldrían un millón de ellas infestando el lugar, haciéndolo más inhabitable de lo que ya es. Nadie extrañaría este lugar, de todas formas, no se parecía siquiera al que fui con papá.

Antes de irme, me apoyo en la puerta y la ciudad me muestra su peor rostro. Me pregunto si soy yo o si este lugar se pone peor. No hay ni un árbol en toda esta cuadra, o en la próximas. Es hora punta así que los autos desprenden el gran humo gris que se impregna en la gente. Es como vivir en una ciudad que constantemente se está destrozando. Una gran pocilga. Un desastre intencionado. Ya no era como vivir con las cucarachas, como pensé alguna vez, era como vivir dentro de una cucaracha. Una gigante y estelar cucaracha.

Y ahí, apoyado en una de las paredes del cine, me imagino que veo a K caminando al frente, en esta avenida, con ese irritante gesto de un hombre que odia su trabajo pero que aún viste apropiadamente con un traje oscuro, zapatos del mismo color y camisa blanca para el contraste. K caminaría sin importarle ya el humo o la gente golpeándolo en el hombro que busca encontrar un espacio en la ciudad. Por alguna razón, K entraría en una de esas agencias de viaje, justo la que está al frente del cine donde yo estoy parado. El lugar está adornado con pegatinas de la bandera de Estados Unidos en su ventana. Luego de varios minutos, K saldría del lugar llevando un sobre. Se le ve joven o, al menos, con esa sensación revitalizante de tener algo importante entre manos.

Pero no podía ser mi imaginación o un sueño. Era K, en persona, como lo imaginé antes, abriendo el sobre. Saca muchos papeles, incontables, totalmente perdibles, pero él se las arregla. K tiene ese particular estilo de ser discreto aún en la calle con más tráfico de la ciudad.

K lee los papeles. ¿Qué hace en una agencia de viaje? ¿Por qué en esta avenida? Él pasa uno por uno usando su dedo índice. ¿Por qué tantas preguntas? Me acerco a él y le pregunto si realmente es él y, antes de que pueda contestar, ya le digo lo genial que es verlo de nuevo, hablar con él finalmente. Incluso le dije que lo extraño, aunque suene extraño, inapropiado. K no me mira pero estoy seguro que me está prestando atención. Pero todo lo que me dice es un frío “lo siento”. Como si estuviera retrasado para ir a algún lado o perder el autobús. Se lleva los papeles bajo el brazo y se echa a andar calle abajo.

La vida es tan complicada y él que solía saberlo todo. Quién, qué, dónde, cuándo, cómo. Hoy K me miró, interpuso una distancia, muy típico en él. Como si recién se hubiera despertado de un coma. No le dije más. No entiendo por qué me dijo que lo sentía o qué sentía, al final. O tal vez no lo quiero entender. Solo le sonrió nerviosamente. No sé por qué, solo se volteó y se fue. Me pongo a pensar si estaría bien si lo sigo, lo abrazo, le pregunto algo. Pero solo puedo sentarme en la vereda y cubrir mi rostro con las manos. K vestía un traje negro, muy arrugado. Se hacía tarde y el viento soplaba triste entre el tráfico de la ciudad.

Arriba, sin embargo, las estrellas estaban bellísimas.

## EL CASO

El caso es que yo no quería matarlo y no quería que lo mataran.

Un día apareció afuera de la tienda, frente a la banca del parque donde duermo. Sí, él estaba en el callejón, apenas lo podía ver porque la luz no alumbraba lo suficiente, pero yo sabía que estaba ahí. Era alto, quizá diez centímetros más alto que yo, y su piel parecía brillante. Y parecía que estaba desnudo, palabra que sí, desnudo y aguantando el frío de la noche ahí. Pensé que alucinaba así que dormí, no le presté atención al principio.

Lo extraño fue que durante días lo vi parado al costado del container, en ese callejón por donde nadie pasaba y que servía para que boten la basura de la tienda de ropa del costado. Siempre quise dormir ahí porque parece caliente en el invierno y acá puede ponerse muy frío pero Julio, el vigilante, siempre me botaba a golpes, y yo no tengo más que ropa vieja y periódicos para cubrirme. Pero él estaba ahí, seguía ahí; alto, desnudo y brillante, día y noche, soportando el frío sin problemas. Al principio pensamos que era una de esas cosas que las tiendas le ponen ropa, un maniquí. No hablaba, no se movía, nada. Hasta que un día, movió la cabeza.

Soy ya una mujer vieja y vivo en la calle hace ya varios años. No me ha ido bien en la vida, mi esposo me dejó sin hijos y sin dinero. No sé dónde está y no sé qué hace. No quisiera saber tampoco. A estas alturas, creo que es lo que menos me interesa. Y tampoco recuerdo como terminé en la calle. Un día yo tenía casa, una cama caliente y un esposo al que atender y al día siguiente ya estaba acá, compartiendo trago y vicio. Como le decía, aquel día estaba durmiendo cuando escucho ese ruido extraño frente al parque donde yo estaba. Dejan a este tipo y lo quedo mirando. Cuando amanece, lo veo de lejos. Lo cubría siempre el gran contenedor de basura y no

podía acercarme para verlo porque la tienda estaba abierta y el guardia siempre me bota. ¿Y usted entiende esas cuestiones? Me mataba la curiosidad. Cualquiera de nosotros se hubiera muerto luego de dos o tres días. Acá se pone frío y nadie sobrevive durmiendo en las calles con poco encima. Imagínese sin nada. El caso es que el tipo movió la cabeza y me miró y yo no le presté atención pero luego me preguntaba qué sería de él, qué pasaría con él.

Por la noche, pregunté a algunas personas de por acá si veían algo diferente en él. Todos me decían que era un maniquí y, fíjese, parecían tener la razón. Después de todo, no se movía, ni hablaba ni nada. Parecía muerto ya, muerto, señor. Pero no sé qué pasó. Todos los días lo veía frente al parque, apenas la luz encima. Lo veía y no se movía y le perdí importancia. De verdad comencé a pensar que se trataba de un maniquí, aunque yo estoy segura que le vi mover la cabeza, como haciendo una seña para llamar a alguien. Obviamente, no pensé que me llamara a mí, pero tal vez a alguien más, no sé, señor, por acá pasa mucha gente a toda hora. Le comenzaron a llamar el maniquí y comenzaron a verme con desconfianza cuando les preguntaba por él. Porque no era el ron ni el cigarro de baja calidad, era una preocupación real por alguien. No me había acercado a él, nadie se había acercado a él, y decían que era un maniquí. Nadie podía llegar tan lejos hasta el fondo del callejón sin que Julio se enterara, salvo que sea muy tarde por la noche, en caso de que el vigilante estuviera durmiendo. Claro que me preocupaba. A veces pasaba y le silbaba o le hacía gestos pero Julio siempre terminaba echándome. No dejé de preguntar por él y pronto me dijeron que el alcohol ya había terminado por freírme el cerebro. Pero yo sabía que tenía razón, lo sabía.

Hasta que un día me llamó. Sí, me llamó. No a mí, o no lo sé. Es decir, no dijo mi nombre con exactitud, ni siquiera una inicial o algo, pero dijo “ven” y yo sentí que me hablaba a mí, sentí que se dirigía a mí, que quería comunicarse conmigo. Entonces fui, con cautela, no daba paso

alguno sin pensar en qué le iba a decir. No le voy a mentir, señor, me sentí emocionada pero aún necesitaba una prueba de que era él quien me hablaba. Y la prueba llegó: antes de llegar al callejón, volteó su cabeza hacia mí. Me asusté, lo juro que sí, por mi virgencita, me asusté y solo corrí lejos. Al día siguiente, cuando regresé, ya no estaba.

Todos los demás se reían de mí. Me decían que dejara de tomar, que ya estaba alucinando cosas pero ellos no entendían nada. Nada, señor. Me fui a dormir pensando que ya no estaría ahí pero apareció otra vez, con la mirada perdida en cualquier lado, llamándome. Me llamaba, señor, no decía mi nombre, pero me decía que vaya y que lo encuentre y volteó su cara y ya no sentí miedo, le juro que no, que me acerqué a verlo y estaba vivo, por mi virgencita, estaba vivo, como que lo tocaba y acariciaba su altura y todas esas cosas que una mujer puede acariciar en un hombre. No salía de mi asombro. Le preguntaba tantas cosas, por qué me estaba llamando, por qué se quedaba ahí, por qué se desaparecía, por qué se quedaba paralizado. Y todo era en vano porque hablaba y a mí se me olvidaban las preguntas. Y salía una pequeña luz de su cuerpo que rebotaba en los focos. Y me decía que se iba a quedar conmigo, que me iba a llevar a casa y quedarse conmigo y que viviría feliz y yo lo abrazaba por el torso hasta sentir esa frialdad que la ciudad le había dejado por estar desnudo en un área tan fría. Y Julio, el vigilante, sale de no sé dónde y me bota y me llama vieja loca y arroja al muchacho alto, desnudo y brillante al contenedor de basura y yo me voy a las manos con Julio, que ya es viejo pero todavía es fuerte, y me arroja al piso. Busco algo con las manos para defenderme y encuentro un tubo de metal, aprovecho un descuido y le quiebro la cabeza. Y Julio tampoco habla ahora. Y el muchacho desnudo, alto y brillante no habla, sus brazos están torcidos y su rostro golpeado, la cadera rota. Y ya la luz no sale de él, ya no hay palabras. Ya no tengo a donde ir ni a quién abrazar.

Yo no lo quería matar y no quería que lo mataran, señor juez, se lo juro. Solo le pido que

me ayude. Yo no estoy bien, señor, no estoy bien, señor. No estoy bien. No estoy bien. Le pido ayuda, señor juez, yo quiero curarme señor juez. No quiero estar loca, no quiero.

## LA CIUDAD QUE NOS DEJARON

El fuego de las siete de la mañana funcionaba mejor que los sonidos del tiempo. Hacía que los cuerpos se sintieran en esa búsqueda desértica de algo fresco que solo se encuentra en un largo chorro de agua. En la ducha, la frescura no dura para siempre: basta con terminar para que, ya frente al espejo y rogando que no te cortes, el sudor reaparezca y obligue a abrir de nuevo el caño, mojar el rostro, volver a perdonarse la vida en cada incursión de la navaja y sudar otra vez. Mientras, todos los sonidos comenzaban a duplicarse: el de las noticias que venían del televisor, el silbido de la tetera, incluso algunos autos que usaban el claxon para hacer saltar del susto a quien tuvieran en frente. El ir y venir podía ser lento, sobretudo por ese calor que superaba los treinta grados centígrados.

Ya en la calle, la cosa se volvía aún más monótona: subir a un autobús con casi la misma gente, o al menos parecidos, todos los días durante una hora para llegar al Centro. Durante el viaje, mirar la ventana esperando lo impredecible se volvía un escape infantil, ya ni siquiera había necesidad de ver una ciudad que no cambiaba. De vez en cuando, la cosa se ponía rápida con una mujer a quien le arrebataron el bolso o el celular cuando intentaba contestar una llamada matutina. O dos personas discutiendo por quién sabe qué problema entre ambos. A veces llegaban a las manos. A veces solo se miraban desafiantes hasta acercarse lo más posible pero sin mover los brazos. Cada escenario posible ya era esperable y perfectamente conocido: era muy posible que cada pasajero de ese autobús hubiera experimentado un robo, un golpe, un grito o un intento de amedrentamiento, si no cosas peores. A veces no pasaba nada, las calles se dedicaban a ser laberintos de una civilización cansada de encontrar la salida. Este día parecía ser uno de esos: nada estaba pasando ahí afuera y los pasajeros que miraban a través de la ventana parecían

perdidos en esa nada elemental. Aún cuando la ciudad parecía mantener su tráfico usual de día laboral por la mañana, parecía que nada estaba pasando.

A medida que el autobús avanzaba y se llenaba de gente, la ciudad se iba formando y había más cosas que admirar, como los espejos de los edificios en la zona financiera, los árboles frondosos que adornaban la berma central y aguantaban el smog citadino, las iglesias altas y con ventanas multicolores, las tiendas con todo tipo de electrodomésticos que siempre anunciaban una oferta que se les hacía imposible desde el autobús. Sentado al costado de la ventana, Rómulo siempre había pensado que en esta parte de la ciudad la gente sí caminaba hacia una dirección y no estiraban la mano frente a un vehículo como náufragos esperando ser rescatados en el medio del océano. Por algo a partir de esta parte de la ciudad le llamaban ciudad –y no al lugar de donde Rómulo venía, que era conocido solo como “las afueras”, a pesar de estar a una hora de distancia– y no estaba muy lejos del Centro.

Sin embargo, resultaba inusual que hubiera mucha gente alrededor hablando con los vigilantes de los edificios. Nadie estaba alarmado, solo estaban ahí, fumando cigarros o tomando alguna bebida refrescante para contrarrestar el calor. Rómulo, vigilante también pero en un edificio del Centro, se preguntaba a qué se debía tanta libertad sin desparpajo, ¿le pasaría lo mismo al llegar a su edificio? ¿Le dirían qué estaba pasando con lujo de detalles o solo le darían una orden escueta de que hay una situación y que esperara en su puesto mientras se resuelve las cosas? ¿Se quedaría hablando con los demás empleados, quienes usualmente solo lo saludan cortésmente y algunos hasta se sabían su nombre? Rómulo repasaba los escenarios posibles hasta que se topó con los más fatalistas ¿Y si estaban despidiendo personal y quienes estaban ahí fueron los que corrieron con menor suerte? Había mucha gente afuera, podría tratarse de una ola de despidos masivos. A Rómulo le tranquilizaba saber que aún era joven pero que ya acumulaba

unos años cuidando el perímetro de un edificio donde se asentaba una empresa de seguros. Los jefes estimaban su esfuerzo y su flexibilidad de horario, él saldría airoso, él lo sabía. O era tal vez esa súbita inyección de moral cuando uno se sabe a puertas de un problema que no le gustaría afrontar. El vehículo se detiene frente a la señal de paradero y bajan algunas personas junto con Rómulo.

En la reja de entrada, donde los vigilantes tienen una pequeña caseta, previa al acceso a la señorita de recepción, hay seis o siete personas junto con Salazar, el jefe de seguridad del turno de la mañana. Algunos fuman, otros desayunan algo tan improvisado como un jugo de caja y un sándwich de la tienda. Parece que hay una confusión tímida y Rómulo no sabe ni por dónde comenzar a preguntar pero siente que ya ni puede porque todos tienen algo que decir, incluso los que desayunan, quienes ya dejan de mordisquear el pan para dar la noticia: los dueños están inubicables, no se sabe qué pasó con ellos, a dónde se fueron ni cuando volverán, y naturalmente, tampoco se sabe qué será de la compañía. Uno de ellos suelta una risotada procax, malditos ricos locos, dice, ahora con qué se vendrán. No falta quien se preocupe por el sueldo, por la estabilidad laboral, qué comerá la familia. En líneas generales, esa sensación de confusión ocurre porque no logran descubrir si lo que está pasando es bueno o malo, si llegarán nuevos dueños y habrá reestructuración, ¿cambiarán el personal? ¿O solo volverán los viejos dueños a decir que estuvieron perdidos haciendo automovilismo extremo en algún desierto del África? Pero, ¿Cuándo volverían? Si es que vuelven, también, Romulito, le dice Salazar. ¿Y si no vuelven? Ya no habría mucho qué hacer hasta que nos den aviso. ¿Cuánto tiempo llevan así? Quién sabe, la verdad, Romulito, lo pasaron por las noticias hoy, ¿No estás leyendo las noticias? Carajo, Romulito, parece que ya van un buen tiempo así. Los dueños, los gerentes y subgerentes, todos están desaparecidos. La empresa ha estado funcionando porque los jefes de departamento aún

tenían que cumplir metas pero ya no hay quien les revise los reportes. Llamaron día y noche, buscaron en sus casas a los subgerentes, luego a los gerentes, luego a los mismos dueños, Romulito, fíjate, y nada. Ni ellos, ni las esposas, ni los hijos. Quién sabe cuánto tiempo habrá pasado desde que se esfumaron, pero ya hicieron oficial la denuncia por desaparición y lo que hasta ahora se sabe es que no son los únicos que han desaparecido, otras compañías también han acusado la ausencia de sus gerentes, subgerentes y han reportado a los dueños como inubicables. La cosa reventó esta mañana, lo han estado pasando por los noticieros. Carajo, Romulito, ¿Ya no estás viendo televisión?

\*

Era casi como mirarse en un espejo: en los otros rostros se replicaban la misma expresión de confusión. Primero fue Doris, la cocinera, quien susurraba todo lo que veía y escuchaba.

“Los niños no han bajado a desayunar ni nada, parece que se han ido ya.”

“¿Ya les tocaste la puerta?”

“Ya les toqué y nada, oye. No están.”

“Se habrán ido temprano con el papá.”

“¿No te han dicho nada a ti?”

“No, a mi nada.”

“Y tan temprano se van a ir, acaso.”

“No sé, negra, tendrán prisa pues, qué se va a hacer.”

“Qué raro, oye, cómo se van a ir sin desayunar ¿qué cosa es eso, a ver, dime?”

“Seguro fueron a desayunar a otro lado.”

La negra Doris ya había comenzado con su larga perorata en donde exponía que para eso le pagan a ella, para alimentarlos decentemente, y que en 10 años cocinando para los De Osma nunca se habían perdido de su desayuno ni de su almuerzo ni nada. Y Dionisio se sabía bien el cuento, no solo porque los De Osma no se cansaban de decirle a sus visitas que prueben esto y lo otro y siente qué rico que está este plato y adoraban la buena mano de Doris, sino también el mismo Dionisio llegaba temprano, no por si los señores necesitaban que los transportara a algún lado en el automóvil de la familia, sino porque la negra Doris le servía ración doble a escondidas y eso era bendición suficiente. Y sí, le parecía raro que nadie le haya avisado que iban a salir temprano y que no era necesario sus servicios el día de hoy, pero Dionisio se contentaba con las explicaciones simples: tú ya sabes cómo son estos ricachones, negra, a veces se les prende una cosa en la cabeza y ahí están hasta que se les aparezca otra, y otra y así. Y Doris seguía, consciente de que evitar su comida era de los peores calumnias que se podían dar en su familia.

“Pero si ni la señora está y ella usualmente es la última en despertar.”

“Algo estará haciendo...”

“¿Qué va a hacer?”

“Oye, tú cómo sabes que no está ¿entraste a los cuartos?”

“Las muchachas del servicio entraron. Están preocupadas. Dicen que tampoco saben nada.”

En la sala, Sara y Antonia estaban paradas una frente a la otra esperando que alguien les diera un par de instrucciones sobre cómo proceder. Según ellas, ya habían levantado la basura,

limpiado en los alrededores para evitar el polvo, tenían la vajilla limpia y lista para servir el desayuno y aún sentían que no habían hecho nada a esta hora de la mañana.

“Y qué les falta hacer que no lo hacen y están ahí paradas.”

Sara y Antonia se miraron sorprendidas como si no fuera obvio.

“No han despertado los señores.”

“¿No dicen que no están?”

“No, no están.”

“¿Y entonces?”

“No sabemos qué hacer.”

“Cómo que no, vayan a limpiar algo.”

“Limpiar qué, si aún no se ha ensuciado nada.”

Dionisio dio un vistazo rápido en el comedor. La mesa estaba servida de forma magistral, sin ninguna falla, como si cada cosa hubiera sido medida para guardar perfección diametral. Todos los vasos a la misma distancia del plato, flanqueados por cubiertos de plata. El sol entraba y se replicaba por la cristalería y los brillos del comedor hacían sentir que estaban en la habitación más iluminada de la casa, como un templo para admirar el grato de momento de la ingesta de comida. No era sorpresa que los De Osma tuvieran prominentes estómagos y gusten no solo de platos bien elaborados sino también abundantes.

Llevado por la impaciencia, Dionisio ordenó a las muchachas que se sentaran. Ante la

confusión, pidió que recogieran la vajilla para el desayuno porque no había nadie en la casa. Aún más confundidas, argumentaron que los señores podían aparecer en cualquier momento y sus labores exigían que ellas estuvieran preparadas para cualquier acontecimiento. Lo que sí hicieron fue sentarse, aunque para eso volvieron a la cocina. No se aprovecharon de los delicados asientos de terciopelo que los señores ocupaban cuando tenían visitas en la sala o de los cómodos asientos alargados del comedor: como si se sintieran vistas por algún ente supervisor, volvieron al cuartel y reposaron, con las piernas bien juntas y evitando mostrar los muslos, en las altas sillas de madera rústica. La negra Doris las quería como hijas porque eran educadas, trabajadoras y muy obedientes. Sara y Antonia podían no pasar los 25 años pero llevaban la casa como veteranas en el oficio. De ambas solo se sabía que habían crecido en la sierra del norte y las marcas en sus piernas contaban el resto de la historia. No eran hermanas, ni siquiera tenían vínculo sanguíneo, pero era imposible separarlas, al punto de que tuvieron que contratar a las dos cuando los De Osma solo necesitaban a una persona. Parecía que en la ciudad no tenían familiares, ni cercanos ni lejanos, y apenas cruzaban palabra con alguien en la calle cuando salían a hacer compras y otros mandados. Los De Osma les había asignado una habitación con baño privado en la casa para facilitar sus labores de servicio y mantenimiento de limpieza, pero Dionisio creía que en realidad se trataba de que las chicas no tenían dónde ir ni nada que perder, al punto de que era mejor explotarlas que dejarlas a la deriva ahí afuera sin amparo de alguien. Sin embargo, ahora miraban desde la cocina a ver si alguien asomaba preguntando por el desayuno o qué estaba pasando en esta casa, esperando por una instrucción que las hiciera funcionar en esta vida.

Dionisio llegó al segundo piso de la casa y recorrió lentamente el pasillo principal. Había estado antes por acá un par de veces, pero la única que recordaba con claridad fue cuando la señora De Osma sufrió una descompensación que la llevó a desplomarse antes de llegar a la

escalera y tuvieron que llamarlo para que la bajara cargando de las escaleras porque ni las muchachas, ni la negra Doris, ni los hijos de la señora que aún estaban pequeños, pudieron con el peso. La segunda vez que subió pudo ser por cualquier cosa pero por más que se esforzaba no llegaba a su mente. Igual sabía que detrás de él había un baño y que por delante tenía cuatro cuartos. A la izquierda, uno era del joven Matías, el hijo mayor, y el otro de Felipito. Al fondo, como una fortaleza resguardada por un portón impenetrable, estaba la habitación de los señores. A la derecha había una biblioteca en donde el señor De Osma se encerraba a trabajar hasta que el sueño le alcanzara. Las paredes estaban llenas de fotografías y de pinturas indescifrables al primer vistazo, habría que pararse un buen rato frente a ellas, observar el marco finísimo del cuadro, reluciente aún en momentos de oscuridad, y los colores sobre el lienzo. Podría resultar hasta cliché detenerse frente a una pintura que adorna el pasillo del piso donde se ubican las habitaciones y no una sala en el museo, pero esto no lo sabía Dionisio quien se había quedado algunos minutos revisando las líneas, preguntándose dónde comienzan y a qué hora terminan, dándole algún sentido a lo que tenía al frente, sea por asociación de colores o de trazos o, si se quiere, si es que le recordaba algo de su propia vida; y así parecía porque Dionisio recordaba el mar de Chorrillos, los pescados con ojos vidriosos que se vendían en el mercado, el sol cayendo una y otra vez en días lejanos. Y cuántas más habría pensado de no ser que sacudió la cabeza y, con ello, todos los pensamientos y recuerdos que se le venían encima como cangrejos, jalándolo hacia el interior de una trampa nostálgica.

Superado el trance de la primera pintura, y mirando al resto con desdén; incluyendo acá hasta a las fotografías, hizo pequeños recorridos internos: primero, en la habitación de Felipito. La cama bien tendida y los zapatos en orden. En el escritorio seguían los lápices y los cuadernos de alguna asignatura con tarea pendiente. El niño tenía un televisor más grande que todos los

cuadros de la casa que te quitaba toda la atención del resto del cuarto: habían pequeños muebles, asientos, una mesita de juegos, un telescopio y, en la esquina contraria a Dionisio, un espejo para verse en tamaño completo y el resto de la habitación de fondo. Sin estar seguro de qué hacía ahí, con la única certeza de que Felipito parecía no haber pasado la noche ahí, se dirigió al cuarto contiguo, el del joven Matías, más grande y menos ordenado. Habían zapatillas dispersas en diversos lugares y el espejo grande estaba a un lado cercano a la puerta, con algunas pegatinas de bandas musicales en las esquinas. Dionisio no podía reconocer muchas de las cosas que veía porque no las había tenido nunca o no le cabía en la mente para qué servirían. Se preguntaba, por ejemplo, por que los muchachos tenían asientos y sofás en sus cuartos, como si fueran pequeñas salas de estar, o como si recibieran visitas diarias de camaradas. O por qué los televisores y las mesas, en fin, por qué tanta cosa en un lugar al que se va a dormir. Dionisio dormía seis horas en una habitación cuya mayor diversión ocurría tras una ventana hacia la calle. Aquí, en cambio, los ojos no sabían qué elegir ni conocían de relevancia.

De vuelta al pasillo, Dionisio caminó hasta donde la alfombra se lo permitió. Las grandes puertas le hacían recordar a la primera vez que fue a la iglesia en el centro de la ciudad y la encontró con las puertas cerradas, con Dios negándole el perdón divino, dejándolo sin poder entrar siquiera a su casa a tentar una oportunidad de redención, a que le perdonaran los pecados o, quién sabe ya, solo a estar ahí para sentirse rodeado de ángeles y apóstoles, aunque sean solo representaciones de yeso con instantes de juicio divino tallado en su rostro. Era formar parte de algo. Y ahí Dionisio sentía su gran deuda. Abrió los portones de par en par y se encontró con un templo. La habitación parecía más grande de lo que aparentaba y en cada paso que se daba parecía que su tamaño se multiplicaba. Dionisio se dio cuenta de esto porque no pudo evitar caminar hasta el centro para admirar lo que tenía frente a sus ojos y luego voltear en 180. Tuvo

que despertar rápido porque tropezó el talón con unos pequeños escalones, y a tiempo para darse que la cama, que podía albergar seis personas cómodamente, parecía flotar sobre unos escalones por encima de todo. Llegar ahí era una peregrinación pagada con un poco cielo. Tan celestial era que la luz entraba por todos lados con favor de los dioses. Detrás había un clóset con algunos trajes a la vista. Dionisio corrió la puerta y descubrió que ahí no solo se podía entrar, caminar, probarse ropa y admirarse en múltiples espejos, también se podía vivir. Dionisio vivía en un lugar más pequeño y con menos cosas, a veces con nada cuando apagaba las luces a la medianoche. Aquí, sin embargo, en un simple clóset, habría podido extender una mesa, algunas sillas, la cama, un televisor pequeño, podía invitar gente, podía arreglarlo y limpiarlo siempre. El clóset era un secreto bien guardado y anuncio alto de lo bien que vestían los De Osma. Ya los había visto con trajes de seda y vestidos que no pasan desapercibido. Dionisio manoteó los trajes en colgadores, saboreó las camisas, sintió confusión cuando terminó de contar las corbatas, no se dio tiempo para los zapatos y midió todos los cinturones del señor. Nunca había visto y no habría sabido que usar en un día como hoy, por ejemplo, pero el señor De Osma habría tomado una camisa con la izquierda y un traje con la derecha, los cuales caigan mágicamente bien, y con el rabillo del ojo ya habría elegido los zapatos. Dionisio lo imaginaba y sintió que el sentimiento le embargaba cuando, tratando de escapar de ese laberinto de estilos, se topó con una colección impresionante de fragancias y luego joyas con cierto poder solar y luego espejos, espejos y mucho terciopelo en un lado. Y baúles quién sabe con qué dentro. Y almohadas. La variedad de almohadas sobre asientos, sobre divanes (habían dos divanes) y ahora las almohadas posicionadas horizontalmente frente a él, muchas de ellas, mirándolo sin reacción diciéndole que hay algo mal en todo esto, pero que se sentía tan bien, y por eso ya podía ver el techo impecable sin problemas, estirar los brazos, las piernas, sentir ese fino cobertor que debía sentirse como

descansar en las nubes, ahora sí entre ángeles y apóstoles. El templo negado hoy estaba abierto finalmente, la gloria descendía de los cielos para los bienaventurados que sufrieron un día porque hoy gozarán del paraíso.

Terminada la embriaguez y ya descendiendo de los cielos por la escalera a la mortalidad, se encontró otra vez con los pesares mundanos y las confusiones que se vivían en la casa De Osma desde tan temprano. Sintió las miradas fugaces de Sara y Antonia, quienes parecían inspeccionar cada cosa viviente que se arrastrara por el salón principal, camino a la cocina o en los alrededores del comedor. La negra Doris estaba apoyado sobre el lavadero. El día hacía gala del nombre con cálidos rayos colándose por la ventana. Las muchachas parecían adormecidas por el cambio: no se recordaban no haciendo algo por tanto tiempo. Las manos se llevaban a la quijada pero se volvieron a retirar cuando Dionisio ingresó, como Jesús en Jerusalén. Fueron entonces los momentos de paz, las visiones, las ideas, esa sensación de haber llegado de algún lugar para solucionar algo, tomar las riendas del asunto y mostrarse como un verdadero líder, aunque sea de repuesto.

“Definitivamente, no están. No hay rastro, siquiera, de que hayan pasado la noche aquí.”

La pausa se hacía larga entre todos reunidos en la cocina. Parecía una verdad de Perogrullo que no ataba ni desataba absolutamente nada. Los De Osma estaban afuera pero no sabemos desde cuándo ni por cuánto tiempo. No habían notas, mensajes, llamadas perdidas ni nada. Era un lunes que lentamente entraba a las nueve horas de la mañana y ya las alarmas estaban encendidas. Los De Osma era gente trabajadora y responsable. Nunca los habían dejado sin instrucciones. Nunca habían quedado al desamparo. Había que actuar de alguna forma. La

negra Doris miraba a Dionisio como si a él le correspondiera decir algo más, algo concluyente, que ponga a la gente en su sitio hasta que los señores regresen y esto vuelva a ser la máquina de siempre. Sara y Antonia, en cambio, se repartían los ojos para ver a Doris y Dionisio a la vez.

“Ya, no nos alarmemos aún.”

El mensaje parecía no calar muy hondo.

“Seguro hay una buena explicación para esto.”

La negra Doris se llevó la mano al rostro, se frotó un ojo con la palma de la mano.

“Muy posiblemente vuelvan más tarde y ahí sabremos qué pasó.”

Sara y Antonia decidieron agachar la cabeza.

Era este momento en que tenía que demostrar que había visto lo que había visto, lo había sentido. Había venido de ahí arriba, a donde solo llegaban los elegidos, tenía que demostrar ese poder decisión, ese instinto divino para fidelizar a las masas.

“Ya, no hagan dramas. Al fin y al cabo, si no aparecen hablamos a la policía.”

Por unos segundos, las nubes cubrieron los rayos solares que pasaban a través de la ventana.

\*

“Entonces ¿cuál es el plan?”

Cuál es el plan. El plan. Durante semanas se venían haciendo las mismas preguntas en la oficina central y nada venía a las cabezas. El plan. Cómo se contrarresta esta situación, cuál es el diagnóstico, cómo se lo explicamos al resto. Qué plan, señores, qué plan si ni se sabía exactamente qué pasó ni cómo, se ensayaban tantas teorías al respecto que las razones se hacían distantes, ni siquiera señal alguna de por qué pasó lo que pasó ni desde cuándo. Mucho menos si esto estaba planeado o fue súbito, si agarró por sorpresa a los agraviados. Quiénes son los agraviados, finalmente, ¿todos? ¿los pobres? ¿las autoridades? ¿la ciudad entera parte del estado?

Lo que se sabía es que habían desaparecido todos en masa. Todos. Puede sonar muy exagerado pero así lo catalogó la oficina del alcalde. No había forma de decirlo para no herir a la ciudad así que solo se soltó una escueta nota de prensa en la que daban cuenta que “una parte importante de la población estaba en situación de no habida” pero llamaba a guardar la calma porque la policía estaba trabajando en ello. La reacción de la mayoría de la población bien pudo ser voltear hacia el ser querido y encontrarlo ahí como siempre. Las preguntas corrieron como el viento desde los extramuros de la ciudad: ¿Quién había desaparecido? Sin embargo, la realidad decía que ningún familiar había reportado desaparición alguna: eran trabajadores, sindicatos y asociaciones legales quienes hicieron sentir su preocupación ante las ausencias. Ya eran varias semanas, difícil decir cuántas, y cada una de ellas comenzaba a aturdir de más a las masas. Las preguntas pasaron de flotar en las oficinas para saltar a las calles. La gente lo cuchicheaba en el barrio, se preguntaban si había un sicario, o quizá un asesino que matara por fetiche, que se había

encargado de cierto grupo. De la calle saltó a los medios, quienes lo publicaron con esa grotesca forma de mostrar las desgracias: “¿Dónde está y qué hicieron con la clase alta?”

Porque para ese momento ya las autoridades habían descubierto que los desaparecidos tenían en común varias cosas, entre ellas, ser parte del selecto grupo más pudiente de Lima. Una elite esquivada para el contacto pero excelente para la fotografía de sociedad. Muchos de los apellidos eran rimbombantes pero desconocidos, y aunque suene muy mal, gracias a sus desapariciones, se podía descubrir su posición y propiedades, qué empresas manejaban y a cuántas personas tenían a su cargo, cuánto facturaban y a cuánto ascendía su fortuna. Y sin saber si esto mejoraba o empeoraba la situación, no había que preocuparse por los familiares ni los hijos: habían desaparecido familias enteras, desde los menores hasta los ancianos, desde los tontos hasta los brillantes, desde los inválidos hasta los métricamente perfectos. Esa era la coincidencia más extraña. Todo aquel perteneciente a la clase más alta limeña desapareció sin hacer ruido alguno y nadie se había dado cuenta, no representaban un gran grupo poblacional. Poco a poco algunas cosas fueron pasando: las oficinas se llenaban de confusión, los servidores domésticos ya no encontraron a quién servir, los socios de segundo orden

El gobierno, sin embargo, fue el que tuvo el más grande dolor de cabeza. Antes que las notas de prensa de las alcaldías se volvieran insuficientes, los altos mandos se reunieron para discutir el asunto. Movieron cielo y tierra para poder entender lo que pasaba pero fue en vano. La búsqueda comenzó en las profundidades del país, en los pueblos más remotos e incommunicados, pero pronto descubrieron que incluso ahí la clase alta había desaparecido. Las fincas, establos, residencias de verano y otras propiedades se mostraban desiertas y con los encargados de la vigilancia y mantenimiento del lugar completamente confundidos. Entonces revisaron los registros migratorios por aire, mar y tierra para identificar la posible ruta de salida de los

desaparecidos pero ninguna de las familias figuraban. Alguien sugirió que cualquier persona con una cantidad de dinero considerable, como los desaparecidos, podía comprar su salida del país sin dejar rastro en los controles. Los teléfonos se alzaron y contactaron a las embajadas de los posibles países a donde podrían haber llegado ilegalmente, donde encajarían como un ciudadano común económicamente activo. Las respuestas fueron negativas. Se llamó a otros países, no tan exóticos pero aún estables y con amplias comodidades que podrían disfrutar con cierto esfuerzo. Lo mismo. Sin levantar media ceja se habló a países del tercer mundo, quizá pensando que ahí aún podían salir en revistas de sociedad y lograr estatus sin esfuerzo. Se equivocaron. Con poco convencimiento, se llamó a países alejados, en extrema pobreza y hasta naciones no reconocidas oficialmente, con la esperanza de que la clase alta piense en ser siempre clase alta con diferente fondo y en diferente tierra. Una vez más, fue un error.

Fue después de eso que la búsqueda se podría de intrascendente. No había respuesta positiva en ninguna de las consultas. Nunca se lanzó una cifra oficial pero se estimaba que cerca de cinco mil personas habían desaparecido del país. Parecía un número muy bajo para un país de treinta millones de personas, pero se trataba de las cinco mil personas más importantes del país: familias enteras dueñas de empresas, bancos, consorcios, multinacionales y un largo etcétera. Por ellos se movía el flujo de dinero en todo el país y es quizá por ellos que había dinero en el país, perpetuándose en sus cauces año tras año, sin riesgo alguno de perderlo. Y habían desaparecido, sin previo aviso ni razón aparente, dejando al abandono su patrimonio entero.

Entonces ¿Cuál fue el plan? La primera reacción del estado fue tomar posesión de todos los bienes. El gobierno pasó a controlar prácticamente todo el mercado interno, desde todos sus ángulos. Como era la primera vez que esto sucedía en la historia republicana, muchos errores se cometieron: la banca pasó a ser netamente estatal y pronto se encontró sin competencia, lo cual

desgastó sus ideas de crecimiento. Las empresas se llenaron de burocracia. Las multinacionales cedieron ante los reflejos de los accionistas externos y de a pocos se fueron marchitando hasta acabar siendo edificios abandonados a su suerte, como gigantes encadenados en plenas avenidas. Las protestas se iniciaron y la represión se inició con apoyo del militarismo que luego terminaría aliándose con los ciudadanos para tomar el poder. Y fue ahí cuando se habló de un plan, lo que se dice un plan de verdad: un día muy cercano al festival patrio, se anunció a una junta militar como responsables de los destinos del país, al tiempo que promulgaban un decreto denominado sucesión jerárquica: ante la ausencia de los dueños y/o apoderados de las diversas empresas del país, le correspondería tomar su puesto y posición a los siguientes en el escalafón laboral. Los jefes de departamento pasaron a ser gerentes y los gerentes a ser dueños absolutos. Se les concedió a los trabajadores de menor rango una pequeña participación accionaria en la empresa, para asegurar que las cosas retomaran su funcionamiento y el país no se detuviera.

Entiéndase de esta forma, entonces: la clase media fue ascendida a clase alta, por abandono y no por méritos. Alguien debía llenar los vacíos. ¿El plan? Nadie sabía si exactamente era un plan o cuánto se estudió dicha posibilidad. La gente parecía de acuerdo ante el miedo a que las cosas empeoraran. El país volvió a despertar temprano. Los días volvieron a tener final.

\*

Si hay algo que genera mayor confusión en la mente humana es cómo una persona puede resbalar con la misma piedra una y otra vez. La inercia. Esa despreocupación de que pase algo porque ya ha pasado tantas veces. Fácil ha sido apoyarse en el factor humano, en la capacidad del perdón, en que el tiempo cura las heridas. Eufemismos. La vida, mientras transcurre, sortea trampas. Uno puede elegir aprender de ellas pero ¿cuántas veces puede aprender alguien una

misma cosa? Difícil de responder.

Porque ya antes habíamos pasado por lo mismo. La gente ya no habla mucho de eso pero sabemos que pasó, que tomaron medidas y que eso devino en lo que somos ahora: una sociedad que aparece cuando necesita y desaparece cuando crece. Debieron ser cinco o seis décadas, ya ni se sabe cuál fue el primer reporte, que nunca se publicó con exactitud. Solo sabemos que el gobierno declaró como perdidos a un grupo de ciudadanos, todos pertenecientes a la clase alta del país y desde ese momento no se supo más de ellos. También sabemos que el gobierno intentó asumir esa herencia de clase pero que falló estrepitosamente, cediendo ante el pueblo, dándole un nuevo status. No sabemos cuánto duró el reemplazo con exactitud, pero lo que sí está palpable en los diarios es que cada diez años se invita al segundo grupo social, la clase media, a tomar la parte alta. Identifican a este grupo por sus ingresos: entre 4000 y 10000 soles al mes por familia, casa y auto, cosas como esas. No hay exactamente un criterio, pero a esas conclusiones se han ido llegando. Sin embargo, nadie nos dice por qué pasa esto, por qué la clase media debe tomar el puesto de alta cada cierto tiempo. Como dije al principio, la gente ha olvidado a los desaparecidos porque el gobierno dejó de reportar estas desapariciones. En cambio, llamó a estas actividades de ascenso social como “inclusión de clase”: los pobres del ayer serán los ricos de hoy. Y, en cierta forma, la premisa se cumplía. Familias enteras se fueron a dormir en extrema pobreza y despertaron con trabajo nuevo y sueldo; y en treinta años ya aspiraban a ser clase alta, casi inesperadamente.

Tampoco sabemos cómo ocurrió en el resto del país. El gobierno se volvió hermético con la información a tal punto que la clase baja no tenía permitido viajar libremente. Si uno quería tomar unas vacaciones al sur, el gobierno te daba instrucciones y te hacía elegir entre tres o cuatro destinos. En raras ocasiones se enviaba gente al interior por razones de trabajo. Al

principio se generaron pocas dudas porque la clase baja no solía viajar y la nueva clase media había sido baja y venía con esa mentalidad. El problema estuvo en la clase alta que reclamó el derecho de transitar libremente por su propio país, pero solo lo hicieron una vez y nunca más. Pronto, las regiones del país se volvieron islas, apenas se tenían comunicaciones de otras zonas y si alguien era originario de esas zonas, tenía que considerar no volver todavía hasta que las cosas se esclarecieran. Decían que se trataba de un proceso, que duraba diez años, que pronto todos volveríamos a la normalidad.

Al menos, identificamos eso y ahora estamos a la espera de ver qué más podemos encontrar. Han vaciado las bibliotecas y las desapariciones son solo historias de abuelos que añaden el misterio de lo que pasó hace ya medio siglo. Clandestinamente, se supo que algunas personas intentaron escribir sobre esto y que fueron reprimidos, exiliados y fácilmente olvidados. Nadie reclamó por ellos: la sociedad veía un cambio importante en sus vidas, real y accesible, cumpliendo unas cuantas reglas. Quien las quebrara debía pagar. Aunque exista nula información al respecto, se espera que estos escritos clandestinos hayan perdido hojas a medida que pasaron los años. Tal vez, el gobierno haya buscado eliminar cada copia o simplemente cayó en el olvido. No lo sabremos jamás. Lo cierto es que solo ha logrado sobrevivir lo que yo tengo en mi poder y que les he presentado adjunto a este testimonio: un par de recuentos a través de ciertos personajes, a uno solo conocemos como Rómulo, un vigilante de una empresa que no pude identificar en el Centro, y un relato de cómo unos sirvientes de la familia De Osma se encontraron con el silencio de una casa demasiado grande para ellos. Además, un texto donde se cuenta a grandes rasgos cómo ocurrió el primer “reemplazo” de la clase alta. Estos textos podrían no significar nada; de hecho, la primera lectura que tuve de ellos fue meramente ficcional, alejada de lo que podría pasarme a mí o a otras personas cercanas, se trataban de unas hojas

rasgadas que encontré en un libro de tapa negra y letras relucientes en un idioma que yo no podía identificar en ese entonces ni tampoco ahora. El libro parecía haber sido olvidado bajo pilas y pilas de cajas y papeles que estaban escondidos en el sótano, a merced del hongo y el polvo, cuando mi familia se mudó a una de las casas que les correspondía al ser ascendida a clase media. Era una adolescente y el entretenimiento de la lectura me impidió hacer las conexiones.

Es ahora cuando todo dejó de ser una ficción para mí. Han pasado ya diez años desde que fuimos nuevamente ascendidos a clase alta. Hemos crecido y gozado de incontables beneficios en nuestro nuevo lugar. Tuvimos una casa gigante con sirvientes, manadas de perros, piscinas, autos y un sueldo que nos permitía vivir con tranquilidad. Dirigíamos empresas grandes, casi sin saber muy bien cómo, pero siempre resultaba bien. Apenas algunos descalabros económicos que pronto se solucionaban con apoyo del estado. Fueron años gratificantes en donde la familia se fortaleció a tal punto que guardamos cada revista en donde se nos mencionaba, cada foto publicada, cada viaje que hacíamos, siempre con venia y seguridad del gobierno. Nos cuidaban y nos respetaban. Era tan perfecto que parecía ser una vida con un guión ya escrito previamente y que nosotros solo seguíamos. Y tal vez hubiera pensado lo mismo si no fuera porque acabo de recibir, en este mismo día, una notificación especial del gobierno convocando a una reunión de emergencia. Justo cuando diez años siendo clase alta acaban de cumplirse. La memoria me trajo a estos textos y me hace pensar que esto no es nuevo, que alguien tuvo miedo a ver qué pasaría después, o encontró algo turbio, tal vez. No sabemos a ciencia cierta si hay luz al final del túnel, pero si alguien dejó algo escrito es para que lo lean. Si estos textos son verídicos, entonces debemos alzar la voz y preguntarnos qué le pasó a la clase alta y a todos los viejos integrantes de la clase alta desde hace tantas décadas. Creo firmemente que han encontrado la forma de controlarnos y es entregándonos lo que siempre hemos querido en el corto plazo. Lo que no

sabemos es qué existe después de cumplir nuestros sueños de fama y fortuna. Han desaparecido los vestigios de esos tiempos y ya no sabemos a ciencia cierta cuál será el accionar del gobierno. Estos textos se guardarán en el mismo libro donde los encontré, en el mismo sótano con el mismo moho y polvo, aplastados entre caracteres indescifrables. Si esta es la última línea que estás leyendo es porque no hemos vuelto y pronto seremos reemplazados por personas con ideales y planes dispuestas a olvidar todo esto y a obviar el desconocido final que les espera.

## **RENCORES**

## EL ANOCHECER DE LA REPRESIÓN

Hoy día desperté extrañamente feliz, a pesar de las circunstancias.

La vieja matriarca, María de Estévez, había fallecido hace apenas unos días y la camisa negra ya asentaba la extraña combinación de sudor y lágrimas que se formó en mi luto de pleno verano, doce de marzo de mil novecientos ochenta y dos. Hoy, dos días después, sentí por fin salir al sol con el firme propósito de arrancarme una sonrisa, por los viejos tiempos de playa en mi juventud ahora marchita, por las tardes de siesta en la lejana Trujillo donde siempre iba acompañando a la abuela, a Mamá María, quien ya no podía caminar por su avanzada edad y *¿quién más la cuida como tú, pues Estévez? Eres el último con treinta años.*

El desgaste físico era mi especialidad: regresar del agotador trabajo de doce horas, que consistía en recorrer media ciudad, para limpiarle el culo a la matriarca, la primera mujer de mi familia en poner un pie en Lima y la más estricta en esas cuestiones de respetar el código familiar que reza: los hombres van a trabajar y las mujeres se ocupan de la casa y ahí se quedan esperando al marido. *Y nada de eso, Estévez* –decía cuando me agarraba con las manos en la masa– *usted actúe como un hombre y solo entra a la cocina para sacar algo de comer cuando nosotras no estemos y nada más ¿me entendió? Lo vuelvo a ver acá, Estévez, y le quemo la mano con el mismo aceite con el que está friendo esos camotes.*

El sol brillaba con la fuerza del verano pero otra cuestión me generaba insana algarabía. Mamá María había sido encontrada muerta en la pequeña y polvorienta cocina, que era como su trono y, a su vez, como el centro de la casa donde crecí y que terminó como un concierto de sombras, triste y solitaria. Incluso la soledad extrañaba a sus fantasmas. La muerte de la vieja matriarca habría pasado desapercibido si no fuera porque una de mis tías aprovechó sus antiguas

llaves para entrar en la casa a desempolvar sus recuerdos, que usualmente tenían forma de joyas o cosas de valor. Solía aprovecharse cuando Mamá María estaba ocupada en la cocina para sustraer de a pocos cosas del joyero. Grande fue la sorpresa, y largo el llanto, cuando se encontró con la anciana tendida sobre un charco de sangre como si se tratara de una alfombra. Un golpe en la cabeza habría acabado con su vida, justo en el mismo sitio donde me amenazó por primera vez con quemarme las manos si me veía de nuevo usando sus sartenes y gastando su aceite.

Esa misma noche la velaron, al día siguiente la enterraron en el panteón familiar. Yo lloraba en silencio, observaba desde lejos, oculto tras los lentes negros, apenas compungido por las infinitas lágrimas que se derramaron ese día. De regreso, la casa lucía completamente llena, con familiares que llegaron de todas partes del país, algunos que no había visto jamás en la vida. Todos me agradecían los cuidados brindados a Mamá María, la última matriarca de esta gran familia. Primos y sobrinos míos, muchos de ellos ya señores formados con familia o novias con la misma pregunta de siempre *¿cuándo vas a conseguir una buena mujer y amarrarte, Estévez? Veinte años no eran nada, pero ya pasaste los treinta. No querrás que se te pase el tren ¿no?* Lo cierto es que estuve tantos años forzado a esperar por el tren equivocado en un andén equivocado.

Luego, la casa volvió a ser una pasarela oscura. Sus amplios pasadizos mostraban un claroscuro particular. Los pájaros ya ni siquiera cantaban en el jardín de adentro, ni los gatos que rondaban los techos maullaron por comida. Todos parecían haberse ido, incluso las bestias terrenales. Ni siquiera se oía el ruido de los carros por la calle. Sentado en la cama que solía pertenecerle a Mamá María, extrañaba su instrucción de vieja escuela. Aún podía sentir el olor a flores que ella despedía, como si viviera siempre en la naturaleza. Su colección de muñecas de porcelana me miraban como un intruso conocido, el gran espejo del ropero generaba un deja-vu

constante.

Esa misma mañana, decidí ir camino a mi centro de trabajo con la intención de renunciar irrevocablemente, harto de la vida laboral que llevaba. Iba a escapar de todo, listo para iniciar una nueva vida sin ataduras de ningún tipo, todo sería como yo quisiera. Ahora, sentado en esta cama, en la más profunda de las soledades, ya sabía que todo habría comenzado: ésta sería mi nueva habitación, mis nuevas cosas, mi nueva vida.

*¿Por eso la mataste?* –pregunta mi abogado, mientras se sienta frente a mí en este pequeño espacio, esta suerte de pequeña cárcel de juguete. *Cuéntame, mientras más sepa, mejor*– dice el hombre de leyes con la seguridad de saber que es mi única salida de este agujero al que llegué ayer por la noche. Dos policías tocaron la puerta con la intención de llevarme a la comisaría como principal sospechoso de un asesinato. El informe forense afirma que el golpe que produjo la muerte a Mamá María fue inducido, con ventaja y premeditación. Y algo de odio, además. Yo soy el principal sospechoso.

A pesar de todo eso, desperté extrañamente feliz.

*¿Es lo que te pedí?* - pregunté al abogado al advertir que dejaba una bolsa negra sobre la mesa. Él asintió con algo de molestia. *Mira, yo puedo sacarte de ésta, hijo* –extraigo de la bolsa un espejo el cual coloco frente a mí. Un peine recorre mi cabello enviándolo hacia atrás– *es solo que necesito saber con qué estoy tratando* –destapo un lápiz labial color rojo que paso suavemente por mis labios, un delineador de ojos espera en la mesa– *podemos caer en contradicciones y eso no es bueno ¿sabes?* –pinto mis uñas con cuidado. Una cicatriz de quemadura por aceite se esparce por la superficie de mi mano. Arde como el recuerdo.

## TRABAJOS SUCIOS

*"To belong, to survive you gotta be strong  
you can't be shy less without request  
someone will scatter your ashes thru the Lower East Side."*

Miguel Piñero, The Lower East Side

Jamás olvidaré a Vladimir, con esos ojos caídos y enfermizos que coqueteaban con el color amarillo. Hace un par de días tomé conciencia de eso: jamás lo olvidaré, más alto (y mayor) que todos, corriendo tras una pelota según las piernas huecas se lo permitían, en un esfuerzo que no valía nada porque siempre sus disparos tenían destinos tan disímiles como una ventana, un costado de la calle o cualquier lugar menos un arco de fútbol, así éste fuera improvisado con piedras para señalar los límites, palos clavados en la tierra o cualquier espacio cóncavo disponible que sirviera para embolsar un balón. O como siempre había sido en clase: con mirada perdida en la pizarra, como si ésta tuviera un hoyo profundo, como si eso valiera la pena la mirar. A veces lo sorprendía el maestro pensando en vaya uno a saber qué y se dirigía a él con una pregunta, que podía ser tan sencilla como ¿entendiste de qué van las divisiones? y siempre balbuceaba algo inentendible con ese hablar lento y poco enriquecido. Luego callaba y bajaba la mirada, sin entender qué le decían o qué había escrito frente a él en una pizarra de colegio estatal en el viejo barrio donde crecí. Algo pasa con él –contaba mi madre– no atiende la clase, no presenta tareas, es mayor que el resto, pero bruto y torpe, como si hubiese nacido un domingo.

Lo había visto por primera vez en el aula donde estudiaba mi hermana, quien era un año

mayor que yo. Vladimir, el chico callado y distraído de la segunda fila, al fondo. Era noble, servicial y humilde. Lo recuerdo llegando al colegio con su madre, otro personaje imposible de olvidar, una mujer que serviría para definir la palabra sufrimiento con tan solo ver sus ojos. Había entrado a hablar con el profesor y ya llevaba buen rato ahí. Todos la vimos salir, en una escena digna del cine hindú: apoyada sobre el muro, viendo a su hijo correr en el patio con los demás, con la vista descolocada como si algo tuviera el viento, la misma mirada desconcertante que parecía heredarle a su hijo. A primera impresión parecía calmada pero bastaba verla por unos minutos más para encontrar la desazón, del ya-no-puedo-más más terrible de todos. Su boca ancha permanecía inmutable, su rostro ajado denotaban las rutas por donde habrían corrido lágrimas, en el medio se cruzaba un lunar, el más feo de todos. Vladimir se quedará en el colegio, al menos por un año más –contó mi madre, sorprendida– aunque los profesores decían que no había otro camino más que echarlo del colegio. El muchacho no rinde, ya no daba para más.

Del álbum familiar aparece una fotografía de mi hermana Magdalena, brigadier del aula y una de las tres alumnas más destacadas, dando un examen. A Vladimir lo habían sentado junto a ella, decían, para ver si así la agarraba de ejemplo y entraba de lleno a los estudios. La instantánea retrata una constante de aquel año: Magdalena concentrada en su examen, Vladimir también, pero en el de ella. Los rumores entre las madres en reuniones de padres de familia develaban el misterio: que si Vladimir era un chico con limitaciones o el papá era un ebrio sin remedio y los golpeaba, o si ya los había abandonado, pobre chico, las esperanzas estaban echadas para él. Se escuchaban esas conversaciones como si se hablara de un ser maldito por los dioses al que no podía darle cabida en ningún contexto, una persona negada para este mundo, destinada a vagar mientras que los años se encarguen de él o las circunstancias. Pobre Vladimir, decían, pero nadie lo ayudaba, pero cómo podías ayudar a un tipo cuya pena ya ha sido labrada

desde su nacimiento, la cual carga como una cicatriz honda. Un negado, por siempre sería un negado.

Con la suerte echada llegó a la clausura escolar de aquel año. Hacía meses que ya tenía colgado el cartelito de repitente y nadie iba a salvarlo. Vladimir, pantalón gris-antes-negro y camisa blanca eternamente percutida, seguía dedicándose a cualquier otra cosa menos a arreglar su situación. Era como si perder ya fuera costumbre. Esa noche, se realizó el sorteo de una canasta escolar repleta de víveres. Más temprano, en la tarde, los zapatos de Vladimir habían cedido, por fin, ante el arte de patear una pelota. Y ahí estaba él, ya más tarde, cantando un bolero de cantina, zapato roto, uniforme mugriento. Las madres lloraban. Rifaron la canasta y, entre miradas cómplices, llamaron a la mamá de Vladimir. Debió ser el día más feliz de su vida. Más tarde, al acostarme, no pude evitar pensar en la escena cuando llegaron con tremendo premio a casa. Imaginé a la madre de Vladimir llorar porque el esposo borracho le criticaba el haber llegado tarde a casa, la ausencia de comida mientras lanzaba por los aires la canasta que cargaba Vladimir, previa mirada desafiante. Esa noche no pude dormir.

Al año siguiente, Vladimir estaba en mi aula. Ya no era el mismo, era peor. Todos se burlaban de él. Ya no tenía dinero para completar el uniforme escolar así que improvisó un pantalón jean color negro. Y así, casi sin contar muchos meses de escuela, desapareció. Nadie sabe qué pasó con él. Es cierto cuando dicen que los niños pueden ser muy crueles, muchos sin intención, ya quién sabe cómo actúa la naturaleza. Pareciera que Vladimir jamás se pudo recuperar de eso, de la crueldad activa de sus nuevos compañeros que olían en él la inferioridad total, su carácter servil, su indefensa actitud. Alguna vez yo también lo insulté. Había algo en él que nos provocaba pisarlo como si se tratara de un insecto. Su vulnerabilidad, sus facciones alargadas, sus ojos caídos. No lo sé. Una vez, solo por molestar, alguien le encontró un hueco en

la camisa y lo estiró de tal modo que la tela cedió y terminó con la espalda expuesta. Al día siguiente, llegó con la misma camisa, ya remendada, pero alguien más advirtió un hoyo a la altura de la rodilla del pantalón y lo devolvieron a casa con la basta hecha trizas. Al día siguiente, volvió con parches bien cosidos en la rodilla.

Como ya no encontrábamos forma de molestarlo, comenzamos a golpearlo. La primera vez, lo acorralamos en un pasadizo sin salida y le buscamos la bronca. Uno de nosotros le plantó cara y le dio un golpe en el estómago que dobló en dos al pobre Vladimir. Sin embargo, se recuperó, tomó un poco de aliento y se abalanzó para devolver el golpe. No lo consiguió, pero nos encontró al resto. Era una forma de legitimarlo. Vladimir era un poco más alto que nosotros y no podía defenderse de seis u ocho puños que intentaban golpearlo con regular suerte, pero no se caía. Alguien le había pateado en la rodilla y se inclinó hacia un lado, lo cual permitió que su rostro quedara descubierto y lograron conectarle un puñete al lado externo de la mandíbula. Sin embargo, lo que finalmente lo tumbó fue una patada en los testículos, que terminó por hacerle caer de rodillas y derramar las primeras lágrimas. Cuando cedió por completo, lo dejamos en paz y lo llevamos a los baños para que pudiera echarse agua. Lloraba pero no nos preguntaba por qué le hacíamos esto. Solo nos hacía caso cuando le decíamos que acá estaba rojo, que tiene un arañazo por un lado, que el puñete le partió el labio. Se corrió el rumor que con un puñete bastaba, o una patada, y eso podía hacerte parte del grupo de los que estaban por encima de él. Para ese entonces, lo alzábamos en peso y y lo arrojábamos al suelo para darle de patadas. Siempre con el mismo ritual de llevarlo a que se lavaran las heridas para seguir golpeándolo al día siguiente.

Igual, no podía evitar sentirme mal por las noches. Me lo imaginaba llorando como la única vez que lo vi llorar: su madre abrazándolo y acariciando su cabeza mientras él refriega sus

ojos con la mano. Luego desapareció sin despedirse ni dejar rastro. Los maestros sabían lo que hacíamos con él pero nunca nos dijeron nada.

A la semana de su ausencia, el director llegó a nuestra aula para explicarnos que el alumno Vladimir ya no sería más nuestro compañero. Un minúsculo vacío se formó en algún lugar imperceptible entre las carpetas que pronto fue llenado con cualquier cosa que pudiera ocupar las mentes de los muchachos. Porque así era más fácil crecer, sin aferrarse a nada ni mostrar debilidad por algo. Vladimir ya no estaba y el problema nuevo era que ninguno de nosotros ocupara su lugar en el escalafón más bajo de la clase. Pero eso no ocurrió. Sin Vladimir ya no hubo escape, ya no cabía la expresión “nunca tan mal como Vladimir”. Por alguna razón, el pequeño mundo que era nuestro salón de clases se volvió un lugar calmado, como si purgar las impurezas nos hiciera decentes, mejores personas, prospectos civiles. Así pasamos el tiempo, sin mayor sobresalto. Luego de la escuela, cada quien tomó caminos disímiles: algunos fuimos a una universidad a seguir una carrera, otros iniciaron negocios propios con suerte dispar. De otro grupo se sabe poco, y del último se sabe nada. Pero yo jamás olvidé a Vladimir y a menudo me preguntaba en silencio qué sería de su vida.

Hace dos días volví a encontrármelo, aunque él no me reconoció. Se presentó junto a varios obreros que habían sido contratados por un maestro de obras para iniciar la construcción de un nuevo proyecto inmobiliario que yo había diseñado. Me acerqué y le pregunté cómo estaba, con inusual algarabía para un obrero común. Vladimir no había cambiado nada. Apenas alzó un ojo para tener una figura parcial de quién le hablaba antes de agachar la cabeza. Como dije, estoy seguro que no me reconoció. O no quiso hacerlo. Me respondió que bien, señor, que estoy a sus órdenes para lo que necesite el señor. Frente a él me sentí imponente. Los mandé a todos a inspeccionar el lugar para que el proyecto se empezara a construir la próxima semana.

Ahí pude comprobar que el bueno de Vladimir no había cambiado en nada. Estaba más viejo, encorvado, con los brazos caídos y las piernas huecas que podían ceder en cualquier momento. Su piel había adquirido cierta oscuridad por una especie de sarpullido que se había instalado en amplias partes de su cuello y brazos. La gente lo trataba como una nada o, mejor dicho, lo evitaba. Cuando se cruzó en el camino del maestro de obras, éste le gritó por no tener cuidado por donde pasa o qué hace. A mí me pareció un exceso y se lo iba a señalar pero luego vi que el resto de trabajadores lo trataban igual. Sus propios compañeros, a quienes hay que confiarles la vida cuando la construcción toma dimensiones peligrosas y la seguridad depende en cierto nivel de quien trabaja contigo. Vladimir bajó la cabeza y consumó su perdición. Realmente no había cambiado nada.

Este lunes empieza sus labores y voy a denigrarlo a más no poder. Voy a mandarle los trabajos más fuertes, lo someteré a vejámenes inconcebibles, voy a barrer el piso con él. Servirá para mi ego, quiero que sepa quién manda aquí, quién está por encima de su jefe inmediato, quiero que su carne tiemble de miedo al verme y que el resto entienda cómo las cosas se hacen bajo mi mano. Hay tantas formas de explotar a una persona y yo que aún no las he explorado, esto me servirá para hacerlo. Y no contento con eso, incitaré al resto a que haga lo propio con él. Que aprenda a que acá hay que sudar para llevarse un pan en la boca.

Seguro, también, volveré a casa luego de haberlo degradado tanto. Tomaré una ducha para quitarme su desgracia y buscaré el sueño entre sábanas. Lloraré tan fuerte como pueda por él, por un alma tan torturada como él, quizá nunca mereció nada de esto. Lo recordaré de joven, odiaré a la gente que no creyó en él, me incluiré en el grupo y tendré el peor de los arrepentimientos: el silencio.

## **VUELOS**

## UN POSIBLE ENCANTO

Era una muchacha tan blanca que parecía de porcelana. No. Parecía una perla y relucía. No era exactamente hermosa pero sí muy blanca, tanto que llegué a dudar que tuviera sangre circulando por el cuerpo. Su rostro se robaba la luz que se filtraba por las ventanas del salón, pero nadie más que yo la miraba, desde prudente distancia, con respeto. Y ella no miraba a nadie, solo a la nada o un punto invisible, más allá de mi comprensión. Me dijeron que se llamaba Teresa pero que ya no respondía a ningún nombre, que no bailaba ni escuchaba. Que no hacía nada. Solo estaba sentada en una silla de ruedas muy amplia y cómoda, con las piernas cubiertas casi enteramente por una gruesa manta.

El viejo Mogollón me había visto admirarla por un rato, tal vez con la seguridad de presenciar un espectáculo repetido, y me sacó de la concentración poniendo su mano en el hombro. Ella ya no habla, me dijo, no te va a responder. No sé si quería saber por qué, a veces a algunas personas no les gusta hablar por algún motivo desconocido. Igual, Mogollón me contó: la pobre Teresita apareció un día sin que nadie la haya visto antes en el pueblo o en los alrededores. Algunos trabajadores de un yacimiento minero cercano la encontraron en las orillas de la laguna Pelagatos, en Áncash. Fueron los últimos que la escucharon hablar. Estaba inconsciente con medio cuerpo sumergido en el agua. La llevaron tierra dentro donde intentaron despertarla y reaccionó de forma inesperada, en shock total, como si hubiera escapado de una horrible muerte o si alguien le hubiera arrebatado lo más sagrado de su ser. Gritó una serie de cosas sin sentido y alaridos extraños que vaya uno a saber de dónde lo sacaba. Dicen que luego intentó cantar, con un rostro de angustia tan profunda que no sabían si consolarla o callarla. Intentó pararse y volver dando brincos a la laguna, lo cual desconcertó aún más a los trabajadores

de la mina, quienes la cargaron en peso y la volvieron a la tierra.

“De hecho, ellos ya estaban lo suficientemente desconcertados por encontrarla en la laguna. Se preguntaban cómo una mujer en su condición pudo llegar hasta ahí.”

“Imagino que la silla de ruedas ayudó...”

Mogollón señaló sus pies, disimuladamente, como quien señala al aire. Los movía incesantemente, como si ya se hubiera cansado de esperar y necesitara ejercitar los músculos ahí abajo para no perder la costumbre de caminar. Era lo único en ella que parecía tener un ritmo de vida. Aparente ánimo aunque desesperante.

“Nunca encontraron una silla de ruedas. Ni en los alrededores ni en las profundidades de la laguna ¿Puedes creer eso?”

“No entiendo. Entonces ¿Por qué el desconcierto? Podía caminar...”

El viejo sacó una media sonrisa. Parecía ser el momento que andaba esperando.

“Teresita es deforme, muchacho, tiene las piernas pegadas, no las puede abrir ni nada. Parece que nació así.”

Esto fue hace unas semanas, cuando la vi. La abuela nos había planchado la ropa, hecho el peinado raya-al-costado y nos llevó, a mí y a mi hermano, a una feria donde siempre se reúne con gente de su provincia. Venían de todas partes y vendían pan dulce, miel de abeja, queso,

quiwicha. La feria ocurría en una plaza amplia donde la gente ponía sus puestos de comida, de venta de ropa o chucherías. Sin embargo, los reencuentros y los bailes se daban dentro de un salón grandísimo, justo al frente de la plaza. Ahí dentro, las monjas de la Iglesia del Sagrado Corazón esperaban recaudar una buena cantidad de dinero, que llamaban donaciones, para llevar a cabo sus ya conocidos planes de apoyo a los más necesitados.

Mi abuela solo iba a encontrarse con los familiares distantes y conversar. Y siempre era lo mismo: señora Rosita, cómo está, qué grande sus nietos, cuándo va a visitarme, cuándo vamos a bailar. Y era mi abuela la que a veces concedía un baile, un trago, una risa y un par de promesas. Era la primera vez que nos traía – por esas épocas, éramos los únicos que estábamos todo el día en la casa – por eso lo primero que hicimos fue escabullirnos y revisar cada rincón de la feria. Julio, mi hermano, fue quien la vio primero y se quedó mudo. Estaba entre las personas discapacitadas que las monjas cuidan en la Iglesia porque, generalmente, no tienen familiares conocidos y están abandonados a su suerte.

Indagué al respecto pero fue en vano. Las monjitas me dijeron que se la habían traído un día en muy malas condiciones y que no sabían su nombre – la llamaron así en honor de una hermana de su orden recientemente fallecida – ni de dónde era y ella ya ni hablaba nada y pensaron que era algo malo pero el médico dijo que, salvo por sus piernas, estaba en buenas condiciones, que su silencio se podría deber a un problema en las cuerdas vocales. Pero ahora – siempre agregaban esto, no importa cuál sea el tema– está mucho mejor con nosotros gracias a nuestro señor misericordioso quien le tendió su manto todopoderoso para poder darle paz y tranquilidad.

Volví donde la abuela y le pregunté si la conocía pero la respuesta fue negativa. Aparentemente, nadie la conocía en el pueblo, solo llegó un día de esos al único lugar a donde

pueden llegar quienes no tienen más que fe y dolor en esta vida. Su vida era el secreto a voces más grande del pueblo. Todos se atrevían a especular y algunos llegaron a preguntar pero se encontraban siempre con el mismo muro con el que todos nos encontrábamos en algún momento: el de su aparición desconocida.

“Lo único que sé es que está enferma. Y no la debemos molestar.”

La sentencia me pareció insuficiente pero ahí fue donde apareció el viejo Mogollón con su historia. Aseguraba, además, que estuvo ahí cuando los mineros pidieron ayuda para cargar el cuerpo hacia la ciudad. Según él, los vio entrando al pueblo llevando a la muchacha en brazos, quien tenía los ojos abiertos como platos, y fue él quien sugirió que la llevaran a la iglesia y la muchacha, pues para qué lo digo, ya ni hablaba ni nada. Solo miraba y miraba.

“¿Y cómo sabe que se paró e intentó volver a la laguna?”

“Yo te digo lo que me dijeron los mineros. En esa laguna siempre pasan cosas raras, mira que hasta la mina ya anunció que se va a retirar.”

“¿Qué cosas?”

“Cosas. Gente desaparecida, sonidos raros, mineros que regresaban diciendo que salían cosas de ahí que no podían explicar y, a decir verdad, yo tampoco quisiera saberlo.”

Mogollón tragó saliva y se quedó largo rato mirándola, casi con fascinación. Los años lo habían hecho más lento y encorvado, pero todavía la gente se le acercaba para escuchar lo que decía porque, al parecer, para saber lo que pasaba alrededor sí era muy rápido y dispuesto.

“¿Sabes? Lo que yo creo es que Teresita está harta de esto y se quiere regresar.”

“¿Regresar? ¿A dónde?”

“¿Cómo que a dónde? A la laguna pues, de ahí vino.”

Ya no sabía si el viejo bromeaba o no. Seguía con la media sonrisa en la cara pero no estaba diciendo algo que inventaba en el camino. Esto ya lo había pensando un buen tiempo.

“Yo creo que Teresita se escapó de un encanto. Esa laguna está maldita, te digo.”

Y no dijo más porque pasó la abuela y unas señoras más a decirle al viejo que no pusiera ideas locas en la cabeza de los muchachos, que no fuera charlatán, que no es decente ni católico hablar de la desventura de la pobre Teresita, tan calladita, tan calmadita.

Pero lo que había dicho Mogollón sí me había calado hondo: yo le tenía mucho miedo a los encantos en ese momento. Mi cuarto estaba frente a la higuera y ya la abuela me había dicho que debía tener cuidado con los duendes, que me podía quedar atrapado en un encanto porque ellos eran juguetones y amigables pero muy taimados luego. Y todo parecía extenderse como un gran cuadro de encantamiento cuando oscurecía. La higuera se alzaba por sobre todas las cosas y te iba llamando la curiosidad de saber qué se escondía entre sus oscuridades profundas. Uno sabía que en los alrededores solo se podían encontrar el viejo horno de ladrillo y el galpón donde mandaban los gallos del abuelo. Pero en ese momento, en que la noche ocultaba todo debajo de la higuera, cualquier cosa era posible. Y te llamaba a ir, pero afortunadamente algo pasaba que te detenía, sea el ladrido del perro o la misma abuela que se daba cuenta que te habías despertado.

Si bien de día la higuera era buen lugar para pasar el rato, de noche no daba ganas siquiera de cruzar el patio para ir al baño. Por eso, cerraba la ventana y soltaba las cortinas. Julio sentía miedo también pero él tenía esa facilidad para dormir como una piedra. Se lo podían llevar dormido y él ni cuenta. Yo, en cambio, tenía el ojo duro. Me dedicaba a pensar que, si un duende se me aparece, al menos estaría despierto y podría defender a mi hermano menor. Preguntaba a la abuela insistentemente si es posible evitar esas cosas, si podríamos deshacernos de la higuera, si no tenía miedo de que acabáramos atrapados, viviendo en un encantamiento y nosotros ni cuenta. Pero a ella parecía no preocuparle. Julio, sin embargo, había comenzado a caminar dormido y dos días antes de ver a Teresa. O al menos eso creemos porque una vez despertó en medio del patio sin saber exactamente qué hacía ahí. Al segundo día, despertó asustado porque frente a sus ojos se alzaba la higuera, a dos metros de distancia, y pegó semejante grito que despertó a toda la casa. El miedo ya no estaba solo en que los duendes intentaran llevárselo, también era de que en cualquier momento podrían venir por mi. Y ahora, con Teresa en frente, esperaba obtener alguna respuesta al respecto.

La mujer que se escapó un encantamiento solo miraba de frente y golpeaba el piso con los pies. Era difícil imaginar cómo serían sus piernas, cómo pasó la infancia, de dónde era realmente. Teresa vestía de blanco y la manta le cubría la mayor parte de la cintura para abajo. No se movía. Todo en ella parecía de luto menos su rostro pálido, no de muerte ni agonía, era como las perlas de los aretes. Nadie parecía darse cuenta de ella, o sería tal vez que ya la habían visto tantas veces que no les llamaba la atención.

Solo estábamos Julio y yo, mirándola desde unos metros, y Julio seguía mudo. Me acerqué a ella a pesar del nerviosismo de Julio, quien se quedó parado y sé que me seguía con los ojos. De cerca, ella tenía un olor húmedo, como si hubiera estado bañándose en el río. Le

hablaba y no me respondía. Le pregunté su nombre, qué le pasó, si era cierto que había escapado de un encantamiento. Pero no dejaba de mirar al frente y mover el pie casi frenéticamente. Siguió así hasta que le dije que tenía miedo de los encantamientos de los duendes. Entonces sucedió lo impensado, sus ojos negrísimos me miraron, casi se pegaron a los míos y me hizo una señal con la mano para acercarme. Acerqué mi oído a su rostro y pronunció unas palabras. Lo que me dijo puede ser cierto o no, pero desde ese día, todas las noches, me trago el miedo, agarro el machete del abuelo y le abro un tajo a la higuera. Silenciosamente. A la abuela le gustan los higos y se podría molestar.

## LA FIEBRE

Bien pudo ser una ilusión pero cuando Víctor Chauca llegó a la laguna le pareció que estaba morada, como si alguien la hubiera pintado a propósito. El ruido del día estaba cercano pero el cielo seguía negro, aun con la luna como un gran ojo vigilante. En la orilla, sin saber qué hacer ahí pero sintiendo que debía estar ahí, observó todo el resto del lugar: al fondo unos árboles desperdigados camino al monte, a los costados se ven las sombras de amplios sembríos cercanos, con el viento silbando a través de las plantas, las caídas del trigo. Pero es pasando la laguna donde la cosa se distorsionaba, se alzaban unas siluetas deformes que rompían con los designios de la naturaleza.

Víctor había intentado llegar hasta el lugar pero se lo habían impedido. A veces, era el olor fétido que emanaba de adentro del perímetro lo que le decía que era mejor emprender retirada. Últimamente, aquel olor insoportable había pasado la laguna y alcanzado al pueblo. Las mujeres pensaron que se había muerto un animal, o varios. Pero todos estaban tranquilos, conscientes de su relación con la nada. Entonces habían seguido el olor y los había guiado hasta la laguna y más allá, donde ya cosas raras pasaban: un grupo de gente parecía ir y venir y un raro humo plomo escapaba de una especie de tubo que estaba en lo que parecía ser el mismo centro del lugar. Víctor organizó un grupo para indagar y encontró lo dicho, respuestas cortantes y puertas cerradas. Se decidió escribirle a este don Rigoberto del que hablaban, al que algunos se referían como su patrón, pero ya iban dos días y no recibía respuesta alguna. Le habían contando que, tras las rejas que encierran aquellas construcciones extrañas, había un hueco hondísimo como si estuvieran buscando al mismísimo diablo en su infierno, que descenden en autos y con picos y que a veces la tierra tiembla, el hueco se agita, y los muchachos abandonan el cincel y el

pico, pero siempre volvían a seguir cavando hasta encontrar el sol mismo.

Todo esto lo recordaba Chauca con cierta claridad. Algo dentro de él había hecho que abriera los ojos antes de tiempo con un sudor que superaba incluso al que tendría luego de un día entero trabajando en la chacra. No le bastaba ni la manga de la ropa de dormir ni nada. A su costado, Marcelina dormía inmóvil como una roca. Jamás se habría imaginado que lo habría movido fuera de la casa sin que ninguno de sus hijos lo notara, menos aún ella misma, quien suele ser la primera en pararse de la cama. Pero así pasó y Víctor estaba ya frente a la laguna y ésta parecía enferma, inhóspita. Parecía una enemiga. Qué color más raro, habrá pensado Víctor. Qué ganas tan extrañas.

Tal vez sería miedo. Víctor Chauca reparó que estaba apenas a unos pasos del acueducto de piedra que él, junto a otros pobladores, había construido para canalizar agua de la laguna y así contar con el servicio básico en el pueblo. Pero el acueducto, que no tenía muchos días, se veía en perfecto estado: acercó su rostro y pudo constatar que el agua corría libre y fría. Pero extraña. No le daba ganas ni de tocarla. Por un momento, Víctor se preguntó qué le pasaba y se preocupó. En la casa ya se deben estar preguntando qué pasó con él. Decidió regresar, le dio la espalda a la laguna y se fue caminando siguiendo la línea del acueducto, casi una flecha morada en la tierra.

Amanecía mientras caminaba iluminando los alrededores, dándole vida a los árboles que comenzaban a emitir cantos, pero el agua no mejoraba y estaría así hasta llegar a la entrada del pueblo, pasando el pequeño pozo de agua del que bebían las gargantas que tienen la suerte de vivir cerca. Marcelina estaba afuera pero Víctor seguía viendo el agua que venía de la laguna. No escuchó ni la llamada de su mujer, ni sintió el golpe del sol al estirar sus brazos, ni su propio cuerpo al caer antes de ver por última vez el pozo de agua completamente morado.

\*

El cura Gómez ya tenía de por sí una semana muy ocupada en la Parroquia de Rosaspata cuando Marcelina fue a decirle que por su casa había varios enfermos, incluyendo a su esposo Víctor Chauca. Si no los hubiera conocido, Gómez pensaría que se trataba de exageraciones propias de pueblos pequeños en los interiores de Puno. Pero los conocía: eran hombres fuertes que superaban malestares variados en cosa de un par de descansos, si es que ocurría el extraordinario hecho de ver a alguien enfermo en la zona.

Gómez accedió a ir en el instante y constató que todos presentaban un cuadro similar de fiebre altísima. Su intuición de cura formado en ciudad le decía que se trataba de una intoxicación. Llevan así ya un par de días, contaban las esposas y familiares. Decidió ir a ver qué pasaba y recomendó a las mujeres guardar la calma, que él vería por que todo fuera justo bajo los ojos de Jesucristo nuestro señor. Por supuesto, las mujeres dieron vuelta, se persignaron y volvieron cuchicheando lo que podrían. Quien nunca ha venido por Rosaspata se pregunta qué puede hacer un cura por un grupo de enfermos que no pueden trabajar la tierra. La respuesta podía variar por algunos lados pero siempre llevaba al mismo fin: el cura Gómez no solo se encargaba de divulgar de la palabra del Señor sino también de defender valientemente a los pobladores en caso de que viniera alguien del gobierno a querer imponer una que otra cosa.

Bastaba ver los casos: Cuando representantes del gobierno llegaron con un plan para vender de forma efectiva las verduras y legumbres que se producen en la zona, era el cura Gómez quien hacía las veces de interlocutor de los pobladores. Cuando hubo que quejarse sobre el presupuesto magro impuesto, fue el cura Gómez quien encabezó las protestas. Cuando un grupo de militares irrumpió en la zona con el cuento de que buscaban organizaciones terroristas y al final terminaron sirviéndose a sus anchas del pueblo, tomando las cosas por la fuerza del fusil,

fue el cura Gómez quien dió la cara y retó a los uniformados. Y lo hizo con tal valentía que no le importó que sus dedos rozaran los gatillos y que el comandante repitiera la orden de disparo siempre sin acatarse porque nada se puede hacer contra un hombre que no tiene miedo. Por eso cuando una nueva enfermedad parecía tomar por asalto los poblados pequeños de las afueras, también debía estar ahí al menos para acompañar a los fieles espiritualmente o para que, Dios los libre, darles la cristiana sepultura.

Al llegar, el cura Gómez encontró el pueblo mejor que como lo había dejado. Las casas mantenían el espacio de sus chacras pero en éstas se veían los frutos del trabajo duro en una temporada fría. El pueblo era nuevo, tan nuevo que la gente tenía que acostumbrarse a su distribución. Y las cosas se encontraban pero algunos hasta decidían marcarlo para regresarlo a su lugar. Así, las vacas estaban exclusivamente cerca de los baldes de metal, los caballos se paraban en frente, en los bebederos de agua. Las lampas y carretillas, siempre al costado de la puerta, de donde salen los días. Sin embargo, la mayor adición en el pueblo resultaba ser un montículo de piedras en forma circular que mantenía un pozo de agua en el fondo. Y el agua no parecía estar en las mejores condiciones.

Gómez hizo cálculos rápidos. Sabía que esta agua era para beber, que seguramente muy pocos ponían a hervirla. Además, se hizo inevitable sentir un olor que de a pocos se apoderaba del pueblo. Marcelina pudo darse cuenta de su incomodidad por las muecas del cura y se apuró a decir, sin pregunta de por medio, que estas venían de más allá de la laguna, que habían querido ir a ver qué era pero no nos habían dejado entrar. ¿Entrar a dónde? No sé, hay unas rejas que cubren todo el lugar y un tal don Rigoberto es el jefe ahí. Y Gómez también sabía que don Rigoberto era un hombre enigmático que apenas accedía a hablar con los vecinos y autoridades. Nunca lo había visto en su casa, por eso no le sorprendió que no estuviera cuando fue

inmediatamente a buscarlo y que quien se encargue de la situación fuera su capataz, un señor de rostro cuarteado a quien solo se le conocía como Chumbi.

Al día siguiente, por la mañana, llegó un doctor de la posta médica de Huancané y dijo ser enviado por don Rigoberto. Santo remedio o no, un par de días después, algunos ya estaban mejorando y regresando a trabajar. Todos con excepción de Víctor Chauca. El doctor ya se regresaba para Huancané y Víctor seguía en cama, delirando, jurando que el agua estaba morada, y con Marcelina sin saber qué hacer ni el cura Gómez cómo ayudar. Sendas cartas fueron mandadas y ninguna con respuesta. En ellas se explicaba cómo los pobladores habían sufrido fiebres y cómo algunos presentan secuelas de enfermedades y otros, como Víctor Chauca, no lograban zafar de la enfermedad.

Ya a punto de irse, y con Marcelina a punto del llanto, el cura Gómez vio que una figura imponente dibujaba una sombra en la ventana, al costado de la puerta de entrada. El cura Gómez se persignó por un momento creyendo que algo fuera de su mente se cristalizara tras la puerta. Pronto se escucharon los golpes y Gómez, con el Señor como escudo, abrió la puerta. Encontró un hombre rechoncho, muy bien abrigado y con un bigote que le cubría la boca así por completo. Se lo diría después, pero una persona así solo puede ser el tal don Rigoberto. Se apareció, dijo, para evaluar personalmente el problema que leyó en las cartas que llegaron a él. Aconsejó que ya no bebieran el agua, que es su propiedad ahora y que les podría ir mal. Luego vio al enfermo durmiendo mientras la fiebre vivía en él. Era difícil mirarlo.

Ya don Rigoberto no tenía mucho que decir al respecto. La experiencia le dictaba que los residuos que había arrojado a la laguna era el culpable pero qué tan culpable podría ser. La pregunta cabía en él como anillo al dedo mientras le daba la espalda al enfermo. Apoyado sobre una mesa y a la luz de una vela, el menor de los Chauca Coriñaupa rayaba el papel. El niño, no

mayor de diez años, dibujaba lo que parecía ser un demonio mayor de la diablada puneña. Las salidas pueden tener diferentes colores y plataformas. Don Rigoberto sabe que el tren nunca llega tarde pero hay que subirse rápido cuando se pueda. Cogió el papel y se lo puso a Marcelina casi en las narices. El demonio colorido parecía reírse de todos a la luz de las velas:

“Marcelina, mamita, mira esto. Hay que actuar rápido...”

Marcelina, mujer que abrazó el catolicismo pero que nació puneña entendía claramente lo que quería decirle pero no quería fallarle a los nuevos preceptos de este mundo cambiante. Miró asustada al cura Gómez quien parecía tener el mismo rostro de desentendimiento. El Anchanchu, aquel Dios que los ancestros relacionaban con las minas, lagunas y los ríos, requería de una ofrenda para perdonar a los invasores. Gómez, que había crecido en una ciudad de donde el agua caía del caño, era puneño por adopción, cerró los puños y se dirigió a la mujer:

“Yo soy católico, Marcelina, por la virgen que sí. Pero no debes olvidarte que primero somos telúricos.”

Juntaron tres animales del mismo color. Un zorro, un cuy, un gato. Todos aptos. A todos los mataron e hicieron el típico ritual de pago para el Dios enfurecido.

El doctor de Huancané regresó dos días después para evaluar a Víctor Chauca.

Al tercer día, lo declaró muerto.

## EL LENGUAJE DE LAS ÁNIMAS

A veces no me explico por qué el sueño huye de mí como lo haría un niño de su más cercano agresor. Me siento en la cama, con todo a oscuras y busco el mínimo movimiento que delatan las sombras entre medias luces que se cuelan por la ventana, siempre pensaré que algún ente no humano acecha esta parte de la gran casa que habito. Una gran casa como una gran trampa: mucha gente aquí dentro para dos pequeñas salidas. Hasta las cucarachas planifican mejor su guarida, dicen que están más arriba en la cadena evolutiva, ha de ser cierto a juzgar por ser ellas quienes se atreven a cruzar mis paredes cuando las luces se apagan, son ellas causantes de sombras y correteos con zapato en mano, aunque yo ya no las mato.

Alguna vez me pareció ver, plasmado en las sombras, una persona con algo parecido al pico del pato en vez de boca. Sostenía un cuchillo mediano y merodeaba el lugar seguramente para bañar el filo de su arma blanca. Con curiosidad, seguí la sombra sin ubicar la procedencia de la misma. Se iba por el corredor y entró al cuarto de la bisabuela. Alarmado, fui a ver cómo estaba ella, pero todo estaba en orden. Ni rastro alguno de que algo pudiera haber entrado o salido. Lo que sea que haya sido, no creo que le haya gustado estar por aquí porque jamás lo volví a ver, así como jamás volvería a ver a mi bisabuela, quien cayó enferma y terminó enlistada en un viaje, sin retorno. Días antes de su muerte, contaba que alguien iba a visitarla seguido y que ella la había visto sin miedo más que a ese extraño rostro. La bisabuela cayó dormida esa noche y jamás volvería a despertar. Siempre atribuimos sus historias a la senilidad o la alucinación de la enfermedad. A estas alturas, yo no podría asegurar si estábamos en lo correcto.

Esa anécdota se la conté a Manuel, un individuo delgado y enfermizo que conocí en la primera reunión que tuve con el grupo. Por recomendación de un amigo que estudiaba

psicología, acudía todos los domingos a un grupo de ayuda a cargo de una psiquiatra. Compartí asientos con personajes diversos, desde un economista con dos bancarrotas en su haber, un ludópata sin norte, un enamorado paranoico, una madre al borde del colapso nervioso por un hijo adicto a la cocaína y un padre de familia que siempre quiso hacer bien las cosas y, por alguna razón, no lo logra. La Dra. Raymond estaba a cargo, siempre nos decía que la intención es lo primero que cuenta, pero creo que pinta el mundo erróneamente hermoso. Es decir, a mí también me gustaría vivir con los matices que usa Van Gogh sobre sus lienzos, lo cierto es que detrás del lienzo siempre estará el aburrido bastidor incólume, frío y sin color alegre, aguantando ideas y trazos sin pensar en por qué el mundo aguanta algo tan despiadado, como el trabajo de un obrero que se mata sosteniendo y trasladando cimientos para alcanzar el objetivo de una mente por encima de él y que, finalmente, termina llevándose todo el crédito. O por lo menos eso pensé luego de escuchar las palabras de Javier Albino, el bienintencionado padre de familia en mención, que hablaba siempre al borde de las lágrimas, como si de eso dependiera su vida. Decía que este mundo es una mierda, doctora, pero no lo maquille. Como todos, no dormía hace algunos días porque no sabía cómo cumplir con los gastos de sus hijos. Los había escuchado llorar por las noches y sentía vergüenza no poder ni preguntar por qué lo hacían. Luego se tapaba el rostro, se despeinaba un poco y sollozaba como quien no tiene otra salida y le da flojera volver en sus pasos.

A pesar de la forma en que lo dijo, la misma doctora sabía que esa verdad viene con todas las lisuras bien puestas, como muchas otras. Como cuando Manuel contó lo de su novia. Aducía no poder dormir porque siempre pensaba que ella no tendría el suficiente coraje de seguir aguantándolo tal como es. Por supuesto, ella sabía que no dormía y que comía poco pero no que asistía a estas reuniones dominicales. En el intermedio de aquella primera reunión, había iniciado

una conversación amena, aunque poco animada, con Manuel de la cual salió el tema de la ausencia de sueño. Me preguntó qué pasaba conmigo y le contesté que no lo sabía, pero que el sueño había decidido separarse de mí hace ya un tiempo. Decidí contarle de las sombras que veía en las paredes de mi casa y la que vi aquella noche antes de que mi bisabuela enfermara. No me creyó, me dijo que le sonaba a historia que se leería en Relatos Raros, pero parecía que le fascinaba la idea de la manifestación de las sombras, así que me confió un secreto.

“A veces, cuando callas en la oscuridad, el silencio puede hablarte”

“¿Hablarte?”

“Sí, bueno, no con palabras. Puede revelarte cosas increíbles.”

Asentí con la cabeza sin saber por qué me decía esa y perdí la vista en un punto muerto pero él continuó.

“¿Sabes a lo que me refiero?”

Fui honesto y le dije que no tenía idea.

“Si yo no duermo” –dijo– “es porque he encontrado una forma de comunicarme con el silencio, con sus manifestaciones”

“...” –no estaba seguro qué preguntar– “¿Y te dice algo en especial?”

“No es una comunicación convencional. Es algo más como que me dice qué va pasar. A veces ni yo entiendo, pero me muestra escenas, y luego me pasan.”

No entendí lo que quiso decir. En mis largos momentos de insomnio jamás había hablado ni hecho ruido. Eran noches muy solitarias y silentes que a veces se cortaban por una película ocasional o un libro de madrugada. Nada me hablaba a la hora en que el mundo duerme y estoy muy seguro que aquella sombra que creí ver tampoco me hablaría jamás. Empecé a desconfiar pero sentí curiosidad.

“Callar en la oscuridad. Tú no puedes dormir pero creo que no es grave. Me parece que hay lugares más hondos de insomnio donde todavía puedes caer.”

Me hizo acordar a mi bisabuela, una vez que la encontré sola en el jardín interior y me dijo que a veces el silencio es el mejor consejero, pero me comenzó a incomodar en ese momento. Hasta podría decir que me ofendió. Todo lo que Manuel decía iba acompañado por la frialdad de sus muecas, el arqueo de cejas y la exposición total de sus globos oculares, como si quisiera mirar cada movimiento nervioso, cada segundo que recorrería los músculos de mi rostro para articular una palabra, cada vez que mis fosas nasales se ensanchan por la ida y vuelta del oxígeno.

“De hecho, me dijo que hoy conversaría contigo”

Me asustaba lo que me decía porque yo siempre pensé que las sombras eran algo divertido, algo que mis padres usaban como herramienta de entretenimiento para conmigo antes de dormir. Eso, a pesar de la sombra que creí ver. Pero esto era exponerme a la locura inmediata,

a escuchar voces del silencio, a obviar las formas para caer en el abismo de escuchar el sinsentido, como si no fuera suficiente la definición académica de la palabra silencio. Confieso que suena muy irreal la historia de la sombra de mal agüero, pero no le pido a nadie que me crea y tampoco la defiendo como si fuera una verdad absoluta y que sucede en cualquier casa en cualquier parte del globo, tan común como un desayuno. En todo caso, que el silencio le haya dicho que iba a hablar conmigo ya me parecía demasiado.

“No me crees ¿no?” –Manuel empezó a sudar. Parecía nervioso. Me sentí en la necesidad de decirle algo tranquilizante.

“No, sí te creo, puede pasar alguna vez...”

“Cállate, mierda” - gritó – “tú crees que estoy loco, crees que esta mierda me consume y que este cubil de putas lloronas realmente me hará bien.”

El resto del grupo se alarmó con sus gritos y temieron aún más cuando se paró de su asiento. Por si acaso, lo sostuvieron hasta que volvió presurosa la Dra. Raymond y le aplicó un sedante que tardó en hacerle efecto así que siguió vociferando maldiciones por un rato más. Por causa de dicho incidente, se dio por terminada dicha reunión y volví a casa. Paradójicamente, esa noche dormí cinco horas a pesar de haber estado distraído con sombras, como no había pasado en un largo tiempo. Me había quedado buscando una razón entre la oscuridad de la sala. La quietud de los objetos era desesperante. Por cada paso que daba, los reflejos aparecían y las sombras se formaban y deformaban con la misma facilidad. Se escuchaban unos vehículos pasar ocasionalmente como cuchillos cortando el silencio y poniéndome en alerta. Fui a la cama y el sonido de los grillos hacía que el sentido de la noche se posicionara progresivamente sobre la

ventana. Pronto todo estuvo lo más oscuro posible.

\*

Fueron pasando los días y mi situación mejoraba. Era tan evidente mi buen estado que mis padres llamaron al consultorio psiquiátrico y me pidieron que fuera por una última revisión con la Dra. Raymond. Ella se alegró de verme, se disculpó por lo de la semana pasada y alabó el hecho de que hubiera disfrutado de algunas horas de sueño. El resto parecía conforme, alegre a medias. Habían asistido todos, menos Manuel y nadie explicó su ausencia, solo se limitaron a decir que ya no asistiría más a las reuniones. Un sentimiento de pesadez me invadió de repente. Participé poco en la conversación.

Pasaron así varias semanas y en algunos había resultados favorables. Yo, por supuesto, me sentía fuera del insomnio y ya había dejado atrás las horas en aquel lugar que siempre rechacé en el fondo. Era el fin de largas e inútiles conversaciones con una doctora que siempre repetía mecánicamente lo de las intenciones y el poder de la sanación a través de la exteriorización. Cuando ya pocos recuerdos me quedaban de todo ese proceso, la Dra. Raymond llamó a casa y pidió hablar conmigo a solas, en su oficina. Pensé que me felicitaría y me daría las gracias por confiar en sus métodos, que la recomendará con los amigos y, claro, yo agradecería profundamente lo que hizo por mí y le diría que sería un honor recomendarla con mis allegados. Claro, todo en aras del buen trato y las normas exteriores. Pero cuando las cosas parecen sencillas, no lo son.

Dentro, en su oficina, la Dra. Raymond me esperaba con un rostro serio y preocupado. Me invitó a tomar asiento y extrajo de uno de los cajones de su escritorio un pequeño sobre blanco. Alcancé a leer mi nombre en el remitente así que no supe qué pensar. Una carta con mi

nombre en el destinatario, qué extraño. Lo miró durante unos segundos, tal vez sopesando si sería buena idea dármelo. Yo moría de la curiosidad.

“No quiero que te asustes, pero Manuel te envió esto ayer. Su hermana lo trajo hasta aquí” –dijo, sin soltar el sobre de sus manos.

Me sorprendió que fuera Manuel el que hubiera enviado eso, sobretodo porque siempre me pareció frontal y no el tipo de persona que se expresa a través de cartas o escritos de cualquier índole. Pensé en que quizá sería una disculpa, a pesar de todo el tiempo que ha pasado. Seguro su enamorada lo dejó y quiere hablarme de ello, después de todo, sentí que había algún tipo de afinidad. Podría tratarse de un tipo muy particular y solitario y no tenía a quién contarle sus cosas. Quién sabe, seguro él está mejor por estos días, seguro por eso ya no está acá. Agradecí el gesto a la doctora y le pedí que no se preocupara, cualquier problema está olvidado y no creo que sea nada malo. Estiré las manos para recibir el sobre, pero la doctora no lo soltó.

Resultó que no quería dar la noticia para no alterar más al grupo, pero Manuel estaba internado en un sanatorio mental. Fue ingresado tres días después de la discusión que tuvo conmigo. Parece que fue empeorando, que los nervios se le destrozaron, al punto que no esperaron a una segunda opinión. Lo sedaron y sus familiares lo olvidaron allá.

“Y cómo está él ahora” –pregunté sorprendido por la noticia

“No tengo información, su hermana me dijo que está estable aunque aún siga internado.”

Al llegar a casa, estuve silencioso. No me atrevía a abrir la carta, así que la guardé en uno

de los cajones. Al llegar la noche, no pude pegar el ojo. Me sentía raro, atraído por la curiosidad de rasgar el sobre y ver la carta. Prendí la lámpara y saqué la carta. Era solo una hoja doblada en dos, aparentaba tener muy pocas líneas:

*Espero no te asustes de que te haya mandado esto, pero necesitaba decírtelo. Son las voces del silencio, ellas me dicen cosas, me han descrito a la sombra que viste. El Dr. Costa me dice que son evocaciones de lo que me contaste y yo le creo. Dice que me habría sugestionado con esa imagen y habría desequilibrado la percepción de la realidad escuchando voces inexistentes. Eso explicaría el sueño que tuve hace unos días, en la que venías a visitarme y, mientras hablamos, la sombra que mencionaste aparecía detrás tuyo. No sé porqué pero creo que jamás debí contarte lo de las voces y esas cosas. Aunque estoy convencido de que esas son patrañas, me da mala espina lo de mi sueño. Me preocupé por ti.*

*Voy a salir de aquí en un par de semanas, espero podamos encontrarnos.*

*Un Abrazo,*

*Manuel Sarco Rivero.*

Parecía elocuente pero no pude evitar perturbarme por lo de su sueño. Sentí miedo ¿qué tal si aquella sombra era la encarnación de la muerte y así como pudo enfermar a mi bisabuela lo haría conmigo? Revisé las paredes. No había ninguna sombra inusual. Salí a la sala, las ventanas cerradas, sobre la mesa reposaba la bolsa de pan que quedó del día anterior, la mantequilla y un cuchillo de plata, la joya de la familia. Me pareció una tontería seguir pensando en eso, así que

me fui a dormir pero me era imposible. Prendí la TV y la hora se fue pasando gracias a las películas. Caí dormido, finalmente, cerca a las seis de la mañana y desperté unas seis horas después.

Pensé en ir a visitar a Manuel, después de todo, ya estaría casi recuperado. A ver si mi visita le traía mejores ánimos. O si me contaba algo más de su sueño. Mis padres habían venido a visitarme y esperaban desayunar conmigo. Todo iba bien hasta que me preguntaron, mientras bebía de una taza de café en la mesa, sobre el cuchillo de plata que me habían dado hace tantos años. Le dije que lo había dejado sobre la mesa ayer en la noche y que debía estar en la cocina.

“No está por ninguna parte, tu papá lo estuvo buscando y nada.”

Con la promesa de buscarlo pronto, que debía estar por ahí, fui al mueble y cogí el periódico. En la sección Lima, publicaban la noticia de un suicidio. No podía creer lo que leía. Mis ojos lagrimeaban, mi cuerpo se sentía agarrotado, mi visión se volvía borrosa. Lo último que escuché fue un grito sordo de mi madre, antes de que mi cuerpo cayera sobre el piso. Desperté en la camilla de un hospital, en el que continúo internado. Los médicos decían que hablaba dormido, que repetía cosas incoherentes, llamaba a un tal Manuel y decía que esperaba las respuestas del silencio.

Desde que desperté no he vuelto a dormir y menos a mirar el periódico. Me aterran sus noticias, me aterra esta vida. A veces veo sombras y siento que yo ya no juego con ellas, ellas juegan conmigo, de lejos, sin origen, de forma siniestra.

\*

Artículo publicado en el diario El Observador, 21 de julio de 2009:

### **Interno de hospital mental muere en extrañas condiciones**

*Se especula suicidio aunque el guardia de turno asegura fue un crimen. Familiares exigen indemnización.*

A las veinte horas del día de ayer fue hallado el cuerpo sin vida de Manuel Sarco Rivero (21), joven estudiante técnico quien se encontraba bajo tratamiento médico especializado en el Hospital Mental Larco Herrera. Dicho nosocomio ya habría aceptado la mejoría mental de su paciente, por lo que su salida se pudo haber dado en los próximos días.

La investigación policial puso de manifiesto que se trataría de un caso extraño al contar con teorías de bases insuficientes. El cadáver fue hallado en su habitación, con signos de haber recibido sendas puñaladas. La policía apunta que se trató de un suicidio debido a la existencia de un objeto punzocortante encontrado muy cerca al cadáver. El objeto en cuestión estaba lleno de sangre pero increíblemente carecía de huellas digitales.

### **GALENOS ASEGURAN SE TRATARÍA DE ASESINATO**

Los doctores del mencionado sanatorio refirieron que se trataría de un asesinato. El doctor Marvin Bártolo, quien estuvo de guardia esa noche y encontró a Sarco Rivero cuando aún daba sus últimos respiros, no descarta esta teoría, a juzgar por el objeto incriminatorio, un cuchillo de plata. Asegura que alcanzó a ver la sombra del presunto asesino avanzando hacia la habitación. "Estoy seguro que se trata de un asesinato, es imposible que alguien entre sin dejar

rastró alguno. Mientras rondaba por los pasillos vi la sombra de un individuo que caminaba sigilosamente, como si no quisiera ser visto. Llevaba algo en las manos (el cuchillo) y parecía llevar la máscara de un animal avícola, un pato o un pollo, posiblemente para no ser reconocido" sentenció. Bártolo agrega que revisó inmediatamente las habitaciones de los pacientes y fue cuando llegó a la de Sarco Rivero cuando lo encontró agonizante, con la sangre regada por todos lados y el cuchillo muy cerca a la escena.

La policía estudia ambas hipótesis del caso aunque carezca de mayores pistas puesto que Sarco Rivero carecía de círculos cercanos en quienes se podrían identificar a los responsables. La policía aun evalúa la presencia de sospechosos.

\*

**Fragmento de un manuscrito hallado entre los efectos personales de Manuel Sarco, dado a conocer a las autoridades policiales por la familia del mismo, 20 de julio de 2009:**

A veces no me explico por qué el sueño es así, por qué huye de mí. Es imposible para muchos entender por qué. Pero yo lo sé. Yo sé que son ellos, los que me hablan en silencio, los que han sobrepasado la barrera comunicacional, mandando al diablo las palabras. Me han dicho tantas cosas sobre mí, sobre mi familia. Me dijeron que conocería a un tipo que me hablaría sobre sombras y que lo ignorara. Creo que no les gustó mucho que haya faltado a sus mandatos, creo que prefieren guardarlo en secreto. Tengo que escapar, todo ha ido pasando tal como ellos lo dijeron. Aparento tranquilidad para que me dejen salir lo antes posible y combatir las sombras que aparecen y las voces a las que obedezco indiscriminadamente.

Me han dicho que no debo decir esas cosas así que me han encomendado matarlo, al que le conté, el muchacho de las sombras. Ha aparecido un cuchillo de plata en mi habitación y he entendido el mensaje. Por más que intenté desaparecer aquel maldito cuchillo, siempre regresaba. He visto al hombre de la máscara de pato de la que me hablaron. Lo he visto y creo que sé que sigue después de esto. Le escribí y espero funcione, tengo que salir de esto. Tengo que advertirle que está en grave peligro. Le dije a las voces que no lo haría pero parece que no lo han tomado a bien, parece que esta vez las sombras jugarán conmigo y yo ya no con ellas.

## VITA

Gianfranco Languasco (Lima, Perú, 1988). Periodista y escritor. Es egresado de la escuela de Ciencias de Comunicación de la Universidad San Martín de Porres. Ejerció el periodismo en medios de televisión, radio y escrito. Se desempeñó como editor de la revista bilingüe de arte y literatura *Río Grande Review*. Ha sido ganador del primer premio en cuento en la *III Feria del Libro de Huancayo 2011*. Apareció en la antología de narrativa *El Tanatonauta* (Bisagra Editores, 2011) además de publicar el libro de relatos *Dirty Sexy Money* (Casatomada, 2012). Actualmente, se encuentra cursando un MFA en Creative Writing en la University of Texas at El Paso, donde forma parte del consejo de redacción de la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*.

Permanent address: 9 Darmouth  
Avenel, NJ 07001

This thesis/dissertation was typed by Gianfranco Languasco.